

Un *affaire* casi perfecto

ELIZABETH SUBERCASEAUX

Nuevos Tiempos **Siruela**



Un *affaire* casi perfecto
ELIZABETH SUBERCASEAUX

Nuevos Tiempos **Siruela**



Elizabeth Subercaseaux

Un *affaire* casi perfecto

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Un *affaire* casi perfecto

A mi hijo Carlos

El juez

Eran las ocho de la noche cuando volvió a su casa y entró como un ladrón temeroso de que alguien despertase. Pero no había nadie a quien despertar. Su gata había muerto y los canarios dormían en el patio de la higuera. Sintió una oleada de alivio al cerrar la puerta detrás de él y permaneció un momento con la espalda apoyada en la pared. Fue un mínimo instante en que la tragedia no existía, y aquel era un día como otro cualquiera, pero enseguida los ojos paralizados de Amalia volvieron a asaltarlos... y la sangre con ese resplandor como de oro; nunca habría imaginado que la sangre pudiera brillar de esa manera. Bajó los párpados y permaneció unos segundos escuchando el aleteo de su corazón. Qué hubiera dado por haber amanecido enfermo y haberse quedado en la cama. Pero no fue así. Ese día se levantó al alba, salió a las siete y media rumbo al Club de Golf y cruzó la línea difusa que divide el mundo entre los que matan y los demás...

Actuando como un autómatas colgó su abrigo en el armario. Después entró al baño y se lavó las manos. Al mirarse en el espejo el azogue le devolvió un rostro cansado. Cansancio fue lo único que vio. Luego pasó al dormitorio y se tendió en la vieja cama de bronce. Estuvo un buen rato mirando al techo. Quería dormir, olvidar al periodista y los sucesos anteriores, pero su mente abarrotada de imágenes no se lo permitió. Quién sabe cuántas veces había reposado con Amalia en esa misma cama, leyendo un libro, o escuchando el silencio de la tarde, o hablando de las aventuras del tío Floro y su obsesión con la mitología griega. Aún quedaban vestigios de su perfume adherido a la colcha de brocado.

En las dos horas siguientes revivió los hechos de la mañana, desde que se levantó, a las seis de la madrugada, hasta que llegó a su oficina de la Corte y el periodista entró en su despacho. El día había amanecido resplandeciente, la cordillera se alzaba tras los cerros verdes como una golondrina de piedra y desde abajo emergía Santiago envuelta en una luz de fin de lluvia, deslumbrante y quieta, como si el mundo estuviera en calma. Poco antes de las ocho de la mañana, Juan Manuel estacionó el auto en la calle Luz, regresó unos cuantos

metros por la misma calle y se deslizó por debajo de la cerca del Club de Golf, por un agujero que había descubierto con Amalia en un tiempo que prefería no recordar. La cancha aún estaba mojada con el rocío de la mañana. El lugar se veía sombrío, oscuro todavía, la noche no terminaba de desprenderse de algunas ramas. Olía a pasto y a tierra húmeda. Amalia debía de estar cerca del hoyo dieciocho. Se sorprendería cuando lo viera aparecer, no se habían visto en todo el mes, habían hablado casi todos los días por teléfono pero ella se había negado a verlo.

–Por favor, Amalia, cinco minutos, se lo suplico, no serán más de cinco minutos, no me diga que no puede darme cinco minutos –le había rogado.

Y ella:

–No sirve de nada que nos veamos, Juan Manuel, no en este momento, eso sólo empeoraría las cosas –le había hablado como si despedirse no fuera más que un trámite insignificante, un resfrío sin fiebre, un mosquito en la pierna–. No lo tomes así, lo último que querría en el mundo es hacerte daño, trata de comprenderlo... estas cosas pasan.

¡Claro que pasan! Y cosas peores también pasaban. Había odiado su voz, sus frases como aprendidas de memoria.

–¡Estamos hablando de nosotros dos, Amalia! –le gritó esa última vez en el restaurante–. Yo no soy cualquier tipo con el que un día usted salió a tomarse un café. ¡Míreme! –le ordenó, y ella lo había mirado llena de incertidumbre y miedo... Una de esas noches había soñado que la trataba de tú, en los seis años que llevaban juntos nunca la había tuteado.

–¡No me hagas esto, por favor! –y ella se había ido sin pronunciar ni una palabra.

–Se lo ruego –le dijo por teléfono después, sintiendo la desesperación agolpada en su garganta–. Necesito verla, tenerla cerca, yo no puedo hablar de estas cosas por teléfono, la paso a buscar y nos tomamos un café, sólo le pido cinco minutos.

–¡No! –cortó Amalia–. Por favor no insistas.

Lo que más le dolía era la sensación de que el odio estaba ocupando el mismo lugar que antes había sido del amor. Tiene que haber espacio en el amor para el odio, había escrito alguien, pero ¿cómo se hacía cuando el odio se iba adueñando de todo? Era cierto que estas cosas pasaban, y no solamente a los otros, ahora le estaba ocurriendo a él. Y resultaba espantoso quedarse con el portazo en las narices. La idea de vivir los lunes, los martes, los miércoles, los jueves, los viernes, sabiendo que ella estaba con otro en un boliche del centro, en el lago

Ranco, charlando sobre las mismas cosas, ella recordando sus juegos de niña con el tío Floro y su amiga Teresa, el otro escuchándola fascinado, comiéndosela con los ojos, como antes había hecho él... la sola idea de estar condenado a pensarla gozando con otro le resultaba intolerable, necesitaba comprender cómo ocurrió, quién era esa persona, seis años no se dan por terminados como quien termina un contrato.

–Amalia, por favor hablemos –había vuelto a suplicarle, pero no hubo caso.

Ahora, sin embargo, lo vería.

Caminó hacia el último hoyo de la cancha, seguro de encontrarla por ese lado, y ahí estaba, doblada en dos, con su pelo castaño cayendo por encima de la frente, midiendo con la palma de la mano los centímetros que había entre la pelotita y el hoyo. Se le acercó por detrás. Amalia se dio vuelta y la sorpresa cruzó su rostro. Levantó las cejas. Movi6 los labios. ¿Dijo algo? No pudo haber dicho nada, no tuvo tiempo. Él alzó la mano y disparó. Fue rápido. Un escalofrío de terror le nubló por un segundo el pensamiento y luego volvió a verla como en un sueño fugaz. Qué frágil era la existencia, qué poca cosa. Un golpe en la cabeza, una bala que avanza, una milésima de segundo y la vida se extingue como una luz que se apaga. Amalia fue cayendo lentamente, hasta quedar tirada en el pasto con los ojos abiertos, y él vio brotar la sangre y se sintió empujado hacia un mundo desconocido del cual no regresaría jamás. Le había disparado sin titubear, como si toda su vida hubiera sido un largo proceso destinado a producir el instante en que Amalia fue cayendo como un pájaro alcanzado por un tiro. Lo que vino después fueron movimientos mecánicos: regresó por el mismo sendero, se arrastró por debajo de la cerca y se puso de pie de un salto mirando hacia ambos costados de la calle. No había un alma, nadie lo había visto, casi todas las luces de las casas y las del único edificio de esa cuadra estaban apagadas. Subió a su automóvil y encendió el último cigarrillo que le quedaba. Aspiró el humo con desesperación y enfiló hacia la Costanera. En el primer puente dobló hacia Pedro de Valdivia Norte y estacionó el auto en una gasolinera. Se dirigió hacia el puente y lanzó al río la pistola y la cajetilla vacía. La cajetilla se alejó flotando como un barquito de niño mientras el arma desapareció bajo el agua sucia.

Eso fue todo.

Permaneció un rato con la vista perdida en la corriente y luego volvió a la gasolinera caminando a trancos largos. Todo estaba ocurriendo al ritmo de los sueños, bajo el color impreciso de los sueños. Subió a su auto, puso el motor en marcha y se dirigió hacia el centro. Pasado el puente Pedro de Valdivia comenzó

a invadirlo lo macabro de lo recién vivido, las ramas bajas, las gotas de rocío, sus pisadas en el pasto recién cortado, el cabello de Amalia cayendo por encima de la frente, el sonido seco y duro y el chispazo de sus ojos asustados. Enseguida vio un semáforo en rojo y presionó el freno. La luz cambió a verde y el automóvil avanzó con dificultad en medio de un taco. La cita con el periodista era a las nueve. Tenía que relajarse como fuera, no podría enfrentar una entrevista de prensa así, le temblaban las piernas y un hormigueo le hacía arder las manos. Una cuadra más allá lo detuvo otra luz roja. Un hombre mayor lo observaba con curiosidad desde la ventanilla de su auto. ¿Acaso lo había reconocido? No sería raro, con la publicidad que había suscitado el caso del ministro de Obras Públicas su rostro aparecía casi a diario en las noticias de la televisión. A la altura de la Escuela de Leyes se encontró con la última luz roja y notó que de nuevo alguien lo observaba. Le pareció que a la persona se le nublaba la frente. De ahora en adelante sería siempre igual. La gente comentaría a sus espaldas, ahí va, míralo, es él, quién lo hubiera dicho. Sintió miedo. Pero no había vuelta atrás. Había abandonado el mundo de los que amanecen tranquilos y bajan por la Costanera con el rostro satisfecho, escuchando la Radio Cooperativa, fumando el primer cigarrito del día.

Minutos antes de las nueve llegó a la Corte y subió a su despacho en esa jaula crujiente que había utilizado los últimos veinte años. Los pisos pasaban con una lentitud exasperante... cuatro... cinco... seis.

El viejo Ernesto estaba leyendo el diario con su taza de té al alcance de la mano. En los veinte años que llevaban trabajando juntos no recordaba haber visto a su secretario sin su taza de té. Al verlo aparecer, se enderezó el nudo de la corbata estirando el cuello y luego colocó las manos sobre el escritorio, una junto a la otra, como un buen alumno esperando la primera pregunta de su maestro. Tenía las manos deformadas por la artritis; le recordaban las de su abuelo, lo único suyo que podría parecersele pues no había nadie más distinto de su abuelo que este pan de Dios.

–Buenos días, Ernesto. ¿Llegó Samuel Cooper?

–No todavía, don Juan Manuel, faltan cinco para las nueve, debe estar por llegar –contestó el hombrecillo consultando un reloj dorado que sacó de su bolsillo con un gesto automático.

Juan Manuel ojeó los titulares del diario sintiendo una vaga desazón. Aquella sería la última vez que podría mirarlos sin sobresaltarse. Colgó el abrigo en el perchero de la oscura antesala y entró en el despacho cerrando la puerta. Se sentó en la silla inglesa que Amalia le regaló una Navidad y esperó.

Diez minutos más tarde Ernesto le avisó que el periodista había llegado y casi al mismo tiempo se abrió la puerta.

Teresa

Alta y despaturrada, la vi venir corriendo hacia mí. Con esas piernas larguísimas se veía como un flamenco. Cuando llegó a mi lado me recorrió de arriba abajo como si estuviera midiendo con la vista el acierto (o desacierto) de su elección. Seguramente pareceríamos don Quijote y Sancho, una tan espigada y la otra, baja y gordita.

–¿Cómo te llamas? –preguntó.

–Teresa, ¿y tú?

–Amalia Griffin –dijo ella–. Mi abuelo era irlandés. Nació en un condado que se llama Kerry. ¿Dónde nació el tuyo?

–No tengo idea –le dije–, me imagino que aquí en Santiago.

Teníamos diez años y estábamos en el patio del colegio. Era el primer día de clases. Nos habían asignado la misma sala. Las niñas de la fila de la derecha diríjanse a la quinta Ese Te, había dicho la madre Cecilia.

–Ese Te quiere decir Santa Teresa, en honor a una monja que murió de cáncer hace veinte años –me susurró al oído mi nueva amiga–. Mi tío Floro dice que a las monjas les da cáncer porque no tienen marido, ¿no te parece terrible?

–Sí, muy terrible.

Por primera vez me fijé en su rostro. Sus ojos eran de un color verde muy oscuro con unas manchitas más claras que le hacían gracia. El abundante cabello castaño, ondulado y grueso, le caía hasta la cintura. La boca ancha, grande, de labios abultados. Su nariz griega le daba personalidad al rostro. Era tan bonita que costaba despegarle los ojos de encima.

–La sala de clases se llama como tú –dijo entonces. Luego preguntó riendo–: ¿Eres muy santa?

–Para nada. ¿Y tú?

–¡Ah, seguro que mucho menos! –sonrió–; te voy a mostrar mis dibujos y ahí verás lo santa que no soy.

Después me enseñó unas figuras extrañas y monstruosas que había dibujado en una hoja de composición.

–¿Te gusta?

–No mucho –le dije.

–Lo hice con mi tío Floro. Este es el sátiro Marsias con Apolo. Esta es la flauta del sátiro y este es Apolo tocando su lira. ¿Sabes lo que están haciendo? Están compitiendo en un concurso musical, ¿ves? Y estos son los sátiros y las ninfas y estas de acá son las musas.

–¿Tienes otros? –le pregunté.

–Tenemos miles. Mi tío Floro dibuja muy bien y sabe de los dioses griegos más que nadie... Mi tío se pinta los labios –añadió a continuación.

–¿Y es hombre?

–Hombre, pues, cómo va a ser mujer. Se llama Floro. Es hombre pero igual se pinta los labios. Él dice que porque le gusta, pero mi tía Herminia dice que todos los maricas se pintan los labios. Mi tía Herminia es pesada con él, no lo trata bien, por eso no la queremos.

Unos días después conocí al tío Floro. Era un hombre bondadoso y dulce. Estaba completamente chiflado por la mitología griega. Pasaba la mitad de sus días leyendo sobre los distintos dioses y hablando de las maravillosas aventuras de las Greas y las Gorgonas y otros seres fabulosos. Le gustaba jugar a las muñecas casi más que a nosotras dos. Las vestía, les hacía y deshacía las trenzas, las mudaba de ropa y después salía al patio y se instalaba a leer en la mecedora con una muñeca a cada lado. Jugar a las muñecas sería lo más cercano que estaría nunca de ser madre y para contentarnos nos seducía con numerosas atenciones, una rosa que cortaba en el jardín de atrás, una canción de cuna que inventaba para las muñecas o un extraordinario relato mitológico. Amalia y yo lo escuchábamos encandiladas. Fue este personaje inolvidable, mitad hombre mágico mitad vieja chalada, quien moldeó el espíritu de Amalia cuando niña.

Amalia era mucho más alta que las demás y, pese al complejo por su estatura, estaba muy consciente de su belleza. Recuerdo que una vez, en medio de una clase de castellano, me envió una notita que decía: «No hace frío ni calor, hace Amalia». Acostumbrada a sus chifladuras lo dejé pasar. Cuando salimos al recreo me preguntó si había comprendido el recado.

–Ni una letra –le dije.

–Es lo que me dice el tío Floro cada vez que entro en su biblioteca –dijo ella.

–¿Y qué quiere decir? –pregunté.

–Bueno, te voy a explicar. En la España de antes de la Guerra Civil, cuando Federico García Lorca entraba en un bar o en el salón donde había un tertulia literaria, el lugar cambiaba, se llenaba de partículas encantadoras, desaparecía

toda aspereza y la gente decía: «No hace frío ni calor, hace Federico». ¿No te parece extraordinario?

Lo que me parecía extraordinario es que se comparara con el poeta sin el menor asomo de modestia.

Entre ese primer día del colegio, cuando la conocí, y el martes de su muerte, treinta años después, no pasó una semana sin que nos viéramos o nos habláramos por teléfono. Ahora estaba muerta y no había nada que hacer.

Una tarde, de vuelta de una diligencia que tuve que hacer en el centro, pasé por el estudio de Rafa. Había salido a tomar un café. Lo esperé en su oficina, en su chiquero como él mismo la llamaba sin asomo de vergüenza. Era terriblemente desordenado con sus cosas. En su estudio había siempre tal cúmulo de papeles, aparentemente inservibles, esparcidos en las mesas de dibujo, en el suelo y en todas partes, que nunca entendí cómo finalmente lograba armonizar aquel caos para construir una casa que no se viniera al suelo. Pero esta vez me llamó la atención lo ordenado, lo pulcro que se veía el espacio. No había un papel por ningún lado. Lo que estaba en su mesa de dibujo, uno al lado del otro, perfectamente bien cortados y armando una especie de rompecabezas, eran los recortes de diario sobre la muerte de Amalia. La visión de aquello me sorprendió.

–Veo que no soy la única persona que está obsesionada –le dije cuando volvió.

–Es que a mí también me ha afectado su muerte... No lo entiendo, no lo puedo entender. ¿Sabes que he pasado días enteros leyendo estos recortes a ver si salta algo y no encuentro nada? Es como si Amalia hubiese muerto de un infarto al corazón.

–Sí, claro, de un infarto al corazón por una bala que le partió el corazón en dos.

Debo de haber sonado enojada y lo estaba, en realidad, enojada y llena de frustración por el giro insólito que habían tomado las cosas.

–No comprendo cómo puede resultar tan fácil matar a una persona y desaparecer sin dejar rastros de ninguna especie –siguió Rafa–. Se me figura como si quien lo hizo habitara en un sueño lejano del cual emergió solamente para matarla, y regresó a él inmediatamente después del asesinato. Los crímenes perfectos no existen, todos sabemos eso, sin embargo, en este caso...

–¡Este no es un crimen perfecto, Rafa! ¡No lo es! Es un crimen como cualquier otro, el problema es que todos están buscando por el lado equivocado.

Es absurdo que no le presten ninguna atención al hecho de que Amalia tuviera un amante. Si yo fuera detective, lo primero que haría es tratar de identificar al amante de Amalia.

–En lugar de enfurecerte con la gente porque no hacen las cosas como debieran ¿por qué no vas de una vez donde la policía y les dices lo que sabes de su amante?

–¡Pero si ni siquiera sé quién era! –le pegué una de esas miradas mías que sabía que lo sacaban de quicio y me fui.

El periodista

La mañana del crimen desperté inquieto. Había soñado con un choque de autos en la esquina de nuestro edificio. En el sueño, me asomaba al balcón y veía a Francisco tirado en el suelo junto a un auto hecho pedazos. Sentí un gran alivio al verlo durmiendo a mi lado como si tuviera toda la noche por delante. Bendito Francisco, conciencia de recién nacido. Yo amaba su forma de dormir, sin roncar, sin moverse de su lado, respirando acompasadamente y sin ruido. ¿Cómo podía dormir de esa manera despaturrada, aturdida, feliz? Acaricié su cabeza rubia y lo besé suavemente en la mejilla.

–Nos vemos el próximo lunes –murmuré levantándome de un salto.

El sueño me había dejado intranquilo. Sobre la cómoda descansaban los anteojos de larga vista que le regalé a Francisco para su cumpleaños. Los tomé a la pasada, salí a la terraza y al enfocar con ellos hacia la esquina, como para cerciorarme de que no había habido ningún choque, vi algo en la vereda de enfrente que me llamó la atención. Un hombre se arrastraba con dificultad por debajo de un agujero que había en el alambrado del Club de Golf. No habría tenido nada de particular si no fuera porque su vestimenta no cuadraba con lo que estaba haciendo. Se le veían unos pantalones azul oscuro y un abrigo de pelo de camello color crema... qué visión más insólita. ¿Quién se arrastra por el suelo vestido de esa manera? ¿Se le habría caído algo? Enfoqué dándole la vuelta a la ruedecilla. En ese momento se puso de pie, se limpió los pantalones a la altura de las rodillas, miró hacia ambos costados de la calle y luego se encaminó rápidamente hacia el sur por la calle Luz. Entonces lo reconocí y sufrí un sobresalto que casi me tira de espaldas. Era el juez Rementería. Sentí un escalofrío recorriéndome los brazos. Qué cosa más extraña y qué coincidencia, yo mismo tenía una cita con él dentro de una hora. «A las nueve en mi oficina de la Corte», me había dicho el juez. ¿Qué andaría haciendo por ahí, arrastrándose en cuatro patas por debajo de la alambrada del Club, como un ladrón de gallinas, a esas horas de la mañana?

Entré en el dormitorio y me senté al borde de la cama. Me daba no sé qué

despertar a Francisco pero no quería marcharme sin contárselo.

–¿Qué pasa? –se despezó Francisco levantando los brazos como descolgándose de un árbol–. ¿Estás loco? Mira la hora que es. ¡Qué pesado! Y justo ahora que estaba soñando contigo.

–Perdona, dormilón, no pude irme sin hablarte de lo que acabo de descubrir.

–¿A las ocho de la mañana? –refunfuñó Francisco–. Pero si tú sigues en pijamas, ni siquiera te has duchado, cuando salgas de la ducha despiértame de nuevo.

–¡No! Esto es serio. Acabo de ver algo increíble. Estaba en el balcón, mirando con los anteojos de larga vista, y de paso vi al juez Rementería arrastrándose por debajo de un agujero que hay en la cerca del Club de Golf.

–¿Y qué tiene de raro?

–¿Te parece normal que un juez de la Corte Suprema salga del Club de Golf, a las ocho de la mañana, arrastrándose por debajo de una alambrada?

–Bueno... los jueces de la Corte Suprema nunca han sido personas normales – se rió.

–Déjate de payasadas, estoy hablando en serio ¿Por qué salió por un agujero y por este lado de las canchas, en lugar de hacerlo por la puerta principal? ¿A las ocho de la mañana? ¿No te das cuenta de que hay algo muy extraño en todo esto? Luego de asegurarse de que no lo había visto nadie, caminó hacia su auto y se fue. ¿Por qué estacionó el auto en esta calle si la entrada está por el otro costado? ¡Y la cara que tenía! Tendrías que habérsela visto.

–¿Estás hablando del juez que ha estado saliendo en las noticias?

–Lo reconocí de inmediato... No me mires así, era él, lo he visto mil veces en los diarios, he asistido a sus conferencias, era Juan Manuel Rementería, sin ninguna duda. ¿No lo encuentras rarísimo?

Al ver que no se trataba de una broma el semblante de Francisco cambió.

–¿Estás hablando en serio? ¿Viste al juez Rementería saliendo a gatas de la cancha de golf...? Mmm... Es un poco raro, tienes razón. Tiene que haber una buena razón para que anduviera en esas canchas a esa hora. Pero no te calientes la cabeza. Puede haber sido cualquier cosa, no es ninguna obligación entrar en los lugares por la puerta principal ni salir de ellos por la misma puerta. Las cosas más bellas de la vida se han hecho entrando por la puerta lateral o la ventana y saliendo por el techo –dijo Francisco aliviando mi tensión con la misma carcajada sin miedo a la vida que, tres años atrás, me hizo volver la cabeza en el salón del Club de Periodistas y encontrar su mirada atravesando el largo espacio hasta mis ojos, como si se hubiera reído exclusivamente para mí.

–Burro –susurré besándolo en la frente.

Entré en la ducha sin poder sacudirme la inquietud. A nadie se le ocurre dar una caminata por las canchas de golf tan bien vestido para luego salir arrastrándose por el suelo debajo de una alambrada. Lo más lógico era pensar que estaba escapando de algo, de algo terrible a juzgar por su expresión. Era la cara de quien acaba de ver a un ahorcado.

–¡Pregúntaselo y llámame para contarme que pasó, ahora sí que me dejaste metido! –gritó Francisco desde el dormitorio cuando ya alcanzaba la puerta.

Mi adorado Francisco... Pregúntaselo y llámame para contarme... Cómo se le ocurría que iba a preguntarle al juez qué andaba haciendo en cuatro patas, escapando del Club de Golf a las ocho de la mañana. Yo no era detective y tampoco era idiota. Lo más prudente era quedarse callado. No pensaba exponerme a que el juez me preguntase qué hacía yo en el décimo piso de ese edificio a esa hora. ¿No le había dicho que mi avión aterrizaba en Santiago a las ocho de la mañana? Sería una gran imprudencia confrontarlo con aquel desafortunado suceso. Ahora pienso que en realidad no habría cometido ninguna imprudencia confrontando al juez esa mañana, hubiera bastado con explicarle que la reunión en Concepción se había cancelado. El miedo te hace pensar mal y yo cuidaba mis encuentros semanales con Francisco como un tesoro. No estaba preparado para enfrentar a Dolores, mucho menos a mis hijas. Hacer pública mi relación significaría un terrible golpe para ellas. Ni siquiera el amor sincero y profundo que nos teníamos con Francisco me daba fuerzas para decirles la verdad. Lo cierto es que cada martes, al cerrar la puerta del departamento y dejar a Francisco retozando en la cama un rato más –Francisco se iba al canal mucho más tarde– volvía a plantearme el dilema. ¿Lo entenderían dos chicas a las cuales Dolores se había empeñado en proteger contra el mundo, en un absurdo intento por mantenerlas dentro de una bola de cristal donde nada pudiese empañar su juventud? ¿Esa extraña juventud aséptica que mi mujer pretendía ofrecer a sus hijas? Yo sentía un gran cariño por Dolores, adoraba a mis hijas y amaba a Francisco con toda mi alma; sin embargo no me sentía capaz de sincerarme con ellas y la verdad es que tampoco encontraba tan necesario hacerlo. Se trataba de mi sexualidad, de mi intimidad, y mis hijas no tenían por qué compartirlo. No me parecía una «obligación moral», como decía Francisco, mantener a mis hijas informadas sobre mis preferencias sexuales.

Subí a mi auto estacionado junto a la camioneta de Francisco y me dirigí al centro sintiendo una piedra en el estómago.

Desde que saltó el escándalo del ministro de Obras Públicas, Alicia, la

periodista encargada del sector judicial, se había empeñado en entrevistar al juez Rementería. Yo la postergaba cada vez con una disculpa distinta, que en ese momento el juez no era noticia, que recién habíamos entrevistado a la jueza tal, que sería una pérdida de tiempo porque los jueces nunca podían hablar con libertad. La verdad es que yo mismo quería entrevistar a Rementería. Leía algún artículo suyo o lo escuchaba opinando en la radio y me subyugaba. Era inteligente y a mí me gustaba su forma de abordar los problemas. Toda vez que se suscitaba una de esas polémicas nacionales en que se requiere la opinión de un intelectual de peso, lo consultaban a él. Yo sentía curiosidad por saber cómo sería más allá de su apariencia pública. Además me fascinaban su rostro anguloso y sus ojos cargados de enigma. No se trataba solamente de su atractivo físico. Siempre me sorprendió su manera de exponer las ideas. Hablaba con elegancia y estilo. Era culto y había una gran singularidad en sus ponencias, no tenía esas anteojeras que suelen tener los hombres de leyes, para quienes dos más dos será siempre cuatro, era mucho más abierto y razonaba como un soñador. Una vez asistí a una conferencia suya sobre la ética en los tribunales de justicia y salí admirado. La mitad de su charla se basó en la manera como su abuelo engañaba a los inquilinos de su fundo a la hora de los contratos de trabajo. Hablaba desde un profundo desgarró. Hasta saltaron algunas lágrimas entre los asistentes. Qué ganas de conocer los detalles de su vida privada, ver cómo era su casa, qué libros tenía en la sala, qué hacía los domingos. Cuando vino el desfalco del ministro de Obras Públicas, el juez aceptó hablar con *El Tiempo* gracias a la influencia del cuñado del director del diario, amigo suyo. Era la primera vez que accedía a hacer una entrevista un poco más personal. Extraordinariamente reservado para hablar de su vida privada, se sabía muy poco de él en ese aspecto y se tejían toda suerte de leyendas a su alrededor. Alguien me había dicho que era un solterón extravagante y que vivía en una casa antigua en Ñuñoa, con una jaula llena de canarios. Otra persona me contó que le gustaban los perros calientes sin salchicha. ¡Vaya ocurrencia! Bajaba de su oficina a la cafetería de la esquina y, en cuanto lo veían aparecer, los meseros se peleaban por alcanzarle el típico pan alargado de los perros calientes –sin la salchicha– rebosando mostaza. Gozaba de muy buena fama entre los abogados. Se decía que era uno de los pocos jueces intachables, incorruptibles. Un gran caballero; nunca he tenido muy claro en qué consiste ser un «gran caballero», quizás no sea más que uno de esos clichés que la gente repite sin pensar; pero es lo que se decía de él. También se sabía que era muy cercano al Presidente. Habían sido amigos desde niños. Sin embargo el juez mantenía esa amistad

apartada de la escena pública, nunca aparecían juntos en una foto, «y jamás se aprovecharía de ese contacto», me dijo otro admirador suyo. Estaba claro que no se trataba de un hombre corriente. Además vestía con una elegancia poco usual en los hombres de Santiago –no digo nada de mí mismo, que ando siempre hecho un desastre–. También había escuchado que era riquísimo, que heredó una fortuna de su abuelo y otra de su padre y del segundo marido de su madre. Su padre había muerto en circunstancias extrañas. En su momento se dijo que uno de sus socios lo asesinó. Estaban en un campo, habían salido a cazar y había sido entonces cuando el socio, aprovechando que se encontraban completamente solos y en un lugar aislado, le habría disparado con su rifle. Mayor razón para querer entrevistarlo. Cuando el secretario se comunicó con el diario para avisar que el juez concedería la entrevista, que lo llamara personalmente para acordar la fecha y la hora, decidí no enviar a Alicia y ocuparme yo mismo del asunto.

Desde el momento en que lo vi salir de la cancha de golf, esa mañana, tuve un mal presagio; y una hora más tarde, cuando entré en su oficina elegante y un tanto lúgubre con esos pesados cortinajes de terciopelo, y el juez se levantó de golpe del sillón de cuero donde estaba sentado, y le vi el rostro demacrado y pálido como si no hubiese dormido en toda la noche, un vago temor recorrió mi alma. De un vistazo pude comprobar que todo cuanto se decía de su fortuna parecía ser cierto. No había más que verlo. Sus ademanes eran los de un hombre que recibió la mejor educación y a quien nunca le faltó dinero en la billetera. Tenía el aire inconfundible del gran señor. Su traje de la mejor tela estaba cortado a la medida. Se había puesto una corbata azul con líneas rojas, apenas perceptibles. Los cincuenta y tantos años que tendría estaban bien disimulados en su cuerpo todavía joven, sin un gramo de grasa. Tenía el cuello liso, estirado y duro, y su cara de huesos cuadrados, escasamente arrugada, resultaba terriblemente atractiva. Pero ninguno de estos atributos le servía para ocultar un malestar que se le asomaba por todas partes. No le había formulado ninguna pregunta, todavía, pero ya tenía un dato: el juez era transparente.

El juez

Había citado al periodista a las ocho de la mañana. Era temprano y quería despachar esa entrevista cuanto antes. Pero Cooper le había explicado que el lunes viajaría a Concepción para la reunión semanal del diario y su avión regresaba el martes a las ocho de la mañana. ¿Le importaría que se encontraran a las nueve, en cambio? Él podía irse directamente desde el aeropuerto a su oficina en la Corte.

Y ahora el periodista estaba ahí. No debió haberlo recibido, él no estaba en condiciones, se sentía descompuesto y tenía ganas de vomitar. No podríamos haber escogido un día más funesto, se dijo pensando en los ojos paralizados de Amalia. Cooper le había dicho que grabaría la entrevista, y eso estaba bien, era su trabajo, pero él decidió tomar algunas notas, no confiaba en su estado de alerta, no tenía ni la fuerza ni la lucidez necesarias como para concentrarse en una entrevista de prensa, y conocía muy bien el trabajo del hombre que tenía al frente, no era de los que dejan escapar una respuesta débil.

–Cuando usted quiera partimos –dijo el periodista y enseguida preguntó–: Usted se crió en el campo, ¿no es verdad?

–En el fundo de mi abuelo, sí. Mi padre murió cuando yo tenía seis años y cuatro años después de su muerte nos trasladamos a Santiago. Hasta ese momento siempre habíamos vivido en el campo. Mi padre era senador por Cauquenes, como usted sabe. Vivíamos allá.

–Tiene que haber sido triste para usted la muerte de su padre. Hábleme de esa experiencia.

El aire pareció enrarecerse.

–Hábleme de lo que sintió cuando murió su padre. ¿Se acuerda de algo? – insistió el periodista.

Se acordaba de todo, de haber rezado un rosario en la cocina con Rita y Cochate, el inquilino encargado de la fragua. De haber visto la cara cerúlea de su padre tendido en el sofá. De esa tarde en la capilla cuando se vio acometido por la urgencia de entrar al cuarto de sus padres y sacar una corbata del armario.

Quería tener un recuerdo de su papá. Su abuelo y su madre estaban rezando junto al cajón y Rita sollozaba en otro rincón de la capilla. No había nadie en la casa. Escuchó el relincho del Canelo y después cayó un silencio de enero a las cuatro de la tarde. Se escabulló por el portón de la capilla sin que su madre y su abuelo se dieran cuenta. Entró en el dormitorio de sus padres y abrió la puerta del armario. Ahí estaban las corbatas, tal como su padre las había dejado. Colgaban en orden, de más corta a más larga, nuevas porque nunca las usaba, no en el campo. Una azul con lunares rojos le pareció especialmente hermosa. La dobló cuidadosamente, la guardó en el bolsillo de su chaqueta, abandonó el cuarto con el mismo sigilo de antes y regresó a la capilla. Nadie había notado su ausencia. Se sentó junto a su madre acariciando la corbata. Era suave, se resbalaba entre sus dedos. Ese contacto lo tranquilizó. Desde entonces durmió siempre con la corbata en la mano.

–No recuerdo casi nada de la muerte de mi padre, era demasiado pequeño.

–¿De qué murió?

–Salió a cazar con uno de sus socios que estaba pasando las vacaciones en nuestra casa. Al comienzo se pensó que a mi padre se le había disparado casualmente el rifle, pero la bala que se encontró en su cuerpo pertenecía al rifle de su socio. Fue un asunto turbio que no se aclaró. En ese tiempo apareció en toda la prensa, mi padre era un hombre público –¿para qué se lo preguntaba? Si había preparado bien su entrevista, tenía que conocer el episodio, había sido un escándalo.

–Es curioso –dijo el periodista.

–¿Qué es lo que le parece curioso?

–Que la muerte de su padre no se haya aclarado nunca.

–¿Y por qué le parece curioso? Hay miles de muertes que no se aclaran jamás –Juan Manuel lo miró con desconfianza. Solía leerlo en las páginas de *El Tiempo*. Era un buen periodista y había hecho una bonita carrera. No debía ser nada fácil llegar al puesto de editor en ese diario. Era la primera vez que lo veía y le llamó la atención su pinta tan desastrosa, el traje demasiado grande, la barba mal cortada. ¿Cómo podía ser que el editor de uno de los diarios más influyentes se presentara en las oficinas de un juez de la Corte Suprema en esa facha?

Había pasado media hora lenta, con largas pausas de silencio. Una y otra vez la conversación decaía y se apagaba. Él sentía el esfuerzo sobrehumano que le estaba costando esta entrevista. El silencio se fue haciendo cada vez más denso y más incómodo.

–Usted se mueve en el ámbito de la justicia. ¿No le importó que la muerte de su padre hubiera quedado sin resolver?

–¿Qué podría haber hecho yo? Era sólo un niño cuando murió mi padre.

–Me refiero a después, cuando estudió leyes, cuando se hizo abogado y llegó a ser juez de la Corte Suprema. ¿Nunca intentó averiguar qué había ocurrido?

–Es que usted me pregunta dando por sentado que un juez tiene que estar más interesado en averiguar cómo mataron a su papá que cualquier otra persona. Da lo mismo la carrera que se tenga en un caso así, ¿no le parece? Cualquiera quiere saber las causas de la muerte de un padre. No se necesita ser abogado para eso. Pero contestando directamente su pregunta: no, nunca investigué el caso de mi padre porque había pasado demasiado tiempo.

El periodista bajó la vista hacia el cuaderno de notas y luego de garrapatear algunas palabras volvió a la carga:

–Me dice que se quedaron viviendo en el campo cuatro años después de la muerte de su padre, entre los seis y los diez años. Hábleme de ese período.

Juan Manuel vio el ojo de vidrio del abuelo, la cara huesuda de su madre constantemente atribulada, hasta un día en que la tristeza pareció volarse de ella como por encanto y esa noche se le acercó a la cama y le sopló al oído: «Voy a casarme con don Gonzalo, tú lo conoces, es el abogado de tu papá, un hombre maravilloso».

Samuel lo miró interrogante.

–¿Tampoco quiere hablar de ese período?

Juan Manuel sintió una lejana tristeza rebanándole el corazón. Cuando se es niño no existen términos medios, ni el tiempo, ni los matices. Todo es desde siempre y para siempre y blanco o negro. La suya fue una infancia opaca. Qué más podía decir. Su abuelo estaba hecho del material frío y resbaloso de los viejos desgraciados. Le gustaba recordarles que había cuatro cosas que lo ponían de mal genio: los niños, los extranjeros, los gatos y las puestas de sol, en ese mismo orden. La gata amarilla se daba cuenta de sus repentinos cambios de humor, él también, y ambos se movían por la casa disimuladamente. Cuando el viejo andaba cerca, la gata curvaba el lomo y le pegaba a Juan Manuel una mirada larga y silenciosa. Que Juan Manuel recordara, nunca había entrado un extranjero en esa casa. Y apenas el sol empezaba a caer sobre los eucaliptos tiñendo de amaranto la ladera del Trauco y esparciéndose como una alfombra de oro por el potrero del Peral, Rita corría a cerrar los postigos. Era como si la penumbra apaciguara al viejo. Entre las siete de la tarde y las diez de la noche se sentaba en el sillón de terciopelo encarnado y tomaba un pisco sour tras otro,

agarrado al vaso con manos de bruja, hundido en quién sabe qué memorias, siempre solo, siempre callado, lejos de todos, hasta de su hija, quien de tanto en tanto entraba a preguntarle si no quería comer.

–No es que no quiera hablar de ese periodo o de cualquier otro en particular, sólo que no entiendo por qué puede ser importante lo que me pasó entre los seis y los diez años.

–Mi intención es hacer un perfil humano. Hablar de la persona que hay detrás de la persona pública. Disculpe si le hago preguntas demasiado personales, pero es la única forma de llegar a usted, y eso es lo que me gustaría, llegar a usted, para tener alguna idea de lo que fue su infancia, su adolescencia.

Juan Manuel escuchaba estas razones pensando, ahora decididamente, que debía cortar esta entrevista como fuera, postergarla, podrían hacerla otro día, sobre todo si se trataba de un perfil humano más que de un asunto contingente. No podía seguir. No quería seguir. No se encontraba capacitado para una cosa así. Los ojos de Amalia volvieron a asaltarlo y en ese momento sintió que no le sería posible seguir viviendo después de haberla asesinado. La voz del periodista le llegó como si estuviera hablándole desde lejos.

–¿Y su madre? ¿Le gustaría hablar de ella?

En ese tiempo su madre vivía ensimismada, vuelta hacia dentro, en un perpetuo asombro ante las cosas que le pasaban, como si el destino se hubiese equivocado garrafalmente con ella. A veces parecía no darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor, pero no era así: por las noches, cuando entraba en su cuarto a darle el beso, acercaba la boca a su oreja y susurraba, te vi robando huesillos y eso no se hace, Juan Manuel, hoy llegaste demasiado tarde a comer, tú sabes que no hay que sulfurar al abuelo. Y luego, como para suavizar la reprimenda, largaba esa risita chillona que él aborrecía.

–¿Era hermosa su madre?

–Todas las madres son hermosas, ¿no le parece?

–Tiene toda la razón, qué pregunta más tonta. ¿Fue difícil ser hijo único?

¿Fue difícil? Seguramente. Nunca se lo había planteado. Él creció con la sensación de que su madre lo vigilaba. Había ocasiones en que podría jurar que estaba espiándolo por la cerradura de la puerta o encucillada detrás de un arbusto. En todo caso era indefensa y él la quería. Su abuelo, en cambio, era otra cosa. Juan Manuel nunca pensó que podía ser un viejo amargo y entristecido por alguna poderosa razón desconocida para él. Hay gente que es mala, de corazón podrido, y él siempre lo vio así. Los inquilinos no lo podían ver, y le tenían miedo.

Pudo haberle hablado de ello al periodista, y de cómo cambió su vida cuando se vinieron a Santiago, después de la muerte de su padre. Haberle hablado de Rita y de la gata amarilla. Él había jugado más con esa gata que con cualquier niño del campo. Pudo haberle dicho que en toda su infancia identificaba un momento de felicidad, que lo tenía aislado en su mente, lejos de los otros recuerdos, porque era único, el momento en que su madre le dijo que Rita había aceptado mudarse a Santiago con ellos. Si Rita se hubiese quedado en el campo, él se habría muerto de pena. Pudo haberle explicado el papel tan importante que jugó en su niñez esa campesina ancha y robusta, pero en razón de qué iba a contarle secretos de la infancia que sólo había comentado con Amalia. Su infancia le había dolido tanto que hasta ahora la sentía como una herida a flor de piel y de hablarlo con alguien, la última persona que escogería sería el hombre que tenía enfrente.

El periodista se puso a escribir en su libreta de notas. Juan Manuel lo observó. Su aspecto físico era un tanto extraño: cabeza alargada, pelo fino y desordenado, unos ojillos verdes y francos pero demasiado juntos, labios carnosos que bien podían pertenecer a otra cara. Cosas que no encajaban. Esa manera tan delicada de sentarse al borde de la silla no cuajaba con la ropa burda, casi colgando. Sus delgadas manos de uñas bien cuidadas y los ojos de mirada dulce tampoco se avenían con el vozarrón de trueno. Sus labios rojos y los dientes albos no hacían juego con su barba medio canosa y exageradamente larga, semejante a la de esos viejos hippies de los sesenta, flacos y huesudos, con las pieles curtidas por el sol y las cabelleras grises hasta la cintura que había visto en una playa del norte.

–Me cuesta mucho hablar de mi vida privada; entiendo perfectamente que su interés es hacer un perfil humano, pero entiéndame usted también. Nunca he sido bueno para hablar de mí mismo, si usted quiere que entremos en materia con el caso del Ministerio de Obras Públicas, yo encantado le digo lo que pueda decirle, pero tal vez no en este momento... Mire, Cooper, no he sido totalmente franco con usted. Debí haberlo llamado antes para postergar este encuentro. De hecho pensé hacerlo temprano en la mañana pero sabía que usted venía volando desde Concepción y pensaba venirse directamente del aeropuerto a mi oficina. Pasé una noche malísima y he amanecido con un terrible dolor de cabeza que no me he podido quitar con nada. ¿Le importaría que hiciéramos esta entrevista mañana o pasado mañana, cuando usted quiera? Créame que en este momento no me encuentro en condiciones.

–Está bien, no se preocupe. Lo llamaré más tarde para acordar otra entrevista
–dijo Samuel.

–Muchas gracias –balbuceó Juan Manuel–. De veras se lo agradezco, me siento muy mal, discúlpeme.

–No tiene por qué disculparse –lo tranquilizó Samuel traspasándolo con la mirada.

Lo despidió en la puerta y le pidió a Ernesto que no le pasara llamadas telefónicas ni documentos para firmar. De vuelta en su despacho se dejó caer de nuevo en el mismo sillón y cerró los ojos.

Teresa

Pocos meses antes de su muerte, Amalia me sorprendió en el portón de entrada del colegio donde yo enseñaba historia. No esperaba encontrármela allí, mucho menos a las cuatro de la tarde, una hora en que ella estaba casi siempre encerrada en el cuchitril de la Biblioteca Nacional donde trabajaba.

–¡Amalia! ¿Qué haces aquí?

–Vine a buscarte. Necesito hablar contigo de algo importante.

Parecía muy contenta, como si acabara de ocurrirle algo extraordinario. Nos fuimos caminando hasta El Bodegón, un café en la plaza Ñuñoa donde íbamos a menudo. Estaba tan entusiasmada con lo que tenía que decirme que no se aguantó hasta llegar al café.

–¡Tengo un nuevo amor! Y no sé ni cómo pasó... fue amor a primera vista.

¿Un nuevo amor? ¡Pero cómo! ¿Y el otro? ¿Así, no más, daba por terminada esa otra relación tan larga? Hacía seis años que estaba involucrada con un hombre sumamente misterioso a quien nunca vi ni de lejos pues ella se negó a presentarlo. Terriblemente secreta para sus amores, en el caso de este hombre era tan alto el muro con el cual lo protegía que llegué a dudar de su existencia. Un día Amalia me preguntó si conocía un buen anticuario. Quería hacerle un regalo para su cumpleaños y la acompañé a una tienda de antigüedades en la calle Bilbao donde compró una bombonera de porcelana china con viñetas de flores y pájaros verdes en relieve, un objeto realmente caro: «Esta pieza es auténtica del siglo XIX», nos explicó el anticuario. «Él se vuelve loco por las antigüedades», explicó Amalia una vez que abandonamos la tienda llevándonos el precioso objeto. Y eso era prácticamente lo único que yo sabía de él.

–Supongo que esta vez vas a decirme quién es tu nuevo amante.

–No tan rápido, mi amiga, lo que sí voy a decirte es que presiento que es delicioso, lo presiento, porque, aparte de desnudarnos, todavía no ha pasado nada.

Lo había conocido hacía un mes en una exposición de pintura. Se pusieron a conversar y al poco rato se dieron cuenta de que el mundo que los rodeaba había

desaparecido. Ambos sabían muy bien lo que ocurriría después, y lo que ocurrió fue que terminaron pasando esa noche en el taller del pintor y se vieron al día siguiente y al otro y al otro. Era una historia parecida a tantas, con una particularidad: aún no habían hecho el amor porque él estaba enfermo.

–¿Enfermo? Qué cosa tan poco romántica, Amalia, no estarás hablando en serio. ¿No dijiste que te había desnudado?

–¿Y qué tiene eso de particular? No es para nada necesario hacer el amor sólo porque estás sin ropa. Un hombre te desnuda para mirarte, para sentirse más cerca de ti, para tomarte una foto, para que luego lo desnudes a él, para espantar fantasmas, para comprobar sus fantasías eróticas –y si no la hubiera interrumpido, habría echado otras diez razones por las cuales un hombre podía desnudarte.

Durante la siguiente media hora me describió las cosas que el pintor le decía, lo encantador y divertido que era y lo bien que lo habían pasado juntos. Yo la escuchaba sin abrir la boca. Tampoco quiso decirme su nombre, como si para ella, más importante que el amante mismo fuera ese velo de misterio bajo el cual le gustaba esconder a sus amores.

Amalia se vanagloriaba de ser experta en sexo y de cierta forma lo era. Aunque nunca se tomaba estas cosas a la ligera. Sus relaciones eran relativamente largas, apacibles, tanto que sus amantes terminaban pareciéndose a otro marido. Y no es que hubiese tenido una docena de amantes. Sin contar al pintor, yo sabía del psiquiatra argentino con quien estuvo saliendo dos años y del amante secreto a quien le había comprado la bombonera. Cómo se las arreglaba para llevar esa existencia de malabarista al borde de un precipicio, sin caerse, fue siempre un enigma para mí. Con el amante secreto llegó a compartir una casa de veraneo en el lago Ranco y durante seis años pasó los meses de febrero en aquel lugar. Amalia detestaba su gran casa en el barrio alto, la casa de Alberto, la llamaba, y le gustaba hacer la vida en cualquier parte menos en esa mansión donde se sentía como una invitada de piedra. Le cargaba estar allí y de hecho se iba con Alberto a su cabaña en el valle del Elqui casi todos los fines de semana. Para los veranos había llegado a un acuerdo con Alberto, enero para ellos dos, febrero para lo que ellos dos quisieran, cada uno por su lado, sin preguntas, sin recriminaciones. Un sano acuerdo para el cual se necesitaba una desvergonzada como Amalia y un marido distante y poco afectuoso, mucho mayor que ella, hundido en sus negocios, que no hace preguntas, como Alberto. En todo caso Alberto pasaba tan ocupado en sus viajes que bien pudo haber sido un alivio para él que a su mujer le gustara veranear con su amiga de la infancia (yo);

supuestamente yo iba con ella a Ranco aunque a mí siempre me molestara ser parte de esa farsa.

Yo era su mejor amiga –debo agregar que no tenía muchas más–, pero había un terreno al cual nunca me permitió entrar. La identidad de ese amante que ahora abandonaba por otro estaba clausurada para mí y seguramente para el resto del mundo. La razón por la cual se esmeraba en protegerlo con ese ridículo ahínco es algo que no logré dilucidar. Estaba muy bien que se cuidara de Alberto, ¿pero de mí? Confieso que su falta de confianza me ofendía y hasta el día de hoy no me la explico. Se negaba a revelar su nombre, su profesión, hasta su edad, y no había nada que la irritase tanto como sentirse acosada por mi curiosidad. Era obvio que tanto él como ella se propusieron mantener esa relación completamente en secreto. A mí me parecía admirable que lo hubiesen logrado durante todos esos años.

El periodista

Después de mi frustrada entrevista con el juez, ese mismo día, supe que se había cometido un asesinato en la cancha del Club de Golf. Una fuerte desazón se apoderó de mi ánimo. Habría dado cualquier cosa por no haber visto al juez escapando de esa cancha, pero lo había visto y tenía que hacer algo. Hablar con la policía, con el ministro del Interior a quien conocía muy bien, con el director del diario. No podía quedarme callado. Seguramente era el único testigo de ese homicidio. ¿Cómo explicar lo que estaba haciendo en Santiago, a esa hora, en el departamento de Francisco, el famoso enfermero de uno de los programas más populares de la televisión? Dolores me creía en Concepción. La disculpa de los lunes en Concepción había funcionado desde que conocí a Francisco. Me permitía encontrarme con él los lunes por la tarde y pasar la noche juntos. Dolores viajaba todos los fines de semana a la parcela, no regresaba hasta el martes a la hora del almuerzo y le gustaba eso de estar fuera del mundo, lejos del alcance de todos, y pasar unos días sin posibilidad de enterarse de nada porque en el campo no había televisor ni teléfono. Era su escape. Las niñas iban casi siempre con ella y yo muchas veces las acompañaba, pero nosotros regresábamos el domingo. Si decía que había visto al juez saliendo de la cancha de golf como un ladrón, la noticia aparecería en toda la prensa, cómo no, sería una verdadera bomba. ¿El asesino? Un juez de la Corte Suprema. ¿El único testigo? El editor de *El Tiempo*. ¿Y cómo lo vio? Lo vio desde el departamento de su amante. ¡No me diga! ¿El editor de *El Tiempo* tiene una amante? Claro. Francisco Alvarado. ¿El enfermero de la tele? ¡Pero entonces es gay! ¡Qué me dice usted! Qué más podía anhelar el mórbido lector. ¿Y qué ocurriría con Carla y Daniela? ¿Iba a destaparme ante mis hijas a propósito de un crimen solamente para que no se enteraran por el diario de que su padre es gay? ¿Y Dolores? Ella tampoco merecía enterarse por la prensa que su marido le había mentado sobre algo tan importante como la propia sexualidad y que pasaba los lunes por la noche en compañía de un hombre del cual estaba profundamente enamorado. No, no lo merecía. Y yo no sabía cómo decirle la verdad. Había llegado un

momento en que le rogué a Francisco que no me presionara, le prometí que en cuanto me sintiera con fuerzas lo haría y podríamos vivir juntos, como él quería, pero que no me presionara.

A veces echaba la mano al bolsillo y sacaba las fotografías que resumían mi incoherencia. Mirándolas me conectaba conmigo, ¡tan locas que pueden parecer algunas cosas!, pero yo soy así, me decía, y esas fotos me tranquilizaban. Carla, a los ocho años, vestida de primera comunión, y Diamela a los diez el día en que se puso anteojos por primera vez –yo mismo le había tomado esa foto–. Y en la otra aparecía con Francisco durante un almuerzo de la Radio Cooperativa. Estábamos sentados a la mesa junto a varios colegas de la radio. La cámara no captó nuestras manos entrelazadas debajo del mantel. Fue una imprudencia de Francisco que me molestó en ese momento, pero que después nos hizo reír mucho. Habíamos comenzado a salir dos meses antes, estábamos con toda la euforia del amor reciente, descubriéndonos, enamoradísimos, no queríamos más que encontrar minutos para estar solos y salir a caminar por el San Cristóbal y prestarnos libros y contarnos todo, desde los sueños recientes hasta las más íntimas y remotas ilusiones. La autocompasión es un vicio que no me gusta permitirme. Hasta ahora me justificaba a mí mismo diciéndome que en esta sociedad chata y cerrada no te dejaban más camino que fingir lo que no eras, pero en mi caso, por más que la causa fuera la presión social, el hecho era que estaba casado, tenía dos hijas y me había comprometido con toda una familia aparentando una identidad que no era la mía. Francisco lo entendía y se esmeraba en tranquilizarme. Esos lunes, cuando poníamos canciones francesas y nos sentábamos en la terraza de su departamento a mirar caer la tarde, hablando o sencillamente oyendo la música, me hacía masajes en los pies. «Para que te relajes y no pienses más en salir del armario», me decía, «ya llegará el momento justo y yo estaré ahí para recoger tus pedazos». Francisco era un hombre muy tierno y tenía una capacidad mágica de hacer que me sintiera protegido en su compañía, a gusto, a salvo de cualquier peligro que pudiera amenazar la tranquilidad de esas horas que pasábamos juntos. Pero este acontecimiento cambiaba completamente la perspectiva de las cosas. Tal vez era providencial que el destino me hubiese puesto en el camino de ese juez saliendo de la escena del crimen. Alguna vez tendría que enfrentar mi problema. Y tal vez no fuera una mala manera de hacerlo, sincerarme con mi propia vida a la vez que entregaba a este juez a la justicia que él mismo había intentado impartir honestamente toda su vida. En todo caso, yo sabía que no podría continuar eternamente con esa doble vida, mucho menos ahora que, hacerlo, significaría

colaborar con la impunidad de un asesinato, menos aún si quien había disparado esa bala era un juez de la Corte Suprema. Sabía que no se trataba solamente de la «bomba» periodística sino de algo más profundo. Se trataba de mí, de mi posibilidad de ser honesto, ahora, no mañana, no pasado mañana, no alguna vez. Tenía un amigo que partió a Nueva York en busca de un ambiente más tolerante donde poder vivir tranquilo. Y me habían hablado de varios hombres, casados y con hijos, como yo, que nunca se atrevieron a destaparse por temor a ser rechazados. Pero esta vida clandestina y doble me estaba destruyendo. Salvar las apariencias no podía ser más importante que salvar la propia integridad. Sabía que a la larga optaría por mi amor con Francisco. No teníamos dudas, ninguno de los dos, de lo que sentíamos. Pero lo principal también lo tenía igualmente claro: una verdad así podía arruinar la adolescencia de mis hijas.

El juez

Tal vez su cuerpo seguía en el pasto, ¿o yacería en uno de los salones del Club? A lo mejor iba rumbo a la morgue en una ambulancia que corría hacia el centro con su silbido de muerte. Las imágenes no lo dejaban en paz. Se soltó el nudo de la corbata pasándose el pañuelo por la frente que tenía húmeda. ¿Qué le depararía el minuto siguiente? ¿Y esa noche cuando se tendiera en la cama? ¿Y mañana al despertar? ¿Sería posible establecer un puente que le ayudase a regresar a su vida de antes? ¿Un vínculo con la vida de antes? Hasta hacía un mes habían escaseado las ambigüedades. Salvo los sábados y los domingos, cuando se debatía ansioso entre los celos y la irritante certeza de que Amalia estaba en el mundo sin él, sus días transcurrían apegados a una placentera rutina que ni el caso del ministro de Obras Públicas había logrado quebrantar. Y de pronto las cosas se tornaron tan ambiguas, tan extrañas a su manera de ser y de pasar el tiempo. Desde el momento en que Amalia terminó su relación con él supo que la vida le resultaría desesperante. Esa tarde en el restaurante, mientras Amalia lo escrutaba, él estaba pensando cómo iba a vivir de allí en adelante. A medida que ella intentaba explicarle lo que había ocurrido, en el fondo de su mente retumbaba una voz, la suya, anunciándole que todo había terminado, se acabó, no hay manera de resucitar el amor que te tenía, hasta aquí llegó tu posibilidad de ser feliz. A partir de entonces el quiebre se le hizo presente cada minuto del día y de la noche, porque aun dormido la veía con los labios entreabiertos repitiendo una y otra vez por favor comprendeme, Juan Manuel, por favor dame un poco de tiempo.

Pobre loco, creyó oír la voz del Presidente que lo miraba desde el cuadro, pobre, dijo alzando un poco la voz, has perdido completamente la razón, ¡mírame!, sintió que le gritaba, ¡cobarde! Y ahora, nada, ahora a enfrentar el desprecio de quienes hasta hoy te hacían venias. Porque eso es lo único que te espera, Juan Manuel. En algún momento tendría que decírselo. O él mismo lo llamaría para citarlo en su despacho presidencial, necesito hablar seriamente contigo, le diría, y lo recibiría con el diario abierto encima del escritorio. ¿Qué

hay de cierto en esto, Juan Manuel?, ¿es verdad lo que dicen aquí?, preguntaría incrédulo. Juan Manuel esquivó los ojillos redondos detrás de los anteojos que conocía desde los tiempos del colegio... Cálmate, contrólate, por favor, Juan Manuel, se habló a sí mismo. Era prácticamente imposible que encontraran la pistola, no iban a drenar el río Mapocho, y si llegaban a encontrarla tampoco tendría mayor importancia. Las únicas dos personas que sabían de su existencia eran don Gonzalo y su madre y ambos habían muerto. Además había otra arma en la casa. Lo cierto era que nadie supo de la relación con Amalia, de eso estaba completamente seguro, lo daba por descontado. Amalia fue extremadamente cuidadosa y ellos dos se movían en círculos distintos. Se veían en su casa a las horas en que Rosa ya no estaba. O en el zoológico. Y solían almorzar en un boliche de la Alameda. Algunas semanas se veían todos los días, excepto los sábados y domingos. Nunca estuvieron juntos un sábado o un domingo en Santiago. Eran dos días en que Amalia desaparecía con su marido, con amigos, y se internaba en una vida de la cual él no tendría ninguna noticia hasta el lunes, y si es que ella quería contarle algo, porque generalmente le hacía el quite a esas referencias, no le gustaba hablar de los fines de semana. Tácitamente dibujaba una línea, tú hasta aquí, desde aquí para allá los otros. ¿Qué hacía el sábado en la noche, el domingo en la mañana? Nunca quiso darle el teléfono de su casa. Era ella quien lo llamaba a la suya, por la mañana muy temprano cuando el mundo aún no despertaba, a media noche, cada vez que le daban ganas de llamarlo. Y él siempre estaba. Pero ella no. Muchas veces sintió urgencia de hablarle. Hasta buscó el teléfono de Alberto Mancilla, pero su nombre no figuraba en la guía. Lo dejó así. En cualquier caso sería muy difícil, casi imposible que alguien llegara a relacionarlos. Sobre todo porque aparte del Presidente y Vicente Matta y un abogado joven con quien solía tomarse un café de vez en cuando, él no tenía amigos. De algo que le sirviera haber sido siempre un solitario. ¿Y Ernesto? ¿Acaso no la había visto Ernesto? Bueno, sí, la había visto, pero solamente esa vez que Amalia estuvo en su oficina. Era poco probable que se acordara y si llegaba a recordarlo o si alguien se lo preguntara, él diría la verdad, que esa mañana ella resbaló en la calle y cayó en medio de un charco de agua. Él iba pasando y le ofreció la oficina para secarse los zapatos. Una simple deferencia. Lo habría hecho cualquier caballero. No tenía por qué decir que se conocían desde hacía una semana ni que aquel día habían quedado de encontrarse para ir juntos a retirar las fotos del zoológico. Después de todo había una explicación atendible para cada cosa. Lo cierto es que nadie supo de la existencia de Amalia. Eso fue tal vez lo mejor de aquellos años. Ese estar a su lado y no existir al

mismo tiempo. Pues para su gente, muy poca en todo caso, ella no existía. Para la gente de Amalia, era él quien no existía. ¿Cómo lo hicieron? No lo sabía. ¿Cómo fue que nunca los descubrieron y que el marido ni siquiera sospechara? Tal vez fue porque Amalia, para quien todo terminaba convertido en un juego, se tomó en serio el desafío y convirtió el secreto de esa relación en algo poco menos que sagrado. Era bien posible que algo así hubiese ocurrido. Una vez él le dijo que las mujeres eran perfectamente incapaces de guardar un secreto, sobre todo cuando en el secreto había un hombre y ni decir nada si el hombre era un amante.

–Eso no es cierto –saltó ella, picada–, yo no soy así.

–¿Segura? –preguntó él.

–¡Más que segura! –dijo.

–¿Sería capaz de guardar nuestra relación en secreto? –le preguntó.

–Por supuesto –dijo ella–, soy la más interesada en que no se sepa.

–¿Y su amiga Teresa? –preguntó él.

–¿Qué pasa con mi amiga Teresa? –dijo Amalia.

–No me diga que sería capaz de no contárselo a ella –la aguijoneó él.

–Teresa es una tumba –repuso ella.

–¿Ve cómo no es capaz? Se van de tumba en tumba, la tumba se lo cuenta a otra tumba, la otra tumba a la otra y esta a su marido –dijo él, riéndose. A ella le brillaron los ojos.

–Si no quieres que se lo cuente a Teresa, trato hecho, no se lo cuento –y fue entonces cuando él le dijo que, en el fondo, prefería que la noticia de esa relación se divulgara, de esa forma su marido acabaría enterándose. Amalia palideció.

–¡De ninguna manera! Puedes estar seguro de una cosa: de esta relación, por mí, nadie se va a enterar, me refiero a tu nombre, Juan Manuel, porque muchas veces vamos a necesitar la complicidad de Teresa...

¿Se lo dijo a Teresa alguna vez? Si lo hizo, él no se enteró.

El día en que Samuel Cooper lo llamó para acordar la entrevista, en cuanto cortó con él, llamó a Amalia para invitarla a almorzar al lugar de siempre; aquella fue la última vez que se encontraron. Él no se había dado cuenta de nada. Ahora le parecía incomprensible su ceguera. ¿Cómo pudo ser que no se percatara de algo tan evidente? ¿Cómo no vio algo distinto en ella? La manera de hablarle, su mirada, la forma como se le entregaba, un gesto, lo que fuera. Esa mañana, después de arreglar un par de asuntos y redactar una carta para el juez Beltrán salió de su oficina y se encaminó a la tienda de flores del Hotel Carrera

para comprarle una docena de rosas que le envió a la Biblioteca con una nota corta. ¿Qué le había escrito en esa nota? No lo recordaba exactamente, algo parecido a la quiero más que nunca o algo así, como un adolescente enamorado, un tonto de esos... aunque no, no pensaba rebajar sus sentimientos hacia ella. ¿Lo amó Amalia con la misma intensidad o esa relación fue para ella un juego más? A la una y media se encontraron en la esquina de Bandera con la Alameda y se fueron caminando al restaurante que estaba a cuatro cuadras. En el trayecto casi no se dirigieron la palabra. Ahora se daba cuenta de que Amalia estaba extrañamente callada y taciturna, mas en ese momento no le llamó la atención. Si hubiese estado atento se habría percatado de su mutismo y habría anticipado que no auguraba nada bueno. Luego, sentados a la mesa de siempre, Amalia rompió el silencio.

–Tengo algo importante que decirte –se veía tan bella que le llegó a doler.

Hablaron hasta las cuatro de la tarde, es decir ella habló mientras él la escuchaba sintiendo que empezaba a romperse, a descomponerse, a llenarse de malos sabores, de humores desconocidos, y un dolor intenso le subía por el pecho. Amalia quería terminar la relación. ¿Terminar? La sola palabra le sonaba como algo enteramente lejano a su realidad, imposible. ¿No verse más? ¿De la noche a la mañana?, había preguntado con la voz a punto de quebrarse. No, no era algo que hubiese ocurrido de un día para otro, estas cosas nunca ocurren de un día para otro, se había ido cansando de a poco y no quería una relación gastada. El amor tenía su propio ciclo y una vez que se estancaba y dejaba de crecer había que considerarlo muerto y seguir caminando o estancarse en el cansancio una también, respondió Amalia, hablando como si se tratase de un discurso memorizado la noche antes. Sus palabras sonaban huecas y falsas.

–¿Eso es todo? –preguntó él–. ¿Se fue cansando de a poco, así, no más, como quien se aburre de un trabajo tedioso?

–No es todo –respondió ella, sin quitarle la vista de encima.

–Hay otra persona –murmuró él.

–Sí –dijo Amalia y él sintió que se le congelaba el alma.

Se había entusiasmado con un pintor diez años menor que ella, se habían visto a solas unas cuantas veces en el taller del pintor, y le contaba todo esto haciendo esfuerzos por parecer tranquila.

–¿Se acostó con él? –le preguntó con la voz quebrada.

–No. No nos hemos acostado nunca, él ha estado bastante enfermo –dijo ella, cerrando los párpados.

–Esto es una broma, Amalia, una broma de mal gusto, usted me está tomando

el pelo, ¿no es verdad?

–No se trata de una broma. Estoy hablando completamente en serio.

Él no podía quitarle los ojos de encima. No quería quitarle los ojos de encima. Quería encontrar algún resquicio en el fondo de su mirada donde todo esto fuera mentira, un sueño, una pesadilla. Volvía a preguntarle, una y otra vez, lo mismo.

–¿Se enamoró de otra persona? ¿Es eso lo que me está diciendo?

Tal vez se había enamorado, dijo Amalia, y si era así, ella lo sentía, lo sentía por él, por ella, por todos. Estas cosas pasaban y él tenía que creer que no lo había buscado ni había hecho nada para que ocurriera. Lo conoció en una exposición de pintura y ahí empezó todo, como un flechazo, pese a ellos mismos.

–Nosotros no estábamos bien, Juan Manuel, lo nuestro se había ido enfriando, ¿no te das cuenta? Era una rutina muy parecida a la de cualquier matrimonio gastado, ¿no lo ves?

–Pienso ir unos días al lago Ranco –dijo después de una prolongada pausa.

–¿Con él? –su voz estaba a punto de desaparecer.

–No sé si con él. Necesito unos días para tranquilizarme y reflexionar sobre lo que ha ocurrido, no quisiera tomar una decisión sin saber por qué la estoy tomando. Lo único que te pido es tiempo y comprensión.

Tiempo y comprensión, lo único que te pido. Y ahí quedó él, con el alma entumida sin saber qué hacer ni hacia dónde ir, como si ella hubiese estado adosada a su existencia desde siempre y para siempre y de pronto ¡zas!, se le cortó la vida de un hachazo. Desde el primer instante supo que la ruptura era definitiva y la odió con una intensidad espantosa, incluso para él. Ella también sintió su encono. Apartó disimuladamente la silla de la mesa, y pudo verle el temor en los ojos y los labios abriéndose para decir algo que no dijo. La vio pasarse la mano por los cabellos y por primera vez sintió deseos de golpearla. Esa noche soñó que la golpeaba. En los brazos, en la cara, en la espalda. Luego la arrojaba contra la pared con una fuerza bestial y ella se doblaba apoyada en el muro, como un trapo, e iba deslizándose hasta quedar de rodillas con la frente apoyada en los tablones del piso, y él se marchaba del lugar sintiendo una mezcla de alivio y desconsuelo.

Era bien posible que aún no la hubiesen encontrado. Para el resto del mundo estaba viva. Para su marido, jugando golf como todos los martes. Para su amante, arreglándose antes de recogerlo en una esquina y luego emprender el viaje y pasar juntos el resto de la semana en la casa del lago Ranco, la misma

que compartió durante seis años con él, en la pieza que daba al balcón, en la ducha que rara vez funcionaba y en donde hacían como que se jabonaban, en la terraza en donde asaban los pollos, en el muelle desde el cual pescaban los pejerreyes enanos que luego devolvían al lago, muertos de gusto y risa.

Teresa

Uno de esos días en que nos juntábamos a conversar en El Bodegón le conté que mi matrimonio estaba haciendo agua por todas partes, no era que no nos quisiéramos, no era que Rafa me molestara, era yo quien sentía un vacío, como si algo me faltara.

–¡Pasión! –saltó Amalia de inmediato.

No, no se trataba solamente de pasión, era algo más profundo, como si ese pasar tranquilo, con un matrimonio bien avenido, lo que cualquier persona hubiera entendido por matrimonio feliz, ya no me bastara. Yo quería algo más y no necesariamente sexo. Nunca nos habíamos aburrido juntos, ni siquiera ahora, pero casi sin darnos cuenta nos habíamos convertido en una pareja triste. Había días que miraba a Rafa y no encontraba al hombre que en un tiempo echaba de menos a los diez minutos de separarnos. Algo se nos había perdido en el camino y eso me deprimía profundamente.

–¿Por qué no tienes un amante? No me mires con esa cara, te lo digo en serio, lo estoy llamando amante por llamarlo de algún modo. Me refiero a un espacio donde Rafa no esté, porque tú no quieres que esté. Algo que le dé sentido a las cosas que haces, incluso a las que haces con él, el ser humano aspira a más que dormir, salir a trabajar, volver a su casa, conversar un rato sobre las latas del día y después dormir. Un amante podría darle una dimensión completamente distinta a tu matrimonio. Tómalo como una medicina, olvídate de la moral convencional, la moral convencional es la cosa más hipócrita del mundo, se les llena la boca con que es pecado tener amantes y medio mundo los tiene.

–No creo que sea un amante lo que necesito sino hablar con Rafa, enfrentar lo que nos pasa, o mejor dicho tratar de entender juntos lo que nos pasa.

No seguimos hablando del tema. Yo sabía que en ese terreno nunca me entendería con ella. Una semana más tarde, una noche en que Rafa se quedó en Curicó por un problema de uno de los edificios que estaba construyendo en esa ciudad, Amalia llegó a mi casa. Quería leerme una carta que me había escrito y que pensaba enviar por correo.

–He estado pensando mucho en lo que hablamos el otro día en el café y, en verdad, Teresa, creo que un amante le haría muy bien a tu matrimonio.

–Es que tú presentas la situación de un amante como si no involucrara un engaño. ¿No te importa engañar a tu marido?, ¿mentirle todo el tiempo?, ¿no es mejor ser honesta y separarte de él si lo quieres tan poco y estás con él por miedo a herirlo, por comodidad o lo que sea?

–Depende de lo que entiendas por engañar al marido. No hay peor engaño que estar junto a tu marido haciéndolo creer que sabes lo que quieres, que sigues contenta con él, cuando no tienes ni la menor idea de lo que quieres y eres profundamente desdichada a su lado.

–Y tu solución para eso es tener un amante, engañarlo pero de otra manera.

–No lo mires como un engaño, Teresa, míralo como un espacio donde vas a poder encontrarte con una dimensión distinta de ti. Uno no es una sola cosa, no tiene una sola cara, tiene muchas y a veces hace muy bien en cambiar de órbita para encontrarte con esas otras partes tuyas, que en la vida doméstica desaparecen, como si no existieran.

Después abrió su cartera y sacó unos papeles.

–Es una carta para ti. Te la iba a mandar por correo pero decidí leértela personalmente, porque estoy segura de que vas a querer hacerme un montón de preguntas.

–¿Una carta?

–Bueno, sí, aquí te cuento cómo fue el primer encuentro con mi amante secreto, como lo llamabas.

–¿Y para eso me escribiste una carta? Podrías decírmelo personalmente, ¿no? –me arrepentí en el acto, pues, conociéndola, escribirme una carta para hablarme de un amante secreto era perfectamente coherente con su manera de hacer las cosas.

–Escribirlo ahora que me estoy yendo de esta relación me sirve para rescatar esos momentos fantásticos. Es como si teniéndolos aquí, en esta carta, pudiera guardarlos en un lugar seguro. Es decir, te estoy haciendo entrega de algo valioso para mí, quiero que tú lo guardes.

Lo que a mí me maravillaba era su manera de rescatar los primeros momentos con ese hombre, escribiéndole una carta para su mejor amiga. Me sentí profundamente halagada. Sabía que con esa carta, dijera lo que dijera, estaba haciéndome parte de su secreto, entregándome su tesoro y, a lo mejor, hasta me contaba quién era el afortunado.

Amalia se acomodó en el sillón y alzó la vista, como para asegurarse de que

estaba prestándole toda la atención que necesitaba. Luego, con una voz clara y pausada, sin levantar nunca la vista, leyó:

Querida Teresa:

La historia que vas a leer a continuación partió una mañana lluviosa, en la esquina de la calle Huérfanos con Estado. Yo iba al pasaje que estaba justamente en esa esquina para recoger unas fotos. Tropecé en la vereda y caí de cabeza en medio de un charco con agua. Lo siguiente fueron unas manos que me tomaron por los hombros y me ayudaron a levantarme.

–Está hecha una calamidad –dijo una voz masculina. Alcé la vista y me topé con su rostro. Me llamó la atención lo tostada que tenía la piel. Era evidente que había estado esquiando o venía llegando de un país donde era verano. México, tal vez.

–Gracias –dije alisándome la falda empapada.

–Está mojada hasta el cuello, no puede volver a su casa así, venga a mi oficina para secarse un poco, de ahí podemos llamar a un taxi –dijo tomándome del brazo y haciéndose cargo de la situación. Lo miré divertida.

–¿Por qué es tan amable? –inquirí, sabiendo que era una pregunta un tanto absurda, pero su excesiva amabilidad me había sorprendido.

–Porque es mi obligación –dijo presionándome levemente el brazo. Caminamos una cuadra sin hablar. Llegamos a su oficina, un lugar lúgubre en un edificio de los años treinta. Un ascensor antiguo con ventanitas de vidrios morados y azules nos subió al sexto piso y se abrió ante una antesala apenas iluminada por una lámpara de tres ampolletas que colgaba al medio del techo. Un secretario de manos huesudas, completamente deformadas por la artritis, apartó bruscamente una taza de té y se abalanzó a quitarme la chaqueta.

–¡Por Dios, señora, parece que la mojó un guanaco! –bromeó. Mi salvador le pegó una mirada acusatoria y el secretario colgó mi chaqueta en el perchero y volvió al lugar donde estaba cuando entramos. Luego se limitó a decir ahora le llevo una tacita de té. Entramos en un despacho de paredes forradas en madera de caoba oscura, techos altos y pesados cortinajes de terciopelo verde. Había libros por todas partes. Libros perfectamente ordenados en una estantería cubierta por rejillas, y encima de una mesa, un libro empastado en cuero que inmediatamente me llamó la atención, *En busca del tiempo perdido*, de Proust, mi querido escritor.

–No se siente todavía, espere que le traigan el té –me dijo acercándose a una de las ventanas para abrir la cortina y dar paso a la luz de la calle. A los pocos momentos entró el secretario con una pequeña bandeja de plata y una taza de porcelana blanca, humeando.

–¿Usted no va a tomar té? –le pregunté una vez que el secretario se hubo marchado, con todo sigilo, cerrando la puerta detrás de él.

–Esta vez, no –repuso y se paró enfrente de mí. Permaneció quieto estudiando mi cara. Me sentí incómoda. Él no decía nada. Yo tampoco. Afuera se oyó la sirena de los bomberos. Detrás de él, en la única pared sin estanterías, colgaba un cuadro del Presidente. Un poco más allá, en el mismo muro, colgaba otro cuadro, enorme, con dos vacas pastando en un potrero y un niño jugando entre las parras de troncos secos. El cuadro me recordó esa historia del único período feliz en la vida de Dionisos que nos contaba el tío Floro. Miré al niño y vi al hijo de Zeus descubriendo la vida e imaginé que así podría haber sido la primera mañana del mundo. Volví a fijarme en mi anfitrión. Sonrió y sonreí de vuelta. Había olvidado que estaba mojada. La sirena se fue adelgazando hasta morir. Los ruidos de la calle llegaban amortiguados por el grosor de las paredes y los cortinajes a medio correr–. Se va a resfriar si no se saca la ropa –dijo.

–¿Aquí? –pregunté dando un paso hacia la pared y volviéndome para quedar con la espalda pegada al muro donde colgaban los cuadros.

–¿Le da vergüenza? –preguntó.

–Un poco –le dije.

–Entonces déjeme ayudarla –dijo avanzando un paso hacia delante y quedando a pocos centímetros de mí. Olía a hojas de naranja. Sus manos se adelantaron y empezaron a desabrocharme la blusa–. ¿Las tengo muy frías? –preguntó.

–No –dije, y me fijé en sus ojos enmarcados por unas cejas gruesas. Los tenía brillantes. Qué ojos tan profundos tiene usted, quise decirle. Me sacó la blusa y la depositó con delicadeza en el respaldo de un sillón de cuero.

–Estará seca en unos momentos –dijo, y volvió a acercarse. Pasó sus manos por detrás de mi cintura abrazándome por las caderas y me desbrochó la falda. La dejé caer. Subió sus manos por mi espalda y volvió a preguntarme si las tenía frías. Volví a decirle que no. Me desabrochó el sostén y lo puso en el sillón de cuero, al lado de la blusa. Luego hizo girar el sillón hacia un radiador que estaba en aquella parte del despacho–. En diez minutos se habrán secado completamente –dijo y regresó a mi lado. Se sacó la chaqueta y la dejó encima del escritorio–. Yo también voy a desnudarme –declaró, y fue desprendiéndose de sus ropas hasta quedar completamente desnudo–. Mi secretario no entrará, a menos que yo lo llame, no se preocupe –dijo. Yo no estaba preocupada por el secretario–. ¿Quiere acostarse en la alfombra? –preguntó con la misma gentileza con que me había ayudado a levantarme en la calle.

–Gracias –dije, y me tendí en la alfombra. Se tendió a mi lado y puso su cabeza junto a la mía. Miramos al techo. Pasaron unos cinco minutos. Silencio. Podía sentir los latidos de su corazón. En medio del techo una vieja lámpara de bronce se balanceaba suavemente.

–Puede haber sido un pequeño temblor –dijo poniendo su mano tibia en mi vientre.

–Sí –dije–, ¿tiembla mucho aquí?

–¿Usted no vive en la ciudad? –preguntó de vuelta.

–Sí, pero no en el centro, y allá arriba no tiembla nunca –respondí, y él se rió. Comenzó a acariciarme el cuerpo.

–Tiene una piel muy suave –me dijo al oído volteando la cabeza hacia mí.

–¿Le parece? –pregunté. Después de un rato dijo:

–¿Le gusta que la acaricie?

–Sí –contesté.

–Acarícieme usted también –me pidió entonces.

–¿Dónde le gusta?

–En las piernas –dijo. Llevé mi mano a su pierna y la dejé quieta. El aquietó la suya en mi vientre. Estuvimos varios minutos así. Luego se dio vuelta y me abrazó. Me pegué a su cuerpo–. Su cuerpo cabe justo en el mío –dijo estrechándose contra mí. Después me apartó suavemente y se quedó recorriendo mi cuerpo con la vista–. Su ropa ya debe de estar seca, anunció de pronto levantándose de un salto y tomándome de las manos para ayudarme a levantarme–. Permítame que la vista –dijo acercándose con el sostén en la mano. Me lo puso y me hizo girar hasta quedar de espaldas a él–. Nunca he sido muy diestro para abrochar estas cosas –dijo. Pero se veía bastante diestro para desabrocharlo, sonreí. Y él se rió. Enseguida trajo la blusa y se dispuso a abotonarla. Le di las gracias–. ¿Todas sus blusas tienen tantos botones? –preguntó divertido.

–Todas no, sólo la que me puse hoy –dije.

–Párese aquí, por favor, aquí –me ordenó indicándome el centro de la falda que había depositado abierta en el suelo. Le obedecí. Fue subiendo la falda por mis piernas y una vez que la ajustó a mi cuerpo, la abrochó abrazándome por las caderas–. Todo listo –dijo aplaudiendo–; ¿ve que no era tan difícil?

–No sabe cómo se lo agradezco –dije alcanzando la puerta.

–No tiene nada que agradecerme –repuso él tomando la taza de té y volcando el líquido en un gomero que había junto al sillón.

–Adiós –le dije con la puerta ya abierta.

–Adiós, Amalia –dijo él.

–¿Cómo sabe mi nombre? –pregunté asombrada.

–Lo leí en este llavero que se cayó de su bolso en la calle –dijo alcanzándome el llavero.

En la sala de espera el secretario se levantó en cuanto me vio aparecer y me ayudó a ponerme la chaqueta que descolgó del perchero.

–¿Logró calentarla algo el té? –me preguntó en voz muy baja.

–Sí, muchas gracias –respondí entrando al ascensor.

En ese momento paró la lectura, dejó los papeles en su falda y me miró como esperando que yo le dijera algo. Debo confesar que estaba atónita. No podía creer que fuera cierto. No son muchos los hombres que te desnudan antes de preguntarte el nombre, mucho menos si no piensan violarte ni nada por el estilo sino quedarse mirándote como un maníaco sexual, a cinco metros de un secretario que está sentado al lado afuera de la puerta.

–¿Pasó así? ¿Tal cual? ¡Qué quieres que te diga! ¡Estoy anonada, Amalia! ¿Sin siquiera conocerlo?

–Puede parecer un poco extraño que me haya desnudado, de buenas a primeras, ante un perfecto desconocido, pero a veces suceden estas cosas, a veces una hace cosas que no se hubiera figurado capaz de hacer. Él me gustó desde el comienzo, me gustó mucho.

–¿Hasta el punto de desnudarte en su oficina y acostarte a su lado en la alfombra y dejar que te acariciara el cuerpo? ¿Sin saber quién era?

Su relato me había impactado más que nada porque cualquiera que hubiera conocido a Amalia, como yo, habría sabido que aquello podía perfectamente ser verdad.

–¿Nunca has sentido unos deseos frenéticos de tocar a un hombre o de que un hombre te toque a ti? Lo bueno, en este caso, es que ambos tuvimos el mismo impulso al mismo tiempo. Estoy segura de que muchas mujeres habrán tenido encuentros similares, experiencias extrañas. Que no lo cuenten es otra cosa.

–Y este es el hombre con quien acabas de terminar después de seis años. ¿No me vas a decir cómo se llama ahora que terminaste con él? ¿Quién es, Amalia?

Amalia no contestó.

–¿Quieres que termine la carta?

–Por supuesto –dije, y Amalia siguió leyendo:

Llegué a mi casa excitada. No lograba entender lo que había ocurrido en esa oficina. ¿Cómo fue que llegamos y nos desnudamos sin más, como si nos hubiéramos conocido de toda la vida? ¿No era extraordinario? A media tarde llamé por teléfono. Atendió el secretario y me reconoció la voz de inmediato, algo que me inquietó. Tal vez habían estado hablando de mí.

–Ahora la comunico, señora Amalia –dijo solícito, relamido, con un tonito que me cargó. ¿Cómo sabía mi nombre? Entonces recordé que la puerta del despacho estaba abierta cuando nos despedimos.

Sin duda lo había escuchado decirme adiós, Amalia. Unos segundos más tarde escuché clic y luego la voz de él.

–Transmisión de pensamiento, quería llamarla pero no tenía su teléfono. ¿Cuándo va a venir a verme? –inquirió luego.

–¿Y por qué debo ser yo quien vaya a verlo y no al revés? –(a ver qué me decía).

–Porque usted es casada –afirmó él.

–Y usted, ¿no? –pregunté.

–No –respondió, seco, como si ser casado fuera un pecado. Quedamos de encontramos en su despacho al día siguiente a las tres–. Gracias por llamarme –se despidió.

–No tiene por qué agradecerme nada –le dije imitando su manera de hablar. Colgué el fono con la sensación de haber estado hablando con un corredor de propiedades o un vendedor de autos.

Al día siguiente a las tres se abrió la puerta del ascensor y pude ver al secretario hablando por teléfono. Caminé en puntillas para no interrumpir su conversación. Me hizo un leve gesto con una mano mientras tapaba el fono con la otra.

–Déme un par de segunditos –dijo, y enseguida empezó a despedirse–. Ahora le aviso que llegó –me dijo después de colgar el fono, con una expresión cómplice que no me gustó para nada.

–Disculpe la molestia, es que ayer se me cayó la libreta de teléfonos en su oficina y he vuelto a buscarla –dije sintiéndome perfectamente estúpida. En un momento quise marcharme de ese lugar. ¿Qué estoy haciendo?, alcancé a reflexionar y en ese mismo instante se abrió la puerta de su despacho y él apareció en el umbral.

–Adelante –me dijo con el aire circunspecto de un abogado que hace pasar a una clienta cuyo marido acaba de ser asesinado por la mafia–. Usted es tan puntual como yo –me dijo complacido mientras hacía una leve venia.

–Así es –respondí estirándole la mano–. Siempre he sido muy puntual –las ventanas de su oficina estaban abiertas de par en par y entraba un aire helado–. ¿Tiene mucho calor? –le pregunté.

–No, estaba aireando el despacho porque acabo de fumar un puro –dijo y se dispuso a cerrarlas.

–¿Fuma puros? –inquirí.

–A veces, ¿le molesta el olor? –preguntó.

–No, al contrario, me encanta el olor a tabaco fuerte. Yo también me fumo un purito de tanto en tanto –mentí.

–Siéntese donde quiera –dijo entonces, como si no hubiera escuchado lo que acababa de decirle–. ¿Le gustaría tomar una taza de té? –preguntó cuando me senté en el sillón de cuero donde el día anterior había puesto mi ropa mojada.

–¿Para que luego lo desperdicie dándoselo al gomero? –pregunté riendo. Se acercó a mí y me tomó por los hombros, tal como el día anterior en la calle, y me levantó del sillón como quien levanta una pluma.

La interrumpí.

–¿Te siguió tratando con la misma deferencia de la vez anterior?

–Siempre me trató así –dijo Amalia–. Y en los seis años que estuvimos juntos nunca me tuteó. Por sus modos podía pasar por caballero antiguo, sin embargo no era tan conservador como parecía. Era su manera de ser. Le gustaba esa especie de afectación en el trato, hasta hacía gala de ello. Odiaba los arrumacos y el lenguaje absurdo de los enamorados que se tratan con diminutivos como pollito, gordita, caramelito. Pero no te equivoques, podía parecer parco, pero era muy amoroso.

Aclarado esto último volvió a leer.

–Venga conmigo –me invitó.

–¿Adónde? –pregunté mirando hacia los lados.

–A mi sala privada, aquí mismo –dijo abriendo una puerta camuflada en los paneles de caoba que yo no había notado antes. Entramos en un cuartito de unos tres por dos metros cuadrados en donde había una mesa pequeña con un televisor y una alfombra chilota en el centro de la pieza–. Voy a poner algo en el suelo para que estemos cómodos –dijo abriendo la puerta de un closet y sacando una colchoneta forrada con una frazada escocesa que luego extendió sobre la alfombra.

–¿Vamos a dormir la siesta? –pregunté riendo y sin ánimo de burlarme de él pero terriblemente nerviosa.

–Primero vamos a hacer el amor –dijo él, produciéndome un vuelco en el corazón.

–¿Aquí? –pregunté señalando la colchoneta.

–Aquí o donde usted quiera, es muy cómoda, la uso para hacer yoga –me dijo acercándose.

Amalia alzó la vista y me explicó que estuvieron dos horas en aquel lugar. No quería entrar en detalles, me aseguraba que nunca había tenido un sexo tan delicioso. Era un amante lento, suave, experimentado y de increíble ternura.

–¿Fogoso? –pregunté con la respiración contenida.

–¡Ah! Si supieras cuánto –y luego anunció que ahora leería el final de la carta, «la guinda de la torta», y continuó:

–¿Tiene apetito? –me preguntó una vez que terminó de vestirse.

–Estoy muerta de hambre –le dije. Entonces se dirigió a su despacho y lo escuché ordenarle al secretario que bajara a la cafetería de la esquina y subiera tres sándwiches que el secretario depositó sobre su escritorio. Después de comer con un apetito voraz sus dos sándwiches me preguntó, a pito de nada:

–¿Qué cosas no le gustan?

–La muerte de mi tío Floro –le dije sin pensarlo demasiado. Se quedó mirándome con curiosidad y luego dejó el pan a un lado y se acercó y me abrazó y se pegó a mi cuerpo como una lapa y comenzó a moverse conmigo hacia la ventana y volvió a abrirla de par en par y empezó a cubrirme de besos y a desnudarme y desnudarse hasta quedar los dos iguales y me acarició el cuerpo y su lengua se convirtió en diez lenguas alborotándome la boca, los ojos, el cuello y llegó un momento en que podría haber estallado una bomba sobre nuestras cabezas y no me habría despegado de él que estaba tan adentro en mi carne, besando la hondura de mi cuerpo, moviéndose como una ola lenta y espesa que va creciendo.

Después nos vestimos en silencio.

–A mí me gustaría verla todos los días que me quedan de vida –me dijo entonces.

–Me vas a ver. No sé si todos los días, pero me vas a ver –le dije.

–Lo sé –repuso acompañándome hasta la puerta.

–Pero no en esta oficina –le dije antes de salir.

–Donde usted quiera –respondió. Abrí la puerta al tiempo que el secretario se acercaba con mi abrigo.

–Adiós Amalia –dijo mi amante.

–Hasta mañana –le dije cuidándome de que el secretario no escuchara.

Esa fue la última vez que nos vimos en su oficina.

Terminada la lectura, Amalia me entregó la carta que había doblado cuidadosamente en cuatro.

–Guárdala –me dijo depositando los papeles en mi mano, con un gesto ceremonioso, como si estuviera regalándome el mundo, y de cierta forma lo estaba.

Mis noches con Rafa acudieron a mi pensamiento y sentí un golpe de frustración. ¿De dónde podía sacar, yo, una experiencia lúdico-sensual como la que acababa de escuchar? En mi vida actual con Rafa no abundaban esas experiencias. Éramos una pareja común y corriente que luego de ciertos años se cansa del mismo sexo. En un tiempo las cosas fueron muy distintas. Casi con dolor, ahora, recordé aquella primera vez en el Cajón del Maipo cuando Rafa me depositó sobre una roca plana, luego me desnudó como si estuviese frente a una audiencia –estábamos frente a una audiencia pues todo ocurría a plena vista de una vaca que nos miraba con esa cara que ponen las vacas cuando ven pasar un tren–, y me hizo el amor como un soldado la noche antes de partir a la guerra. Yo tenía dieciocho años y él veintitrés. Poco quedaba de esas dos personas lejanas.

–Sí, voy a guardarla. Gracias, Amalia.

Fue todo lo que le dije en ese momento. Estaba entre confundida y emocionada, y ella se dio cuenta.

–Lo único que no entiendo es por qué has terminado con él –le dije después.

–Yo tampoco lo tengo claro. A veces estos encuentros no tienen tanto que ver con el amor como contigo misma, ¿sabes? Es difícil de explicar, pero yo no sé si el amor juega algún papel tan importante en estas relaciones, ¿entiendes lo que quiero decirte?

Yo lo entendía, relativamente. Había crecido en un medio más bien conservador donde lo que se suponía que una hiciera en la vida era casarse con el hombre que la había enamorado en los veinte, tener hijos con el mismo hombre y seguir casada con él hasta que uno de los dos muriera. Si en esa ecuación, el amor no necesariamente jugaba un papel importante, no me parecía tan raro que no lo jugara en la relación que Amalia me había descrito.

–Lo que quieres decirme es que se trata del sexo, no del amor, ¿es eso?

–No, no eso. Se trata de uno mismo.

Yo preferí dejarlo hasta ahí.

Pasamos el resto de la noche hablando del hombre a quien había conocido hacía unos días, y hacia las dos de la madrugada, cuando la vi partir, no me cupo

ninguna duda de que no iba a su casa –sabía que Alberto estaba en el norte– sino a la casa del pintor.

Un mes después, frente a su cara de ángel de cera, antes de que la mano trémula de Alberto cerrara el ventanuco del cajón, la interrogué en silencio. ¿Qué fue lo que realmente pasó entre tú y ese hombre a quien protegías tanto? Pero la muerte es tan profunda que da pavor. Pensé en su vida con Alberto, en los años que pasó con el amante sin que ello se interpusiera en su matrimonio. Los días de semana con el amante, los sábados y domingos con el marido, enero con el marido, febrero con el amante. Era una bígama perfecta pero ¿cómo pudo hacerlo! ¿Cómo podía estar con el marido y un amante sin alterarse y llevar doble vida como si fuera tan fácil? Que Alberto pasara viajando no lo explicaba todo. Para cualquier mujer es complicado llevar una doble vida. Amalia lo hacía como un juego; era esa actitud suya lo que Rafa no le perdonaba.

–Puede ser que Alberto tenga todos los defectos del mundo, que sea rudo y antipático, pero ningún marido se merece esto –decía.

–¿Por qué no se separa?, ¿qué sentido tiene seguir junto a un marido cornudo? ¿Y no te parece el colmo de la hipocresía que siga yendo a comulgar todos los domingos?

A mí no me parecía el colmo ni mucho menos, había que conocer a Amalia para entenderlo. Amalia era creyente y no pensaba que su infidelidad crónica pudiera ofender a Dios o a la religión católica o a nadie. Ella lo vivía con una envidiable naturalidad, esta es mi manera de ser, así es mi sexualidad, el pecado sería darle la espalda, es posible soportar la vida sólo si tu mente y tu cuerpo están en consonancia, aseguraba, gozosa.

El juez

El reloj alemán que marcaba la hora de Viena, San Petersburgo y París, dio la media hora en Santiago con una sola campanada que Juan Manuel escuchó desde el baño. Llevaba un buen rato encerrado allí. Abrió el botiquín y sacó una píldora que tragó sin agua. Luego se miró al espejo y no logró comunicarse con su propio rostro. En eso estaba cuando escuchó el ulular de una ambulancia y sintió un temblor en el alma. Salió del baño y se acercó a la ventana abierta. Allá iba. Zigzagueando calle arriba con su bocina fúnebre espantando el tránsito. Tal vez fuera esa la encargada de recoger el cuerpo de Amalia. A lo mejor habían tardado más de lo esperado en encontrarla. Si no había nadie jugando a esas horas de la mañana era bien probable que hubiese pasado un buen rato tirada en el pasto. Y no habría nadie a esas horas pues Amalia era el único ser humano que jugaba golf de madrugada. Hizo un esfuerzo para regresar a su escritorio, donde tenía un alto de papeles que debía revisar. Le pareció que alguien había cerrado las cortinas detrás de él. Escuchó su corazón palpitando desesperado. La visita del periodista lo había dejado descompuesto. Su propia frialdad en la cancha lo había dejado descompuesto. La pavorosa división. En la cancha de golf, a escasos metros de Amalia, sintió que se había separado de él mismo. Fue una experiencia aterradora. Le disparó como quien le dispara a una puerta, a un vidrio, a un muro de piedra. En ningún momento se conectó consigo mismo. Recordaba haber levantado la mano sin sentir el peso del arma, y haber apretado el gatillo como si Amalia estuviese en otra parte y esa figura que se hallaba a escasos metros suyos fuese una foto pegada en un cartón. Había pasado la mitad de su vida en las cortes escuchando a los asesinos explicar los componentes de ese instante de perturbación, y ahora empezaba a entender de qué se trataba la vesania, la furia que cegaba hasta el punto de cerrar todo asomo de conexión con uno mismo... ¡Asesino!, oyó que susurraba el Presidente a su espalda. Se dio media vuelta y sus ojos se toparon de frente con los ojos sonrientes de su amigo de la infancia. Entonces llamó a Ernesto por el citófono.

—¿Qué tengo a la una?

–El almuerzo para don Vicente Matta, no se olvide, don Juan Manuel. Ya le mandé su carta.

Lo había olvidado completamente. Vicente Matta había recibido un importante premio y un grupo de amigos se juntaría para celebrarlo. Estaría toda la gente de la cual conviene saber el teléfono de la casa y la fecha del cumpleaños. Una reunión de esas para salir corriendo. Pero Vicente era un buen amigo suyo y una de las pocas personas con quien le gustaba salir a comer, dar paseos por el Parque Forestal para hablar de las cosas de la vida e intercambiar libros. En una oportunidad sintió vivos deseos de abrirse con él y contarle su relación con Amalia y se arrepentía de no haberlo hecho. Si Vicente hubiese entrado en su secreto, si alguien hubiese entrado en su secreto es bien probable que nunca se hubiera producido aquel minuto fatal. Para qué pensar en ello ahora... Habían alquilado un restaurante para la ocasión. No podía faltar a ese compromiso. Hoy menos que nunca.

–¿Dónde queda el restaurante?

–En la calle El Cerro, don Juan Manuel. Aquí tengo la dirección. ¿Quiere que se la dicte?

–No, se la pido cuando salga –dijo y colgó.

Casi enseguida lo llamó de nuevo.

–¿No he recibido llamadas?

–No, don Juan Manuel. No ha llamado nadie. Milagroso, ¿verdad?

Unos días más tarde él mismo se preguntó qué hizo el resto de esa mañana y no supo responder. Tal vez cayó en un sueño vacío, en una especie de aturdimiento, en algo así como una muerte. O simplemente permaneció con los ojos abiertos sentado en la silla inglesa permitiendo que los ruidos del mundo, amortiguados por los gruesos cortinajes de terciopelo, lo alejasen del pánico que lo abrasaba.

A la una salió a la calle y llamó a un taxi. No se sentía con fuerzas para manejar. Luego de indicarle al taxista la dirección del restaurante se sumió en el asiento y dormitó hasta que llegaron. Cuando el auto se detuvo y él levantó bruscamente la cabeza se sintió tan mareado que temió vomitar.

–¿Se encuentra bien, señor? –preguntó el taxista observándolo por el espejo retrovisor.

–Muy bien, gracias, he pasado una mala noche, nada más –dijo Juan Manuel alcanzándole una propina generosa..

–Gracias, señor, muy amable.

Entró en el restaurante y preguntó si había llegado Vicente Matta.

–Él no ha llegado todavía pero ya hay varios caballeros en el segundo piso –le respondió uno de los meseros haciéndose cargo de su abrigo.

Media hora más tarde se encontraba sentado en una mesa junto a la ventana entre un hombrón que despedía un fuerte olor a ajo y Felipe Araneda, el presidente de la Corte de Apelaciones. La conversación de su vecino con olor a ajos fluía sonora, a raudales. El vino lo había achispado. Era un hombre viejo, muy simpático, y su charla estaba salpicada de términos que Juan Manuel no había escuchado en toda su vida. Le encantaba Santiago, dijo. Los ignorantes afirmaban que era una aldea «pisturrienta» y no sabían de qué estaban hablando. A él le parecía una gran ciudad. No tenía nada que envidiarle a Buenos Aires, en donde había estado un par de veces.

–Para aldeas, Concepción, amigo Juan Manuel. Ahí lo quiero ver.

Le llamó la atención que lo tratara con familiaridad sin apenas conocerlo. Libertades que se toman los viejos, pensó sintiendo vivos deseos de tener los mismos ochenta años que este señor, haber vivido todo y estar listo para morir sin que nada le importara. Su vecino debía de tener esa edad, más o menos, pero se veía bastante más joven.

–Si usted viviera allí me entendería.

–¿Vive en Concepción? –preguntó Juan Manuel, interesándose en el viejo.

–Nací allá, allá me hice el hombre que soy, allá está mi trabajo, allá me casé con una mujer maravilla que me ha salido la mejor esposa del mundo, allá criamos a los nueve hijos que tenemos y allá quiero morir. Sólo espero que no sea muy pronto. Pero déjeme decirle esto: Concepción será una aldea «pichiruchi», pero es la mía –dijo lanzando una risotada franca y poco amenazante que a Juan Manuel le gustó.

–¡Nueve hijos!

–Así es, ¿y usted?

–No tengo hijos ni mujer maravilla –dijo Juan Manuel, haciendo un esfuerzo por parecer simpático.

–¿Soltero? ¡No me diga! ¿Y qué ha estado haciendo todos estos años, amigo? El matrimonio será una joda y es una buena joda, que nadie le cante otra tonada, pero no hay mejor manera de vivir. Créame. ¿Me cree?

–Sí, le creo, claro que le creo, por algo se casa la gente, ¿no? Pero hay que encontrar a la persona indicada.

–¿Ni una maravillita le ha hecho tilín?

–Muchas, pero no como para casarme. Bueno, algunas se quisieron casar

conmigo pero yo no quise y aquellas con las cuales quise, no quisieron. No ha habido suerte.

–Quiere decir que ninguna le ha hecho tilín, lo que es el verdadero tilín, mi amigo, porque cuando eso sucede, siempre es mutuo.

Juan Manuel lo miró divertido.

–¿Qué hace en Concepción?

–Dirijo el diario *El Tiempo* –respondió el hombre acercando un fósforo a su pipa y dando dos, tres, cuatro chupadas cortas hasta que la pipa estuvo encendida.

Juan Manuel sintió que el corazón se le agitaba.

–¡No me diga! ¿Cuándo llegó a Santiago?

–Hoy. En el avión de la mañana.

–¡Qué coincidencia! Quiere decir que viajó con Samuel Cooper. Acabo de estar con él. ¿No le comentó que teníamos una entrevista?

–No, no lo he visto. ¿Por qué habría de viajar con Samuel si él vive aquí?

–Bueno, porque él asiste a la reunión de los lunes en Concepción, la reunión del diario. ¿No es así?

–¿Cuál reunión?

–¿No se juntan todos los lunes, con él, allá?

–No que yo sepa. Hace bastante tiempo que no lo veo. En realidad no lo he visto desde mi último viaje a Santiago, creo que fue el año pasado.

–Qué extraño. Me dijo que venía llegando de Concepción. ¿No podría ser que hubiera estado allá, en el diario, y usted no se hubiera enterado?

–¡Cómo no iba a enterarme yo! ¡De ninguna manera, mi amigo! Yo soy igual que aquel señor que decía que no se movía ni una hoja sin que él lo supiera. En ese aspecto no más me parezco, porque a mí nunca me gustó ese caballero, pero en mi diario no se mueve una hoja sin que yo lo sepa. Si él le dijo que venía llegando de Concepción tiene que tratarse de un error porque para allá, se lo garantizo, hace muchísimo tiempo que no va. Somos nosotros quienes venimos. Usted sabe. Santiago siempre manda. Es triste pero es la verdad.

Juan Manuel se quedó mirándolo en silencio. Cooper le había mentado. No fue a Concepción. O fue, pero no a la reunión con la gente del diario. Y tal reunión semanal ni siquiera existía.

–Discúlpeme –le dijo a su vecino y se levantó para ir al baño.

Cuando volvió a la mesa el viejo estaba ofreciendo un brindis.

–Por *El Tiempo* de Concepción, el diario más antiguo de Chile aunque ustedes, los santiaguinos, ya no lo tomen en cuenta –dijo lanzando otra de sus

estruendosas carcajadas—. Y por mi buen amigo Vicente Matta, quien siempre nos ha colaborado, pero estoy segurísimo de que nunca tampoco ha leído sus estupendas columnas una vez impresas en nuestro periódico, porque penquista y todo se puso la camiseta santiaguina, ¿no es así, Bicho? ¡Salud!

Otra carcajada y aplausos a lo largo de todas las mesas.

—Lo felicito —dijo el juez dándole la mano—, me alegro que haya aludido a la indiferencia de los santiaguinos con las provincias, es que los santiaguinos podemos ser muy arrogantes cuando se trata de las provincias.

—Así es, son arrogantes. En el caso de nuestro diario, por ejemplo, ¿sabía usted que *El Tiempo* nació en Concepción?, ¿lo sabía? Pero cuando se creó *El Tiempo* de Santiago nosotros pasamos a la historia, no les interesamos para nada, *El Tiempo* de Concepción hasta podría cambiarse de nombre y le apuesto que aquí no se darían ni cuenta. Hay excepciones, claro, y Samuel Cooper, déjeme decirle, es una de ellas. Siempre está llamando, interesado en cómo van las cosas por allá, nunca se olvida de que existimos.

—¿Usted lo conoce bien? —le preguntó Juan Manuel.

—Sí, claro que lo conozco.

—Es una buena persona, ¿no?

—Es una excelente persona. Le tengo muchísimo aprecio.

—¿Está casado?

—Ni idea. Ni la más remota idea. No sé nada de su vida, salvo que es un desguañangado y muy buen periodista. Creo que está casado.

De vuelta en la Corte, esa tarde, Juan Manuel le pidió a Ernesto que le hiciera un favor.

—Lo que usted mande.

—Quiero que averigüe dónde vive Samuel Cooper. Hágalo con discreción, me gustaría sorprenderlo. Tuvimos que interrumpir la entrevista porque no me he sentido nada de bien y quisiera disculparme enviándole una buena botella de whisky. He quedado con la sensación de haber sido muy antipático con él.

—En diez minutos le tengo el dato.

—Otra cosa, Ernesto. ¿Usted sabe si Cooper es casado?

—¿Va a mandarle algo a la señora también? —preguntó Ernesto haciendo un gesto divertido con la boca.

—No, es sólo por curiosidad.

Media hora después Ernesto entró a su despacho.

—Samuel Cooper vive en la calle Talimay²⁰⁵⁵, en La Reina. Está casado con

Dolores Sanfuentes, tienen dos hijas, de trece y quince años, y un gato siamés.

El periodista

Me sentía un fracasado en toda la línea. No había logrado entrevistar al juez y tampoco me había atrevido a preguntarle por qué había abandonado la cancha de golf arrastrándose por debajo de la cerca. De su oficina me fui directamente al diario. El computador de Alicia estaba encendido y había en la pantalla un texto a medio escribir.

–Salió a toda carrera –dijo el periodista recién egresado, que de ninguna manera habría obtenido un puesto en el diario de haber dependido de mí. Nada personal contra el joven, pero yo no lo habría contratado para hacerse cargo de la entrevista política de los jueves, el mismo trabajo que desempeñé tantos años. Padecía de una arrogancia incurable. Actuaba como si hubiera nacido sabiendo. Y era tremendamente atropellador. Uno de esos hijitos de papá que estaciona el jeep encima de las flores –el padre era amigo del director del diario.

–¿Adónde fue? –pregunté contrariado. La escena del juez arrastrándose en la vereda, el no haberme atrevido a decirle nada durante nuestra frustrada entrevista, en fin, todo lo acontecido me había dejado ansioso y de mal humor. Al escuchar la voz mofletuda del recién egresado («...Partió volando al Club de Golf») sentí una inyección de adrenalina y un intenso calor subiéndome por el cuello–. ¿A cuál Club de Golf?

–Al único que hay. ¿No escuchó la noticia? –preguntó, feliz de «golpearme».

–¿Qué noticia? –dije casi gritando. Me di cuenta de que había provocado una sorpresa mayúscula en el recién egresado. ¿Qué le pasa a este?, preguntaron sus ojos acaramelados.

–La esposa de Alberto Mancilla fue asesinada esta mañana en una de las canchas del Club de Golf Las Condes –respondió, y acto seguido me resumió la historia con esa agitación triunfante que se apodera del periodista cuando sabe algo que su interlocutor ignora.

–¿La esposa de Mancilla, el empresario?

–Amalia Griffin. Así se llamaba. Alrededor de las ocho de la mañana un jardinero que andaba reparando el pasto se encontró con el cadáver de una

mujer. El hombre contó que estaba tibia todavía, así que lo probable era que la hubieran asesinado entre las siete y las ocho de la mañana, sólo momentos antes de pasar él por allí. La policía está en el Club. Lo están diciendo por la radio.

Sentí que si no me sobreponía iba a desmayarme.

–¿Cómo la mataron?

–De un balazo.

–¿Quién?

–La pregunta del millón, jefe.

¡Esta sí que era noticia! Por eso escapó como un ladrón de gallinas por debajo de la cerca. Venía saliendo de la escena del crimen. ¡Por la misma mierda! ¡Esta sí que era grande! Había visto al juez Juan Manuel Rementería, en carne y hueso, yéndose luego de asesinar a esa mujer. La prisa tan grande que llevaba, ese mirar para lado y lado asegurándose de que nadie lo viera. El juez estaba abandonando la cancha de golf minutos después de haberle disparado... Y yo lo había visto... La evidencia pasó ante mis propios ojos. ¿Serían amantes? Era lo más probable. Tenía entre mis manos el caso del siglo. Un juez de la Corte Suprema había asesinado a su amante en la cancha del Club de Golf Las Condes. Sentí el sudor corriendo por mi frente.

–¿Levantaron el cadáver? –pregunté.

–Sí. Ya está en la morgue –dijo el recién egresado.

–¿Y qué hace Alicia en el Club de Golf si el cadáver está en la morgue?

El recién egresado movió la cabeza.

–¡Qué sé yo!

Cuando hay un asesinato el periodista no se despinta del cadáver, les había dicho en repetidas ocasiones. Pero los periodistas computarizados de estos días le tenían pánico a los muertos, preferían la asepsia de Internet en donde no hay malos olores ni cuerpos rancios.

Llamé a Francisco a toda carrera. No quería que le llegara la noticia estando en el canal mientras grababa el programa y le cayera como balde de agua fría. Después salí a la calle y tomé un taxi.

–Lléveme al Club de Golf Las Condes.

–Me imagino que va para allá por lo del asesinato de la esposa del empresario. No están dejando pasar a nadie pero usted, como periodista, no tendrá problemas –dijo el chofer, que me había reconocido, seguramente por alguno de esos foros en la televisión–. No se habla de otra cosa en la radio. Ahora mismo lo están diciendo.

–¿Podría subir el volumen, por favor? –le pedí.

Reconocí la voz de Carmen Cáceres. *Alrededor de las ocho de esta mañana fue asesinada de un balazo en el pecho Amalia Griffin, esposa del empresario Alberto Mancilla. El crimen se cometió en una de las canchas traseras del Club de Golf Las Condes hasta donde la víctima había llegado, muy temprano, como lo hacía todos los martes. La policía ha acordonado las calles que rodean el recinto del Club y con perros policiales están rastreando el lugar en busca de pistas.*

Media hora más tarde el taxista detuvo el auto frente a una iglesia.

–Llegamos. No se puede ir más allá. Tendrá que seguir caminando. Son mil doscientos pesos.

Me acerqué a un carabinero y le enseñé mi credencial.

–¿Del diario *El Tiempo*? Pase.

El estacionamiento del Club estaba casi vacío. Había una camioneta, cuatro o cinco automóviles, uno de ellos debía de ser el de la mujer asesinada, y dos patrulleras de la policía con sus focos relampagueando. A Amalia la habían llevado a la morgue, me informó el mayordomo, y luego dijo que la señora acostumbraba ir todos los martes a jugar golf. Siempre jugaba sola, lo que ya era bastante raro. Le gustaba empezar muy temprano, a las siete de la mañana, y a veces antes. Él no sabía cómo podía ver la pelota porque en días de invierno, por ejemplo, la cancha estaba tan oscura. Una vez se lo preguntó y ella le dijo que caminaba hasta que empezaba a aclarar. El Club no se abría al público a esa hora, pero don Alberto, su marido, conseguía cualquier cosa y se había hecho una gran excepción con ella. El cuidador le abrió la puerta.

–Yo la conocí así –agregó poniendo la mano abierta a la altura de su rodilla–. Éramos vecinos, vivíamos en la misma calle, la calle Valencia, en Ñuñoa. Ella me consiguió este puesto –explicó el hombre frunciendo el ceño–. Los empleados también la apreciaban mucho. Sufrirán una tremenda impresión al saberlo. No, no había llegado ninguno de los de afuera cuando ocurrió. Recién empezaban a llegar. Aparte del cuidador, Tomás era el único que estaba en el Club a esas horas –era uno de los jardineros que cortaba el pasto a la madrugada. Él la encontró. El asesino tenía que ser uno de esos delincuentes que a veces duermen en las canchas.

»Yo no sé qué está pasando en Santiago, señor. Antes era una ciudad segura, uno podía caminar a las tres de la mañana por las calles sin peligro alguno. Pero mire ahora... Si un lugar como este no es seguro, ¿qué nos va quedando? Puedo asegurarle que esa bestia la violó. No quise ni mirarla, no la quise ver. Pobre

señora. Con lo bonita que era. La señora Amalia era una mujer preciosa y una persona lo más sencilla que usted se pueda imaginar. A mí me apreciaba mucho.

–¿Siempre jugaba sola? –pregunté.

–Siempre.

–¿Y el marido? ¿No la acompañaba algunas veces?

–Ni por asomo. Don Alberto es uno de los miembros del directorio del Club, pero si lo he visto dos o tres veces por aquí, es mucho.

–Gracias por su información –le dije más tarde, antes de marcharme, y le alcancé una tarjeta–. Cualquier cosa nueva que surja, lo que sea, le ruego que me llame por teléfono.

Abandoné el lugar acongojado. La calle, los autos, los semáforos, el cielo despejado y frío, la gente y sus prisas, todo parecía igual a cualquier día del año, pero algo dentro de mí había cambiado.

Teresa

Amalia siempre estaba lista para cualquier cosa, para subirse y bajarse de una aventura, como si la vida fuera un tren y ella estuviera un día esperándolo en una estación y al día siguiente en otra. Pocas veces he visto a una persona con mayor facilidad para dejarse atrapar por los arrebatos. Vivía fuera de la realidad, jamás tuvo un problema económico, por ejemplo, ni supo lo que era trabajar para ganarse el sustento; siempre trabajó, eso sí, pero su cargo en la Biblioteca no pasaba de ser otra aventura, al menos era lo que parecía, porque ¿quién puede encontrar fascinante pasarse ocho horas diarias en un sucucho revisando papeles con olor a chocolate, sin ninguna necesidad de hacerlo?

–¿No tienes mala conciencia engañando a Alberto? –le pregunté en otra de nuestras conversaciones, porque el tema me obsesionaba.

–No –me dijo con toda franqueza–, no me importa nada. Para Alberto es una cuestión de imagen, no de amor. Estoy segura de que si él se enterara le importaría, claro que le importaría, pero sobre todo por su imagen. Su ego se alzaría herido y machucado ante el resto del mundo, y ahí estaría la ofensa.

–¿Por qué no te separas de él?

–Porque lo quiero. Aunque te parezca inverosímil, prefiero estar casada con él a andar dando tumbos por la vida. Por eso mismo siento que no tengo ningún derecho a hacerle daño. Lo que tienes que entender, Teresa, es que Alberto es demasiado rico, y a la larga las mujeres de los millonarios terminan siendo otra de sus pertenencias. Alberto no sabe relacionarse, no se conecta con las emociones, todas sus relaciones pasan por el hecho de que él es quien impone las reglas. Es el drama de casi todos los ricos, ¿sabes?

Pudiera pensarse que seguía casada con Alberto por interés económico, comodidad o algo por el estilo, pero yo le creía que lo quería. Amalia era muy contradictoria. Podía parecer un fraude y para Rafa, por ejemplo, siempre lo fue –no se engaña descaradamente a una persona a quien se ama, decía–. Pero la verdad es que de cierta manera Amalia se sentía a gusto casada con él. No creo que estuviera enamorada de él, apasionadamente como se dice, pero le tenía

respeto y admiración. Yo lo veía como a un hombre común y corriente, nada del otro mundo, bastante burdo y no muy simpático, que amasó una fortuna sideral durante los años del gobierno militar, como mucha otra gente.

Amalia no tuvo hijos. Como yo. Pero ella no los tuvo porque no quiso, a diferencia de mí. Una vez le pregunté si habría hecho la misma vida de haber tenido hijos y se quedó mirándome muy sorprendida de que no supiera la respuesta.

—Por supuesto que no —me dijo—, en ese caso no existiría el vacío.

Nunca se me había ocurrido pensar que su amante pudiera estar llenando un vacío. ¿No decía que así era su manera de ser y que no era posible soportar la vida si el cuerpo y la mente no estaban en perfecta armonía? ¿Y por qué no quiso tener hijos? Pero, claro, nada tiene una respuesta fácil. Amalia no era una persona simple. En cualquier caso era una de las pocas mujeres que conocía que no salía de una relación amorosa deprimida y pesando diez kilos menos.

En un libro sobre la vida de Irish Murdoch hay una escena que durante meses estuvo dando vueltas por mi cabeza. La escena de su novio observándola desde la puerta de su piso en Londres en el momento en que la sorprende haciendo el amor con uno de sus numerosos amigos, y años más tarde, estando ella sumida en un silencio involuntario, el mismo novio convertido en marido de toda la vida, la remecía en medio de la noche, desesperado, gritándole que la odiaba porque nunca había sabido quién era, y ahora que se había perdido en el oscuro y tenebroso mundo del alzhéimer ya no podría conocerla.

Yo misma, ¿hasta dónde conocía a Amalia? ¿La conocía alguien?

De hecho yo la frecuentaba desde los días de nuestra infancia cuando pasábamos las tardes jugando con la Dafne y la Calíope, dos muñecas de trapo que nos fabricó el tío Floro. A esa Amalia la conocía todo lo que es posible conocer a una hermana, pero a la que emergió de esa niña alta, divertida y medio chiflada, ¿la conocía? La mujer que surgió de esa adolescente que adoraba al tío Floro más que a nadie en el mundo y estuvo una semana perdida en un abismo, sin comer ni hablar con nadie, cuando él murió de cáncer, ¿sabía quién era realmente? ¿O había sido amiga suya durante toda su vida sin darme cuenta de quién era? ¿Es posible vivir tan cerca de una amiga, durante tanto tiempo, para concluir después de su muerte que en realidad no sabíamos nada de ella?

—Rafa, yo sé que Amalia tuvo un amante durante seis años. ¿Tendría que ir a la policía con la historia? ¿Tú crees que el amante ese tuvo algo que ver con su muerte? —le pregunté una noche, antes de llevar la carta a la policía.

—Lo que creo es que Amalia era un poco fantasiosa a la hora de sus amores.

Lo digo con todo respeto por ella, estando muerta, y sobre todo de esa manera tan espantosa. Yo no iría a la policía con ninguno de sus cuentos, porque si no es posible corroborar nada de eso, si no sabes ni el nombre de su amante, ¿qué vas a decirles? ¿Que tu amiga lo pasaba muy bien engañando al marido? Lo primero que harían sería preguntarle a Alberto si sabía que su mujer tenía un amante y empezarían a tratarlo como a un sospechoso del crimen.

—¿Alberto?

—Yo no lo estoy acusando de nada, sólo digo que el marido es siempre el primer sospechoso, sobre todo si la mujer tiene un amante.

Fantasiosa. Sí, podía ser fantasiosa y muchas veces me pregunté hasta qué punto su carta sería una fantasía, pero desechaba inmediatamente ese pensamiento porque no habría tenido ningún sentido escribirme una carta con una historia inventada. Amalia podía ser un poco exagerada para contar las cosas que le pasaban en esa vida un poco alocada que llevaba, pero nunca hasta el punto de crear de la nada una historia como aquella. No, yo estaba segura de que ese encuentro con el amante secreto era verdad.

El periodista

Una botella envuelta en un finísimo papel negro con una cinta de raso blanca. ¿Quería hacerme callar? Al día siguiente de nuestra malograda entrevista, el juez me envió esa botella del whisky más caro acompañada de una amable nota disculpándose por su comportamiento. Estaba listo para recibirme de nuevo en cuanto yo lo estimara conveniente. Lejos de complacerme, el regalo agregó un nuevo pánico a mi existencia. El juez sabía dónde se encontraba mi casa. Si alguna vez llegaba a confrontarlo tendría que buscarme otra historia para explicar mi presencia en el departamento de Francisco. Pasó una semana antes de que lo llamara de nuevo. Días en que anduve como no queriendo despertar. Los antiguos miedos regresaron en gloria y majestad. Deambulaba como poseído. Del diario me iba a la morgue para hablar con el director. De la morgue al cuartel de Investigaciones para averiguar cuándo pensaban designar al detective que se haría cargo del caso. Le avisaremos, me decían, le avisaremos, y yo sentía que no lo hacían nunca. Del cuartel de Investigaciones me iba a mi casa y allí me quedaba un rato sentado entre las sombras observando los paseos inquietos de mi gato acostumbrado a que yo le diera bola. De mi casa al departamento de Francisco. Su excesiva preocupación me ponía aún más nervioso.

–Te va a dar un infarto. No puedes seguir pretendiendo que no sabes lo que sabes. Vas a tener que hablar con la policía. No puedes guardarte una información de ese calibre. Hay una cuestión ética involucrada en todo esto. ¿No te das cuenta? ¿Qué vas hacer si le achacan el crimen a otra persona? ¿Vas a dejar que lleven preso a un inocente?

Yo me perseguía creyendo que, en el fondo, lo único que le interesaba a Francisco era que yo saliera del armario –cómo detestaba esa expresión–, las cuestiones éticas eran un pretexto. A Francisco le gustaba hacer las cosas bien, sus reparos eran legítimos, pero era indiscutible que este episodio era la gran oportunidad de sacar a la luz toda nuestra situación. Francisco se llevaba de maravilla con todo el mundo y esto, que al principio me producía una cierta

desconfianza, terminó por convencerme de que hay gente como él, cuyo mayor atractivo consiste en no haber sentido nunca, o muy raras veces, ese miedo a los otros que a mí me acosaba permanentemente. ¿No entiendes que yo quiera lo mismo para ti?, me preguntaba. Y yo a mi vez le decía: ¿Y qué puede significar todo eso para mí?

–Vivir juntos, concedernos el tiempo que merecemos, no pasar por la vida avergonzados de algo que no es ninguna vergüenza, darle a nuestro amor todo el espacio que necesita para crecer. ¿Te parece poco? ¿Tú crees que tus hijas no van a terminar comprendiéndolo?

–No me siento preparado para contárselo a mis hijas, temo hacerles daño, temo que no lo acepten –le contestaba yo, ofuscado–, no estoy en condiciones de hacerlo.

–Alguna vez lo estarás.

–¿Por qué estás tan seguro?

–Creo conocerte y saber que no vas a poder seguir viviendo como si la vida fuera una medalla de dos caras.

¡Por supuesto que lo era! Dos, tres, hasta veinte caras. ¿Quién no tenía su lado oculto, su otro yo? ¿Quién podía afirmar que los hombres éramos de una sola manera, sin dobleces, cortados con la misma tijera? Francisco nunca había vivido en un mundo distinto del mundo homosexual, no sufría ninguna de mis incongruencias, además nunca se había sentido atraído sexualmente por una mujer. Tenía muchas amigas pero jamás se había involucrado amorosamente con ninguna, desde muy joven se dio cuenta de sus inclinaciones y lo habló con sus padres, quienes lo apoyaron.

Al final de esa semana me llamaron del cuartel de Investigaciones. Habían designado a un detective para el caso de la señora Amalia Griffin. Se llamaba Rogelio Fuenzalida y estaba a mi disposición para cualquier cosa que el diario necesitara.

–¿Rogelio Fuenzalida? –inmediatamente vino a mi memoria el rostro del detective de Rancagua que había tomado en sus manos el caso de un crimen espantoso, que muchos años atrás había ocupado durante meses las primeras planas de los diarios. El hijo de un político de la zona había asesinado a su novia, a la madre de la novia y a la hijita de dos años de la empleada de la casa que en ese momento había salido a comprar el pan. Cuando la mujer volvió se encontró con un reguero de sangre y los tres cadáveres en el living. El asesino había escrito la palabra «puta» en las paredes de la casa. A mí me había tocado

reportear ese caso –uno de mis primeros casos policiales– y había hablado varias veces con el detective Fuenzalida.

–Sí –dijo el inspector que me llamó–. ¿Lo conoce?

–¿Es de Rancagua? –pregunté.

–Efectivamente. Nació en Rancagua, pero hace varios años que vive en Santiago con su familia. ¿Lo conoce? –repitió el inspector.

–Nos tocó trabajar juntos en un caso, hace años –le dije. Yo recordaba a Fuenzalida como una excelente persona y la noticia de que fuera él quien se haría cargo de la investigación me produjo un cierto alivio. Me encontré súbitamente bien y en un arrebato de optimismo decidí llamar a Rementería para agradecerle la botella de whisky y concertar una nueva entrevista. Luego partiría al cuartel de Investigaciones para hablar con Fuenzalida. Llamé al juez y para sorpresa mía me dijo que podía recibirme esa misma tarde.

–¿A qué hora le gustaría venir? –preguntó.

–Tengo que hacer un par de diligencias en el cuartel de Investigaciones y de ahí me voy a su oficina. ¿Le parece bien a las siete?

–Me parece bien, sí, me parece bien –dijo con la voz cansada–; para entonces se habrá ido la mayoría de la gente y podremos conversar con tranquilidad.

Me dirigí al cuartel de Investigaciones preguntándome por qué Fuenzalida habría aceptado verme tan pronto. Yo no había hablado con él, pero el inspector de Investigaciones me volvió a llamar para decirme que Fuenzalida me recibiría a las dos. La investigación estaba en pañales y los detectives siempre evitan a los periodistas, sobre todo al comienzo de una pesquisa. No hay nada más molesto para un detective que un periodista metiendo las narices y opinando. ¿Habría algún sospechoso del crimen? ¿Algún rastro de quién lo había cometido? Probablemente sabía menos que yo –bueno, eso de todas maneras–. Lo único que tenía claro es que no pensaba decirle que había visto al juez escapando de la cancha de golf la mañana del crimen. Una vez más, mentiría. Pero ¿qué podía hacer?

–¿Viene a ver a Fuenzalida? –preguntó amablemente el mismo inspector que me había llamado por teléfono–. Pase por aquí.

Me condujo por un pasillo oscuro y húmedo al final del cual había un cuartucho alumbrado por una ampolleta de luz amarillenta. Una mesa. Un perchero descascarado. Una silla. Ese era todo el mobiliario. Un hombre flaco y desgredado, de unos cincuenta años, tecleaba en una vieja máquina de escribir eléctrica. Se veía mal. ¿O era la escasa iluminación de la ampolleta que le confería esa extremada palidez? En todo caso se veía enfermizo y débil. Vestía

humildemente, y muy parecido a mí, es decir, casi tan despreocupado como yo. Su chaqueta a cuadros café con verde no puede haber tenido menos de quince años y le quedaba enorme. Alguien dos tallas más grande que él se la habrá regalado, pensé. En su cabeza, casi enteramente gris, había sólo unas cuantas hebras de cabello negro. La expresión de su cara, sin embargo, era tal como yo la recordaba. Hay personas que no tienen oscuridades en el rostro, no importa que sean feas o no. Es algo que siempre he buscado en la mirada de la gente. Y este hombre tenía esa luz.

–Fuenzalida, aquí está el periodista.

–Gracias por venir –dijo Fuenzalida sin reconocermelo, y se levantó estirándose la mano–. Adelante por favor. Voy a traerle una silla.

–Si es que encuentra alguna –repuso el inspector.

–Haremos lo que se pueda –dijo el otro y desapareció por el pasillo.

Al cabo de unos minutos regresó con una silla gris de hierro y tevinil.

–Tome asiento, por favor. El inspector González me ha hablado de usted y de su interés en el caso del Club de Golf Las Condes. Dígame, en qué puedo servirlo.

–¿No me reconoce? Samuel Cooper. ¿Se acuerda? El caso del hijo del senador Balboa, Rancagua.

–¡No me diga! ¡Qué grata sorpresa, hombre! Por supuesto, claro que me acuerdo, será un placer trabajar nuevamente con usted.

–¿Tiene algo de tiempo para conversar ahora? –pregunté.

–Todo el tiempo que quiera. Estoy en blanco con este asunto. Mala cosa. Bien mala cosa. Acabo de hacerme cargo. Ayer en la mañana me lo adjudicaron. Cualquier dato que pueda entregarme, cualquier información que tenga, sirve. ¿La conocía?

–No. No la conocía.

El inspector, que había estado ese rato de pie sin pronunciar una palabra, dijo que tenía cosas que hacer.

–Los dejo conversar tranquilos –me extendió la mano, y antes de irse y salir al pasillo le hizo una leve venia con la cabeza a Fuenzalida.

–Esta mañana fui a la casa del marido de la víctima y está deshecho –dijo Fuenzalida–. Me vi forzado a hacerle preguntas incómodas. Si la señora tenía un amante, si había tenido alguna aventura con otro alguna vez, si sabía de alguien que quisiera vengarse de ella, que la odiara o que tuviera problemas con él. Las preguntas de rigor.

–¿Y cómo reaccionó?

–Es lo que iba a decirle. Mal. Muy mal. Llegó a enfadarse. Me dijo que estaba ofendiendo su memoria. Me dio no sé qué el pobre hombre. ¿Sabía usted que es veinte años mayor que ella? Me aseguró que se llevaban mejor que muchos matrimonios que él conocía, insistió en que se respetaban y vivían con libertad y confianza. Él la perdía de vista durante casi toda la semana porque rara vez estaba en Santiago. Si hubiera querido podría haber tenido un amante, hasta dos y tres, me dijo enrabiado. Pero él confiaba en que ella siempre haría lo que fuera mejor para ellos dos, que haría cualquier cosa en la vida menos herirlo, no era ese tipo de mujer. La tenía en un pedestal. Hablando con él, se queda uno con la impresión de que la palabra de su mujer en esa casa era poco menos que sagrada... Oiga, todo esto es confidencial, off the record, ¿puedo confiar en usted?

–Por supuesto.

–Parece que la dejaba bastante sola, por sus viajes de negocios. Y si no le importaba hacerlo era precisamente porque ella nunca fue de esas mujeres dependientes del marido. Tenía sus propios intereses, su propia vida, dijo. Era muy libre. Me contó que incluso veraneaban por separado. Ella lo había convencido de que los matrimonios necesitaban aire, que era sano para la pareja separarse un par de meses al año, respirar. Al principio lo encontró tirado de las mechas pero terminó cediendo. Me dijo que le daba el gusto en todo. Hace unos años compraron una casa de veraneo a orillas del lago Ranco, cerca del pueblito del mismo nombre. A ella le gustaba ir sola en el mes de febrero con una amiga... Usted dice que no la conocía, ¿verdad?

–No. No la conocía para nada. He oído hablar del marido, como todo el mundo, pero a ella ni de vista. Parece que era muy bonita, de acuerdo al mayordomo del Club de Golf.

–¿No sabe de nadie que la conociera bien, aparte del marido?

–No –respondí sin pensarlo demasiado, aunque efectivamente no sabía de nadie que la conociera. Hasta ese momento, porque al día siguiente de que apareciera publicada mi entrevista con el juez recibí la visita de Teresa Lagos, una íntima amiga de la muerta. Pero eso ocurrió una semana después de esta conversación. Ahora le formulé a Fuenzalida una retahíla de preguntas, si no tenía ninguna idea de quién pudo haberla matado, si no dejaron huellas, si la habían violado antes de matarla...

–No la violaron. Ni siquiera la tocaron. Quien le disparó la mató, se dio media vuelta y la dejó tirada en el pasto. No se encontró ninguna huella de otra persona en su cuerpo ni en su ropa.

–¿Saben si fue un hombre?

–Lo suponemos. Es muy probable por el tipo de pisadas. El pasto estaba recién cortado y había marcas de zapatos grandes, zapatos de hombre. Probablemente de un hombre de buen porte.

–¿Cómo piensa enfocar la investigación? –le pregunté por hablarle de algo más, pues me daba cuenta de que mi tiempo en esa oficina se estaba terminando y, si no le decía lo que sabía, no tenía nada más que hacer allí.

–Bueno, vamos a conversar con todas las personas que la conocieron. Sus familiares desde luego. Amistades, aunque dice el marido que no era una persona de muchas amigas, hay una mujer de la cual era íntima desde hace muchos años, creo que eran amigas desde que eran niñas. Y están sus compañeros de la Biblioteca: trabajaba en la Biblioteca Nacional, no sé si usted lo sabía. Y de ahí seguiremos tirando cabos. No será un caso fácil porque no tenemos el arma, tampoco huellas, ni testigos, no hay motivo ni sospechoso. Lo único concreto es la bala. Sabemos el calibre del arma, nueve milímetros. Puede haber sido una pistola Sigma. Pero eso sirve de bien poco si no la encontramos – dijo acomodando unos papeles que había sobre la mesa. Luego se puso de pie dándome a entender que la entrevista había terminado. Nos despedimos prometiéndonos contactarnos en caso de surgir algo que pudiera arrojar luces sobre la investigación y yo abandoné su despacho sintiéndome el peor de los desgraciados.

El juez

Su pensamiento deambulaba por un día del pasado. La sala estaba atestada de gente. Hasta había algunos de pie, apoyados en las puertas que Ernesto había cerrado dejando a una gran cantidad de personas afuera. Siempre sucedía lo mismo cuando daba sus conferencias. Y él era vanidoso; su vanidad era uno de los pocos pecados mundanos que se había permitido en la vida. Le fascinaba ver aquellos rostros fijos en el suyo a la espera de oírlo. Le gustaba prolongar esos primeros minutos de placer pretextando que era el ruido de las conversaciones lo que le impedía comenzar. Pero no hacía nada para que la gente se callara. Amalia estaba en primera fila. Se dio cuenta de ella en cuanto se instaló detrás de la mesa que Ernesto había acomodado en el escenario. Era imposible pasar por alto su presencia. La cabeza sobresalía una palma por encima de todas las demás. Le sonrió como si lo conociera. Tuvo la sensación de que le hablaba con los ojos, unos ojos almendrados de un curioso color verde, muy oscuros y brillantes, que no se apartaron de él durante la hora que duró la charla. Después de los aplausos, una vez que el tumulto se disipó, ella se le acercó.

–Lo felicito. Ha sido muy interesante. Se ve que a usted le gusta Proust.

–Gracias, señora. ¿Cómo sabe que me gusta Proust?

–Porque lo citó por lo menos cinco veces –dijo–. Y comparó el campanario de la capilla del fundo de su abuelo con aquel otro de Combray y sus pizarras que brillaban los domingos como un negro sol. ¿Lo recuerda? ¿Ese campanario dorado y recocado como un gran brioche bendito, con escamas y gotitas gomosas de sol, que hundía su aguda punta en el cielo azul? Es una figura muy bonita. Bueno, todo lo que escribió Proust es muy bonito. A mí me dan ganas de llorar, ¿y a usted?

Él la escuchaba estupefacto. Esta hermosa mujer, vestida con sencillez y refinamiento, citaba a Proust de memoria y había asistido a su conferencia sobre la ética en los tribunales de justicia.

–Veo que a usted también le gusta mucho –le dijo, ordenando los papeles y levantándose para marcharse.

–¿Ya se va? –dijo ella–. ¿Tiene tiempo para un café?

–Tengo una hora. Aquí cerca hay una cervecería en donde preparan unos lomititos excelentes. Los nervios me dan apetito, ¿sabe? Siempre me pongo nervioso antes de una conferencia.

–No se le notaba. Al contrario, pocas veces he visto a alguien exponiendo más relajado que usted. ¿Puedo tutearlo?

–Por supuesto. Pero antes dígame cómo se llama.

–Amalia Griffin –dijo ella.

En el trecho que mediaba entre la Escuela de Leyes y la cervecería Amalia no dejó de alabar la conferencia. Le interesaba el problema de la ética, no sólo en los tribunales; ella estaba casada con un empresario; los empresarios deberían asistir más frecuentemente a conferencias como la suya, lo malo es que no se daban tiempo para estas cosas. ¿Por qué no escribía un libro? La manera de abordar un tema tan peliagudo y lleno de aristas le había parecido muy original. Le gustaron los ejemplos que puso, todo aquello de las inmoralidades que cometía su abuelo a la hora de convenir los pagos con los campesinos, y la forma tan brutal como los trataba, ¡vaya abuelo que tenía! ¿No le importaba referirse a cosas tan personales? ¿Qué opinaban de eso en su familia?

En la cervecería se instalaron, a pedido de Amalia, en una mesa que estaba prácticamente escondida detrás de un biombo.

–Aquí podremos conversar tranquilos y sin que nadie nos vea –dijo.

–¿Le importa que alguien la vea conmigo? –preguntó él.

–En este momento no tendría ninguna importancia, pero ponte en el caso de que el día de mañana tú y yo fuéramos amantes.

Él se rió de buenas ganas, como si nada, pero por dentro estaba tan sorprendido que el pan casi se le atasca en la garganta.

–Mi marido es un hombre muy conocido en este villorrio, ¿sabes? Y tú también. ¿Te gustaría amanecer una mañana y encontrarte con un pasquín titulando algo así como... el juez Rementería ha sido descubierto en la acariciante compañía de la mujer de Alberto Mancilla?

Él volvió a reír.

–La acariciante compañía. Tiene gracia. ¿Usted cree que alguien podría titular así? ¿Y cuál sería la noticia?

Era bella. No podía dejar de admirarla. Sus palabras le llegaban como si estuviera mucho más lejos que los pocos centímetros que los separaban. La miraba mover los labios y apenas le entendía, como si algo indefinible se

hubiese instalado entre ellos. Tal vez la muerte. Tal vez ahora que estaba muerta lo recordaba así pero en aquel momento no hubo esa distancia.

Se quedaron en la cervecería hasta las once de la noche. En un momento ella se levantó para hacer una llamada, seguramente para avisarle al marido que no llegaría a cenar.

–¿A su marido no le importa que no llegue a cenar? ¿No es celoso? –preguntó él.

–Es mi marido quien rara vez cena en la casa y a mí nunca me ha importado. Somos muy independientes. Cada uno hace lo que quiere. Tratamos de incomodarnos lo menos posible.

Él no dejaba de observarla. Se había fascinado con ella. Se sentía como suspendido en el aire, aguardando oírla temeroso de que parara de hablar. ¿Qué hacía? ¿Trabajaba? Probablemente no. Se la veía rica, distinguida, delicada. ¿Por qué estaba casada con un hombre que nunca llegaba a cenar? Él sabía perfectamente bien quién era el marido y pensó que debía de estar medio loco para dejar sola a una mujer así.

–No entiendas mal. Nosotros no tenemos hijos. Alberto trabaja mucho. Sería una simpleza decirte que está enamorado de su trabajo, un lugar común que en este caso no se aplica para nada. Lo que pasa es que sus negocios se han expandido de una manera exorbitante y él es una persona muy responsable.

–¿Y qué hace usted mientras él atiende a sus negocios?

Entonces le contó que trabajaba en la Biblioteca Nacional. Le gustaba sentarse en ese cuarto callado las ocho horas diarias que pasaba revisando libros y documentos antiguos. Aquella biblioteca la envolvía con un manto seguro y protector y la hacía sentirse más cerca de su tío Floro.

–Yo soy una persona muy contradictoria, ¿sabes? Estoy llena de vitalidad pero al mismo tiempo necesito silencio y un espacio tranquilo. Me gusta mucho leer.

–¿Qué le gusta leer?

–Me gusta Proust. Por lo mismo que te digo. La memoria de Proust tiene un efecto tremendamente apaciguador en mí. Me ayuda a comprender que el tiempo perdido es lo único que al final cuenta. Será porque es lo único que terminamos recordando vívidamente. Me remonto a mi propio tiempo perdido, a mi infancia en la casa de Ñuñoa donde vivíamos con mi tío Floro, mi madre y la tía Herminia. Mi padre murió a las pocas semanas de nacer yo. Mi verdadero padre fue mi tío Floro. Era medio loco pero tenía un corazón grande y generoso, y no sólo eso, te aseguro que no ha habido en el mundo otro ser más divertido. Era

para morirse de la risa. Lo quise mucho. Fue maravilloso. ¿Sabes qué hacía en las noches cuando, muerta de miedo, me iba a su pieza y me metía en su cama?

–No.

–Se sentaba frente a mí, con sus piernas flacas y lampiñas cruzadas, y me hablaba de lo saludable que podía ser el terror. «Conviene que se asiente en el ánimo y que allí esté vigilante... Pues qué ciudad ni qué mortal rendirá culto a la justicia si se cría sin ningún terror de corazón», decía hablando en voz alta, con los brazos extendidos, como si los dioses del Olimpo lo estuvieran escuchando. No entendía qué tenía que ver todo eso con mi miedo nocturno y él entonces me explicaba que aquel era un verso de Esquilo a propósito de sus propios terrores nocturnos. Lo aprendí de memoria y nunca lo olvidé. Él me animaba a aprender los versos de memoria porque era el mejor ejercicio que podía hacerse para conservar la inteligencia. ¡Cómo pienso en él! Cuando murió se produjo un gran vacío en mi vida, un vacío que nunca he podido llenar con nada.

Había crecido en un barrio tranquilo de árboles añosos, le dijo, en la calle Valencia. En el patio delantero había una palmera y una cantidad exagerada de cardenales que el tío Floro plantó ni bien llegaron. Le gustaban porque le recordaban los tiempos de su juventud en Sevilla.

–Describame la casa –le pidió él. Y ella lo hizo abundando en detalles como si la tuviera ante los ojos. En el primer piso estaba la cocina con la mesa de mármol debajo de la cual vivía Batuque.

–¿El perro?

–Sí –dijo ella–, un perro lanudo, inmundo porque no había forma de bañarlo. En esa planta también estaban el comedor con el gran cuadro del bisabuelo Macario sobre la chimenea y la biblioteca del tío Floro llena de libros viejos y gastados con el tiempo y las lecturas. Había una pesada mesa de caoba cubierta de artilugios para su trabajo, fotografías, compases, lapiceras antiguas, tintas de colores, lupas, mapas enrollados y papeles secantes, y debajo, un baúl de barco donde se guardaban los sombreros, abanicos, guantes viejos, peines y mantillas que el tío Floro usaba para disfrazarse y disfrazarnos. La biblioteca era mi refugio –dijo Amalia, y continuó describiendo la casa. En el segundo piso se encontraban los tres dormitorios, el de ella con su madre, el de la tía Herminia y el de Floro, atestado de flores secas, espejitos peruanos y otros cachivaches que compraba en los bazares del centro. En el tercer piso había un solo cuarto en el que nunca entró porque siempre estuvo cerrado con llave.

–Teresa y yo subíamos a escondidas y nos tendíamos en el suelo para tratar de ver por debajo de la puerta. El tío nos había dicho que cuando las cosas se

llenaban de polvo se volvían sagradas y no se las debía perturbar, así que nunca nos dejaron entrar allí.

–¿Quién es Teresa?

–Teresa Lagos. Somos amigas desde niñas. Hemos seguido siéndolo toda la vida, es profesora de historia... Pero ¡por Dios! Lo he hablado todo y tú has estado ahí, mudo, sin contarme nada. ¿Naciste en Santiago? ¿Dónde creciste?

Iba a decirle que en el campo pero ella siguió contando lo suyo sin esperar la respuesta, algo que hacía siempre.

–Mi casa olía a flores secas y a ropa blanca recién planchada. Ese olor me ha perseguido, vaya adonde vaya, toda mi vida. Entre mi madre y la tía Herminia se encargaban de las cosas domésticas. Salvo los jueves, que Elvira iba a planchar la ropa y a limpiar los vidrios, el resto de la semana ellas se dedicaban a lavar, cocinar, sacudir el polvo de las alfombras, estirar las camas, etc. Era una casa bastante grande.

–¿Su tío Floro no ayudaba?

–¡Nada! Era flojísimo para las labores domésticas. Las detestaba. Prefería mil veces pasar los días leyendo sobre los mitos griegos y dibujando.

Dieron las once de la noche.

–Estas horas se han ido volando –comentó Amalia.

–Más que volando –dijo él–, a mí no se me van a olvidar nunca. Lo he pasado muy bien con usted, Amalia. Le agradezco que me haya invitado a tomar un café. Me da no sé qué decirle esto pero ¿podría invitarla yo otro día?

Ella sonrió.

–¿No te decía que fue una buena idea escoger una mesa discreta, apartada del resto?

–¿Por qué lo dice? –preguntó él.

–Porque tú y yo vamos a ser amantes, lo sé –dijo ella produciéndole una parálisis en el pensamiento. ¿Qué se le responde a una mujer así? Ni siquiera sabía si él era casado. Ella misma estaba casada.

–¿Quiere que nos encontremos mañana, en este mismo lugar? –fue lo único que le salió en ese momento.

–Encontrémonos en el zoológico –dijo ella–. Nadie va al zoológico los días de semana. Yo puedo escaparme de la Biblioteca un par de horas. ¿A las doce a los pies del cerro? Después podemos almorzar en una taberna española que está a una cuadra. ¿Te gusta el cabrito asado?

Al día siguiente canceló una reunión sin importancia –aunque la hubiese

tenido la habría cancelado igual– y le dijo a Ernesto que tenía un almuerzo fuera de Santiago.

–Déjame tomarte una foto –le dijo Amalia, que había llegado a los pies del cerro con una cámara colgando de su hombro.

–¿Aquí?

–Aquí mismo. El lugar es lo de menos. Es de ti de quien me interesa conservar una foto –dijo, y se puso a disparar con la destreza de una fotógrafa profesional.

Unos diez minutos más tarde le pidió al hombre que vendía algodones de azúcar que les tomara una foto a ellos dos. Estaban junto a la jaula de los monos. Él le atravesó el brazo por la espalda y Amalia acercó la cabeza a su hombro.

Algunas mañanas después acordaron encontrarse en el estudio Nanette, en el pasaje Astor. Amalia había llevado el rollo del zoológico para que lo revelaran y él propuso que pasaran a buscarlo y luego almorzaran juntos en un lugar del centro. Iba caminando hacia el pasaje cuando se topó con ella en medio de un charco. Estaba mojada de la cabeza a los pies. El tacón de uno de sus zapatos se había atascado en una rejilla y ella había caído, cuan larga era, en medio de una poza con agua. La llevó a su oficina para que se secara un poco. Ernesto le sirvió una taza de té.

–Estoy empapada, creo que vas a tener que salir a comprarme un vestido nuevo para que pueda regresar a mi casa –dijo riendo.

–Podría sentarse un rato más cerca de este radiador –le sugirió él, apartando el sillón de cuero para despejar el radiador.

–Es mejor que me saque la ropa, si no te importa –dijo ella–. Mira cómo estoy.

–No me importa nada. Aquí al lado hay un baño. Puede pasar y cubrirse con una toalla y me alcanza la ropa por la puerta. En el radiador se secará en un momento.

A los pocos minutos salió del baño envuelta en la toalla con las prendas de ropa en la mano y tomó asiento en el sillón de cuero y se puso a conversar con toda naturalidad. Él estaba terriblemente nervioso. No fuera a ser que Ernesto entrara en el despacho. Rara vez lo hacía sin golpear. Por si acaso marcó su número y le pidió al secretario que no le pasara llamadas y que no lo interrumpiera hasta que él llamara de nuevo.

–Es muy bonito tu despacho. Un poco lúgubre. Me imagino que llevas siglos encerrado en este lugar –dijo Amalia paseando la vista por el techo y las paredes.

–Tanto como siglos, no. Y no tan encerrado. Aunque no lo crea, a mí me

encanta la luz. Cuando vaya a mi casa le voy a mostrar la terraza volada que he construido en el techo para tomar sol.

–Ahora entiendo por qué tienes la piel tostada. Pensé que esquiabas.

–¿Usted ha visto alguna vez a un juez de la Corte Suprema haciendo esquí?

–En realidad, no. ¿Pero por qué no?

–Porque nosotros somos bichos de escritorio. Oscuros bichos de escritorio y salas en penumbra. Vivimos tragando papeles indigestos. Pero en mi caso no ha sido obstáculo para que tome sol y lea otras cosas más interesantes que los expedientes. De hecho casi nunca leo los expedientes. Ernesto los lee por mí. Pero esto no se lo puede decir a nadie.

Sin más, ella se levantó y se acercó a él y le dio un beso en la boca. Fue un beso muy suave, corto, húmedo. Él se puso de pie y la abrazó sintiendo la tibieza de su cuerpo debajo de la toalla y su propio nerviosismo. Estuvieron unos momentos abrazados. ¿Fueron sólo unos momentos? ¿Fue un siglo? Ahora no fue capaz de seguir recordando.

Sus pensamientos volaron a un día poco antes de matarla. Era un lunes en la mañana. Él había despertado temprano. Estaba inquieto. Desde que la conoció había despertado así los lunes. Los celos. ¿Qué cree que hago los sábados y los domingos cuando usted se esconde en su mundo aparte y desaparece de mí como si no existiera? Más de mil veces quiso preguntárselo. Odiaba los viernes. Los celos no lo dejaban vivir en paz los fines de semana. Se daba vueltas por el patio de la casa, salía a la calle, entraba en un cine, caminaba hasta el barrio donde ella vivía con la secreta esperanza de encontrársela. Nunca la vio. Llegaba el viernes y Amalia desaparecía como si hubiera salido del país. Los lunes traían consigo el alivio. Entonces se lo preguntaba con los ojos. La miraba intensamente buscando en su persona las huellas del marido, de los amigos, de las otras conversaciones, de los dos días y las tres noches que había pasado en otro mundo, tan lejos de él como antes de conocerla. Los lunes almorzaban casi siempre en el restaurante donde se vieron por última vez. Al cabo de unos momentos, después de estar un rato con ella, escuchándola hablar de sus cosas, de planes y recuerdos, el día se tornaba alegre, luminoso y las cosas volvían a ser como antes. Tenían toda la semana por delante. Él ganaba. Los otros estaban cerca de ella solamente dos días, y él los cinco restantes. Pero entonces la tenía y ahora no. Cuando Amalia lo dejó, al sábado y domingo se sumaron los lunes, martes, miércoles, jueves, viernes. Largos, tediosos, desesperantes. Empezó a imaginarla en cada momento de cada uno de esos días. La veía caminando por el sendero de tierra que bordeaba el lago Ranco, tomada de la mano del pintor sin cara y él apretándole

la mano en un gesto de anticipada calentura y vivos deseos de poseerla y ella entonces se detenía y lo abrazaba sintiendo lo mismo que él, y sus figuras largas se reflejaban en la superficie plomo del lago. Después los oía reírse en la pieza que daba al balcón. El pintor sin cara hablaba y hablaba y hablaba, seguramente acababan de hacer el amor, y Amalia lo dejaba hablar mientras le acariciaba las piernas pensando en otra cosa, distraída y feliz.

–¿Escuchaste lo que te dije? –preguntaba el sin cara, y Amalia lo besaba en el cuello y luego se encontraban en un juego sensual que duraba el resto de la tarde y los dejaba rendidos sobre la cama en penumbras.

Habría odiado enterarse de lo que había estado haciendo con el marido la noche del domingo o la del sábado o un rato después del almuerzo, si había sido en la cama, en el jardín o en la ducha, simplemente odiaba que el marido existiera y pudiera tocarla y penetrarla y hablar con ella y dejarla llena de huellas que no eran las suyas. Pero el pintor sin cara se la había arrebatado para siempre y ella lo había permitido. La estaría abrazando en ese mismo momento, en ese mismo momento estaría introduciendo su lengua en su boca, acariciando su cuerpo con las manos ásperas, secas de trementina, embadurnándola con su olor a pintura. Y Amalia gozando. La veía larga, tendida en los tablones de la terraza como una diosa, completamente desnuda, y lo veía a él, sin cara, hincado recorriéndola con los ojos, poco antes de comérsela. Y a ella, expectante, la sentía quejarse de placer. Luego descendían al muelle y la escuchaba llamarlo para que viera el pejerrey que ella había enganchado. Después lo invitaba a subir a la casa:

–¿Te gustaría darte una ducha? –y oía sus voces dándose vueltas por la pieza y la imagen del hombre sin rostro se le agitaba ante los ojos como un remolino.

Se echó a llorar. Desde la cómoda su madre parecía decirle algo. Él siempre le había adivinado el pensamiento. Pero ahora se quedó mirándola con los ojos desenfocados como si no la conociera.

Teresa

Un domingo en la mañana Rafa y yo estábamos en la cama leyendo el diario. Abrí el cuerpo de los reportajes y ahí, a toda plana, me topé con unos titulares que llamaron mi atención. «Caería preso hasta el Presidente de la República si fuera necesario.» Eran las palabras del juez que tenía en sus manos un famoso caso del desfalco del ministro de Obras Públicas que no había dejado indiferente a nadie. Empecé a leer.

Podríamos llamarlo el juez de las raras costumbres. Y algunas de sus costumbres, para qué vamos a decir una cosa por otra, son originales por decir lo menos. Practica yoga en un pequeño habitáculo en el cual se entra por una puerta camuflada en los paneles de caoba que cubren las paredes de su oficina. En su casa de Ñuñoa habitan él, una vieja criada puertas afuera (Rosa), el persistente recuerdo de su gata muerta y unos canarios que viven bajo una higuera en el patio de atrás. Habla con ellos y les canta. Por las noches, cuando se desvela, sale al patio de la higuera y les lee en voz alta párrafos de *La fugitiva*, uno de los libros póstumos de Marcel Proust que más le gustan. En el techo de la casona ha construido una «terrace volada» para tomar el sol en invierno. Su oficina, en el sexto piso del edificio contiguo a la Corte Suprema, es una especie de socavón algo tenebroso custodiado por Ernesto, antiguo secretario de manos huesudas y bigotito cano, siempre tomando té y a su disposición. El ascensor con un antiquísimo ventanuco de vidrios azules y morados poco menos que me mata. Aún no entiendo cómo pude llegar.

–Don Juan Manuel lo está esperando –me dijo el secretario. Entré en su despacho y el cambio de ambiente me sorprendió. Se trataba de una oficina con bonitos muebles, cortinajes de terciopelo verde, paredes forradas en madera de caoba, una fina estantería con puertas de rejillas, un sillón fabricado con el mejor cuero, una delicada silla inglesa junto a un viejísimo escritorio de estilo, probablemente inglés también.

–¿Heredado de su abuelo? –le pregunté.

–De la casa de mi abuelo en el campo, efectivamente.

Sobre el escritorio había un curioso frasco de porcelana blanca adornado con flores y pájaros verdes.

–Nunca había visto una pieza como esta –le dije, fascinado por el objeto.

–¿No es cierto que es bella? Es una bombonera china de finales del siglo XIX.

En una de las paredes había dos cuadros, uno muy hermoso de una escena en el campo con dos vacas pastando y un niño corriendo entre las parras, y un retrato al óleo del Presidente.

–Se dice que usted y el Presidente se conocen desde el colegio.

–Se dicen muchas cosas –contestó sin antipatía–, y en este caso es verdad. Hemos sido amigos toda la vida.

La decoración hablaba de un hombre refinado. Una primera edición, empastada en cuero, de Marcel Proust hablaba de su amor por la buena literatura.

–¿Le gusta Proust?

–Es mi escritor preferido.

Dejé el diario a un lado. No pude seguir leyendo. La descripción de aquel despacho me remitió a la carta de Amalia. Aquella era la oficina del hombre que se había desnudado con ella. Tuve una percepción muy desagradable. Como un vacío en la cabeza. De repente me pareció encontrarme en un lugar envuelto en niebla desde donde apenas veía lo que estaba ocurriendo a mi alrededor. Debo de haber estado fatal porque Rafa me preguntó si me sentía bien. Al poco rato volví a tomar el diario y leí de nuevo, esta vez con un lápiz para ir subrayando. Un pequeño habitáculo para hacer yoga junto a su oficina –la salita en la cual se entraba por la puerta camuflada en la pared, «mi sala privada» la había llamado el amante de Amalia–; el cuadro que a Amalia le había recordado la historia de los días felices de Dionisos; y una bombonera de porcelana blanca con flores y pájaros verdes, ¡Dios Santo!, la que compramos juntas en una casa de antigüedades de Bilbao. Y los colores de los vidrios del ascensor, el secretario de manos huesudas, los cortinajes de terciopelo verde.

–¡Rafa! He descubierto algo espantoso. Increíble. Por favor mira esto.

–¿Qué?

–¡Esta entrevista!

–Ya la leí. Es muy buena. Él es el juez que tiene a su cargo el caso del ministro de Obras Públicas, pero qué te pasa, Teresa, estás a punto de ponerte a llorar.

–Rafa. Este hombre es el amante secreto de Amalia.

–¿De qué estás hablando? –me preguntó Rafa con el rostro oscurecido por la preocupación. No sabía qué hacer conmigo. Desde la muerte de Amalia yo había entrado en un torbellino que, de no detenerse, seguramente acabaría por volverme loca. Había pedido una licencia médica en el colegio, porque no me hallaba capaz de dar clases en ese estado. Pasaba los días dando vueltas por la casa como una perdida, revisando antiguas cartas de Amalia, fotos, leyendo su carta. Lloraba.

–Este hombre era el amante secreto de Amalia –repetí casi sin poder respirar; y entonces, como un animal inmenso, se me vino encima un pensamiento que momentos después Rafa tildaría de «monstruoso»: el juez podía ser el asesino de Amalia, podía perfectamente bien ser el asesino de Amalia. Amalia lo había abandonado por otro y este hombre la había matado.

–¿Te acuerdas que un día te conté que Amalia había terminado con su amante

secreto luego de seis años porque se enamoró de un pintor mucho menor que ella? ¿Te acuerdas o no?

–Sí, me acuerdo. Pero no veo qué tiene que ver el señor Rementería con eso.

–¿No lo entiendes?

Cómo iba a entenderlo si no le había dado a leer la carta de Amalia. En ese momento salté de la cama y saqué la carta del cajón donde la guardaba y se la pasé.

–Lee esto, por favor. Y después hablamos.

Mientras Rafa leía yo terminé la entrevista del juez. No había más referencias a su despacho. Luego venía un largo párrafo sobre la infancia en el campo, el paso por la Escuela de Leyes y la vida solitaria del magistrado en la casona familiar, en Ñuñoa, rodeado de libros y canarios y el recuerdo de una gata amarilla que vivió con él desde que era niño. El cuerpo de la entrevista estaba enteramente dedicado al caso de la estafa del ministro de Obras Públicas.

–¿Terminaste? –le pregunté a Rafa sintiendo que el nerviosismo me gobernaba.

Rafa dejó la carta de Amalia sobre la cama. Parecía consternado.

–¿Y por qué crees tú que esto es verdad?

–Porque durante seis años no hizo otra cosa que hablarme de su amante secreto. Nunca quiso decirme su nombre. Yo nunca tuve idea de quién era. Finalmente me escribió esta carta contándome cómo había sido su primer encuentro con él.

–No lo entiendo –dijo Rafa con una cara muy rara. Había cambiado enteramente de expresión, su rostro estaba tan alterado que por un momento temí que le estuviera pasando algo. Parecía a punto de tener un infarto o algo por el estilo–. No, no lo entiendo –repitió como hablando consigo mismo.

–¿Qué es lo que no entiendes?

–El sentido de esta carta, Teresa.

–La carta no es más que lo que es, lo que leíste, su primer encuentro con este hombre, que ahora no me cabe ninguna duda de que es el juez. ¡Es él! Léela de nuevo, Rafa, por favor.

Entonces Rafa me tomó de ambas manos y durante un par de minutos que se me hicieron eternos no hizo más que mirarme a los ojos, como buscando allí la respuesta a lo que fuera que lo estaba atormentando. Finalmente me dijo:

–Teresa, dime la verdad. ¿Estás teniendo un *affaire* con alguien? ¿Me estás engañando? –yo no podía creer que me hubiera hecho esa pregunta en esta circunstancia. Sentí un escalofrío recorriéndome la espalda, iba a preguntarle a

mi vez qué diablos tenía que ver eso con la carta de Amalia y el juez Rementería, pero no me dejó hablar—. Te pregunto, porque leyendo el tono de esta carta, no sé cómo decírtelo, pero leo entre líneas una gran complicidad entre Amalia y tú. Se me ocurre que una mujer sólo le contaría a otra un encuentro de este calibre, y en estos términos, si no le cupiera ninguna duda de que la otra lo entendería. Segura de que la otra ha vivido algo semejante o por lo menos parecido. A lo mejor estoy diciendo puras estupideces, pero ¿por qué te escribí una carta en estos términos? Ya sé que hay una coincidencia impresionante, pero no estoy hablando de eso.

Empezaba a entender el origen de la angustia de Rafa, su miedo, y de cierta manera me conmovió.

—No, Rafa, no estoy teniendo ningún *affaire* con nadie, ni pienso tenerlo.

—¿Te dan ganas? ¿Te han dado ganas alguna vez? ¿Te gustaría haber tenido un encuentro así con alguien?

—Créeme que quiero contestar esa pregunta con calma, pero no ahora, ahora no es el momento.

—Siempre es el momento para hablar de algo que nos importa a los dos —dijo Rafa. Me impresionó que hubiera tomado la carta de Amalia de esa manera, me sorprendió mejor dicho que lo hiciera así, sin criticarla, sin ponerse a gritar que Amalia era una puta. A lo mejor había un Rafa que yo tampoco había visto, pero en ese instante realmente no quería distraer la atención de la entrevista de Samuel Cooper y el descubrimiento de que el amante secreto de Amalia y ese juez eran la misma persona.

—Por favor piensa en lo que significa esta entrevista puesta al lado de la carta de Amalia. Piénsalo. ¿Te das cuenta, Rafa, de lo que quiere decir esto? Lo que voy a hacer es llamar mañana a primera hora al detective que está a cargo de la investigación, Rogelio Fuenzalida. No había querido decírtelo pero hace unos días le mostré la carta de Amalia, y él no le prestó mayor atención, creyó que se trataba de un cuento, pero ahora, con esta entrevista, te aseguro que no se tomará el asunto tan a la ligera, porque aquí hay una pista.

—Lo primero que harán será volver a interrogar a Alberto.

—Ya lo sé... voy a decirle al detective que Alberto jamás se enteró de esta relación y que sería una crueldad contárselo ahora que Amalia está muerta; por lo demás ya se lo dije, pero voy a insistir.

—¿Y por qué van a creerte que jamás se enteró?

—¡Porque es cierto! —exclamé ofuscada.

—Tú sabrás lo que haces, pero si estás sugiriendo que este juez puede haber

asesinado a Amalia, es monstruoso, Teresa, simplemente monstruoso. ¿Sabes de quién estamos hablando? Del juez Rementería, uno de los hombres más probos en todo el sistema judicial. Y hay otra cosa, si realmente el juez era ese amante secreto del cual te habló tanto, ¿por qué nunca te lo dijo? Tú no eres del tipo de persona que pone una confidencia así en el diario. Amalia podría haberte confiado el nombre de su amante, ustedes eran íntimas amigas. Francamente, Teresa, esto no tiene mucho sentido. Amalia puede haber creado toda esta historia. No me preguntes por qué, a lo mejor para mandarse las partes contigo, pero ¿quién te dice que el relato de esta carta no es una fantasía? ¿No habrá querido divertirse más que contarte una experiencia real?

–¿Para qué iba a inventar una cosa así? Yo no sé si lo encontré tan divertido; para serte franca, más bien me preocupó. ¿Y qué hacía ella en esa oficina, en todo caso? Nunca me habló de un amigo suyo que fuera juez, o de un amigo de Alberto que fuera juez. No, Rafa, que tú no lo quieras ver es otra cosa, pero yo te apuesto que este hombre era su amante secreto. Esto no es una coincidencia. Mucho menos un invento de Amalia.

Y entonces le solté un pensamiento que se me vino a la cabeza, por primera vez, en ese momento:

–Yo voy a ir a la oficina de este juez y voy a hablar con él. También voy a pegarme una vuelta por el diario *El Tiempo*, a ver si logro hablar con Samuel Cooper.

Rafa me miró atónito.

Al día siguiente, temprano en la mañana me dirigí al diario *El Tiempo* y tuve la suerte de toparme en la puerta de entrada con el propio Samuel Cooper que venía llegando. Me miró sorprendido y cuando le pregunté si podía darme unos minutos para hablar de la muerte de Amalia Griffin y el juez Rementería, noté su sobresalto. Entonces le expliqué que había sido íntima amiga de Amalia y tenía algo que podía interesarle, como periodista, sobre todo luego de entrevistar al juez. De paso lo felicité por su entrevista, y él me tomó suavemente del codo y caminamos por un pasillo hasta su despacho.

Lo primero que hice fue contarle con detalles lo que yo sabía de la relación de Amalia con su amante secreto y luego le alcancé la carta y le rogué que la leyera.

–Esta carta me la escribió Amalia Griffin un mes antes de morir.

Mientras leía pude observar cómo se iba alterando su rostro. Evidentemente se dio cuenta de que el despacho donde él mismo había estado entrevistando al juez

era el que aparecía descrito en esa carta, pero no hizo ningún comentario al respecto.

–¿Se fija que la oficina que describió Amalia en su carta es la misma oficina del juez Rementería? –le pregunté cuando hubo terminado de leer.

–Esto es increíble. Es muy interesante. Y, claro, tiene toda la razón, es la misma oficina, no me cabe ninguna duda, hace pocos días estuve allí. ¿Qué piensa hacer con esta carta?

–Dígame usted. Usted es periodista.

–Bueno, a mí me parece un asunto que no se puede dejar de lado, pero en este momento, a estas alturas de la investigación, yo preferiría no meterme. Se trata de algo sumamente delicado, y en todo caso es a la policía a quien le corresponde investigar, porque de acuerdo con esta carta el juez y Amalia Griffin al menos se conocían, ¿verdad?

–No sé si entiende por qué estoy aquí, señor Cooper. No sólo se conocían, estoy casi segura de que el juez Rementería era el amante del cual le hablé hace unos minutos, el amante que Amalia Griffin tuvo durante seis años.

–Aun cuando eso sea cierto, cosa que ni usted ni yo sabemos, no quiere decir que el juez haya tenido algo que ver con su muerte. ¿Usted cree que él la mató? –me preguntó con la voz en un hilo, como si temiera que lo escucharan las paredes–. ¿Tiene alguna prueba?

–No me atrevería a decir una cosa así, porque no tengo ninguna prueba, pero si la policía sabe que fueron amantes lo convertirá en un sospechoso de primera línea, ¿no le parece?

–Entonces déjele el trabajo a la policía. ¿Qué podríamos hacer nosotros? No pretenderá que publiquemos que el juez y su amiga fueron amantes. Eso corresponde a la esfera privada del juez y de cualquier persona, nosotros no hacemos ese tipo de periodismo.

–No me diga que no le interesa meter sus narices en un asesinato donde un posible sospechoso es un juez de la Corte Suprema.

–¡Claro que me interesa! Esperemos a que la policía lo declare posible sospechoso, entonces entramos nosotros, pero nosotros no vamos a hacer estallar una bomba así, de eso puede estar segura. El director del diario no lo autorizaría jamás. No sé si sabe que el juez Rementería es muy amigo del presidente de la República, así que tampoco estamos hablando de cualquier persona. Si la policía lo declara sospechoso, por supuesto que vamos a entrar en el tema. Y yo, desde luego, voy a investigar más el asunto, puede estar segura de eso. Le agradezco mucho la información. ¿Me permite hacer una copia de esta carta? Si usted me

autoriza, me gustaría llevársela al detective que está investigando el caso. ¿Me la deja unos momentos? Le saco copia y vuelvo.

–La policía conoce esta carta, yo misma se la mostré a Fuenzalida a cambio de que no fueran con la historia del amante donde el marido de Amalia. Él no tiene ni la menor sospecha de la existencia de este hombre.

–¿Nunca lo supo? ¿Seis años y no se dio cuenta?

–Parece muy extraño, de acuerdo, pero así es. Nunca lo supo y saberlo lo mataría.

–¿Me permite fotocopiar esta carta, en todo caso? Es sólo para mi información. Nunca la usaría, a menos que usted lo permita.

–¿Prometido?

–Puede confiar en mí –dijo, y salió a fotocopiar los papeles.

Cinco minutos después, caminando por el mismo pasillo que habíamos recorrido a la entrada sentí las rodillas flojas y la garganta seca.

Tres días más tarde, sin decirle ni una palabra a Rafa y como impulsada por una fuerza exterior a mi misma, fui a la Corte Suprema, donde el juez Rementería accedió a recibirme luego de que un viejo decrépito le dijera a través del citófono que una señora quería hablar con él acerca de la muerte de Amalia Griffin.

Y fue allí, en la oficina que Amalia había descrito en su carta y que el periodista había detallado en su entrevista, donde me di cuenta de que no había nada que hacer. Tal como poco antes había hecho con Cooper, le alcancé la carta y se la di a leer. Se tomó un buen rato en leerla y mientras lo hacía examiné con atención su rostro buscando signos de agitación, sorpresa, enojo. La tranquilidad con que leía me llamó la atención. No parecía particularmente impresionado ante la descripción de aquellas escenas lúdicas donde él mismo era uno de los actores. Una vez que terminó se quedó mirándome y pude ver una increíble tristeza en sus ojos. O cansancio. O ambas cosas. Sonrió tímidamente, como pidiendo disculpas por algo.

–Usted está equivocada, señora, está completamente equivocada –me dijo después de un momento, haciendo gala de una gran serenidad y hablándome con una especie de parsimonia. En ese instante lo encontré muy atrayente y su mirada parecía franca y directa. Mantuve mi vista en sus pupilas preguntándole en silencio: ¿Es usted quien asesinó a Amalia?, ¿usted fue?, y él sostuvo esa mirada por un rato, pero debo reconocer que no había en sus ojos la más mínima señal de que fuese un criminal. ¿Sería cierto, entonces, que yo estaba

obsesionada? ¿Era posible que Amalia me hubiera engañado hasta el punto de inventar toda esa historia con su amante secreto? No, eso era imposible. Estaba segura de que eso era imposible.

El juez hizo una mueca de simpatía y esbozó otra sonrisa, esta vez un poco forzada.

–Siento mucho decepcionarla pero salvo esa vez que su amiga estuvo en mi oficina, secándose los zapatos que tenía empapados, nunca más la vi.

No la conocía más allá de eso, y desde luego no tenía nada que ver con su muerte. No quería desviar la conversación de lo que a mí me interesaba pero debía decirme que se sentía un poco ofendido, añadió, que era un juez de la Corte Suprema, no un delincuente.

–Pero está bien –condescendió, esbozando una sonrisa ahora casi paternal–, no se preocupe por mí, comprendo perfectamente su dolor y me imagino la impotencia que debe sentir. Por favor no dude en llamarme si piensa que puedo colaborar. No creo que le sirva de mucho. Pero al menos podré estar pendiente de la investigación para que se realicen todas las gestiones necesarias.

¿Eso era todo? ¿Ahí terminaba la muerte de Amalia? ¿En un juez de la Corte Suprema que nadie se atrevería a tocar? ¿En este caballero impecablemente vestido, con los modales de un príncipe, que ni un orate confundiría con un asesino?

Abandoné el lugar profundamente desalentada. Me había humillado frente al juez y enseñándole la carta también había humillado la memoria de Amalia. Y todo para no sacar nada en limpio. Debo confesar que en ese momento, después de hablar con él, de ver la sombra triste que tenía en los ojos, de apreciar su manera tan amable de escucharme, la forma como leyó la carta de Amalia, todo ese respeto que emanaba de su ser, yo misma empecé a dudar de la sospecha que había estado tomando cuerpo en mi mente. ¿Era posible que este señor la hubiera matado? Lo más probable es que no tuviera nada que ver con su muerte, aunque hubieran sido amantes; en ese momento le encontré razón a Rafa. Una cosa no llevaba necesariamente a la otra.

El periodista

–¡No quiero saber más de esto! ¡No quiero escucharte! –gritó Francisco perdiendo el control–. ¡Te juro que estoy que reviento con toda esta historia! Ando nervioso, me cuesta un mundo concentrarme cuando grabamos, no pienso en otra cosa, no doy más, Samuel.

A mí me dolía verlo así. Me dolía ver lo que estaba ocurriéndonos y sentía miedo de perderlo, un miedo atroz. Hasta hacía pocas semanas nuestros lunes por la noche eran placenteros, música suave, jazz, country, canciones francesas antiguas, largas conversaciones sobre nosotros, el futuro, planes y risas por lo descabellado de algunos de ellos. Jugábamos ajedrez, backgammon, había veces que nos daban las tres de la madrugada jugando a los números, un juego inventado por Francisco que consistía en hacer relaciones con algún número. Por ejemplo, Francisco gritaba ¡doce!, y yo debía buscar una relación, ¡la última cena!, y gritar un número de vuelta.

–¡Catorce!

–La Primera Guerra Mundial. ¡Veinte!

–Charleston. ¡Mil ochocientos ochenta y ocho!

–Azul, de Rubén Darío.

Nos fascinaba ese juego. El que perdía debía dar una prenda y para recuperarla debía hacer una imitación de alguien conocido. Huelga decir que Francisco –insuperable a la hora de las imitaciones– recuperaba todas las prendas y yo ninguna, algo que lo ponía eufórico. Además, Francisco era un magnífico cocinero, siempre había una buena comida salpicada con las anécdotas de la semana y los chistes subidos de tono del canal. Mucho amor, también. Los dos lo pasábamos bien y atesorábamos las pocas horas que podíamos estar juntos como algo muy precioso. Pero aquello era historia. Las gratas veladas se habían esfumado. Francisco y yo parecíamos dos extraños cuando no un perro y un gato. Nuestros encuentros terminaron convertidos en una sarta de reproches mutuos. Francisco había perdido la paciencia con mis temores. Me reprochaba no decir lo que sabía del crimen. Estaba tan aniquilado

como yo o más, dormía mal, había empezado a tomar Lexotanil y andaba con los nervios de punta. Empecé a odiarlo. No. Fue al contrario. Él empezó a detestarme. Sentía pánico de que nuestra relación comenzara a deteriorarse. El asesinato de Amalia Griffin había puesto a nuestro mundo patas arriba, alterando no sólo nuestras vidas privadas sino también mi trabajo. El diario se había convertido en un nido de reporteros que se arrebataban las palabras para lanzar al tapete absurdas teorías sobre el asesinato. Alberto Mancilla era uno de los empresarios más importantes del país. En la prensa no se hablaba de otra cosa. Habían aparecido varios artículos muy críticos sobre la ineficacia de la policía. ¡Cómo era posible que hubiesen pasado tantos días desde el asesinato y la policía no hubiera sido capaz de encontrar ni una sola pista! Los políticos de oposición aprovechaban el asunto para enrostrarle al gobierno su ineptitud. Y Francisco agarraba las hojas del diario y las blandía sobre mi cabeza, sulfurado.

–Mira, mira, por favor, lee, no hay ni una pista, nadie sabe nada, nadie más que tú. ¿Cómo puedes quedarte callado? ¿Cómo puedes dormir en la noche? ¿Cómo puedes andar tranquilo por las calles, trabajar, pautear con tus periodistas? Por favor, Samuel, tienes que hacer algo. Esto no puede seguir así. Te comprendo, comprendo tu miedo, sé lo difícil que es, pero ha llegado la hora, ¿no lo ves?

El agua estaba subiendo y amenazaba con ahogarme. Muy temprano en la mañana, Teresa Lagos, la íntima amiga de Amalia Griffin a la cual se había referido Rogelio Fuenzalida en nuestra conversación de unos días antes, fue a verme al diario. Nos encontramos en la puerta del diario, le pregunté de qué se trataba y cuando me dijo de Amalia Griffin y mi entrevista con el juez Rementería me produjo un sobresalto que casi me hace caer. Por esos días cualquier cosa me producía un sobresalto, pero cuando esta mujer, a quien no había visto nunca antes, hizo mención del juez y de Amalia Griffin, debo de haber palidecido como un muerto y seguramente ella se dio cuenta.

Era una mujer muy agradable, de poca estatura, con modales suaves y grandes ojos negros enrojecidos e hinchados. Era obvio que había pasado los últimos días llorando. Me contó una historia que escuché haciendo esfuerzos descomunales para que no notara el desasosiego que me producían sus palabras. Debo de haber puesto una cara terrible mientras hablaba, pues me preguntó si estaba molesto por algo que ella hubiera dicho. Me habló largo y tendido del *affaire* que Amalia Griffin habría mantenido durante seis años. ¡Cuánto me hubiera gustado poder mostrar sorpresa, excitación, agradecimiento por su información! Ella me estaba dando algo que en cualquier otro contexto era la

noticia más valiosa que puede entregársele a un periodista que está investigando un crimen, y para mí, que era el periodista, resultaba pan comido. Yo sabía que el juez era el amante de Amalia Griffin. Lo sabía desde mucho antes de que ella entrara en mi despacho con su abrigo café claro y un pañuelo azul en la cabeza.

Cuando me pasó la carta que Amalia Griffin le había escrito un mes antes de ser asesinada, traté de controlar mi nerviosismo y concentrarme. Desde el primer párrafo el escrito ganó mi atención. ¿Qué significaba todo esto? ¡El juez era poco menos que un experto sexual! ¡Y ella, Dios mío! ¿Sería posible que se hubieran desnudado estando el secretario en la entrada, a sólo escasos metros de su oficina? Se necesitaba audacia, locura para hacer una cosa así. El secretario pudo haber entrado en cualquier momento. De hecho, cuando entrevisté a Rementería la segunda vez, llamó en dos oportunidades por el citófono y entró una vez con unos papeles que el juez no había pedido. Me costaba creer lo que leía. Pese a que había entrevistado al juez nunca hubiera dicho que detrás de ese hombre tan ponderado, tan respetuoso, se escondiera este otro, ardiente, apasionado. Esta historia no calzaba con la personalidad de juez, a primera vista no calzaba, pero, claro, que el juez la hubiera matado tampoco calzaba, a primera vista, con su personalidad.

Una vez que terminé de leer me quedé un rato más con los ojos fijos en el papel, haciéndome el que aún no terminaba. Necesitaba un momento para decidir la mejor manera de barajar la situación con la amiga de Amalia, que me miraba esperando mis comentarios. ¿Sabría algo más, ella? Debía demostrarme lo más interesado posible en el tema pero rápidamente debía encontrar alguna forma de decirle que yo no podía hincarle el diente a este asunto, que había que dejárselo a la policía.

No, ella no sabía nada más, pero no le cabía duda de que habían sido amantes (a mí tampoco). Su visita me dejó inquieto. Sentía el peligro en todas partes. ¿Y qué tal si el crimen se descubría por ella y no por mí? Eso tampoco habría traído paz a mi espíritu. Si alguien, alguna vez, decía la verdad en este asunto, tenía que ser yo. Era el único testigo de ese crimen y haberme quedado callado sabiendo que el asesino era el mismo juez que seguía caminando por las calles tan tranquilo, resultaba intolerable.

Al llegar al departamento de la calle Luz, varias horas más tarde, Francisco no estaba. Había dejado una nota explicándome que se atrasaría un poco, tenía una reunión con la gente del canal. Eso me enfureció. Siempre estaba dispuesto a dedicarle tiempo a otra gente. ¿Quién era la gente del canal? Un ente misterioso que podía ser cualquier cosa. Hasta otro hombre. Me dediqué a dar vueltas por el

departamento como gato encerrado. En un momento salí a la terraza con los anteojos larga vista y enfoqué el lugar donde había visto al juez escapando de su crimen. Ese trozo de vereda, aquel agujero en la cerca, esos dos metros cuadrados que habían alterado mi vida de manera increíble. ¿Qué pudo enloquecerlo hasta el punto de matarla en una cancha de golf y huir por debajo de una cerca, como un malhechor cualquiera, a una hora en que fácilmente podrían haberlo visto? El juez no jugaba golf ni practicaba deporte alguno, había ido allí expresamente a matarla. De pronto sentí conmiseración por él. No me encontraba dentro de un pellejo muy envidiable, pero no habría dado ni un céntimo por estar en el suyo.

Francisco llegó tres horas más tarde y a esas alturas yo estaba hecho un verdadero energúmeno.

–¿Se puede saber qué estuviste haciendo hasta ahora con la gente del canal sabiendo que estaba esperándote aquí? ¿Por qué no me avisaste por teléfono que ibas a tardar tanto?

Me miró con asombro, como si no me reconociera. Estaba demacrado, de mal color. Dijo:

–No había teléfono.

No había teléfono. ¿En el canal no había teléfono? ¿Era esa una manera correcta de mandarme a freír monos? La gente del canal lo había llevado a un motel, seguramente, o a un bar –despedía un insoportable tufo a whisky.

–Estuviste tomando trago.

Me escuchaba hablar y yo también me desconocía. Lo estaba tratando como una vieja histérica, una de esas esposas controladoras que dan ganas de lanzar por la ventana, una señora celosa. Pero la verdad es que estaba frenético. Las tres horas encerrado en el departamento me habían vuelto loco.

–¿Y eso qué importa? Claro que estuvimos tomando. Nosotros siempre hemos trabajado tomando o poniéndonos algo, ¿qué crees tú? –Francisco era bondadoso por naturaleza, pero cuando se desesperaba y se sentía acorralado adoptaba un tono cruel. Le conocía el tonito y le temía.

–Quiénes son nosotros, Francisco, ¿me puedes explicar quiénes son nosotros? Es el colmo que me dejes media noche esperando en tu departamento cuando te he llamado para comunicarte que ha pasado algo importante que necesito hablar contigo. Porque eres la única persona en el mundo que sabe el drama que estoy viviendo, la única. No tengo con quién hablar del tremendo lío en el que estoy metido. Y tú eres mi pareja... porque eres mi compañero, ¿verdad?

Mi voz, que suele ser fuerte y profunda, se había suavizado hasta quedar

convertida en un patético ruego. Francisco me traspasó con una mirada iracunda.

–¡No soy tu pareja, Samuel! No soy tu verdadera pareja –me dijo casi llorando–. Tu compañía real es el terror que tienes de enfrentar tu vida de manera distinta. Esa es tu única pareja real. Dolores y yo no somos más que comparsas de tu miedo.

Sus palabras me hirieron.

–Por favor no hagas de mi miedo el protagonista de este asunto. Mi miedo no tiene nada que ver con el desafortunado hecho de que yo haya visto al juez Rementería escapando de la escena de un crimen.

–¡Tiene todo que ver! Y tu miedo ES el protagonista –gritó Francisco.

Le hice una seña con las manos para tranquilizarlo. Y dije:

–Esta mañana fue Teresa Lagos a mi oficina. Es lo que quería contarte.

–¿Y quién diablos es Teresa Lagos?

Francisco estaba perdiendo los estribos y cuando se ponía así era como si se deslizara por una pendiente hasta chocar con las rocas que estaban al final. Esperé unos momentos y luego le conté con detalles mi conversación con Teresa Lagos. Le pasé la copia de la carta de Amalia Griffin y él me arrebató los papeles y se puso a leerlos como un acusado que repasa la sentencia del juez. Una vez que terminó me clavó los ojos enrojecidos. Estaba fuera de sí.

–Si tú no vas mañana mismo a ver a este juez y le muestras este documento, a mí no me vuelves a ver. Esto no es ninguna broma, estoy hablando en serio, tú no me vuelves a ver –repitió sin poder controlar el temblor que se había apoderado de su barbilla. Parecía a punto de caer al suelo hecho pedazos.

–Francisco, escúchame por favor.

–¡No quiero escucharte! ¡No quiero saber más de esto! ¡No quiero! ¡Tú tienes que decir la verdad! –chilló desesperado, y se fue dando un portazo que me dejó perplejo, en medio del living, rodeado de los papeles de Amalia Griffin esparcidos por la alfombra.

Al día siguiente me duché como un sonámbulo, le di a Dolores un cheque para que pagara el arreglo del jardín, pasé a dejar a mis hijas al colegio y me dirigí al centro, hacia la oficina del juez Rementería. No pensé en nada. No me importaba lo que ocurriera. Fui a ese lugar como quien va al matadero, a la crucifixión, a la cámara de gas, sabiendo que una vez que saliera de allí enfrentaría la calle caminando por las cornisas del infierno. En menos de una hora habría cambiado toda mi vida. De allí pensaba dirigirme al cuartel de Investigaciones para hablar

con Fuenzalida. Llevaba la carta de Amalia Griffin en una carpeta. El secretario, como siempre, se hallaba tomando una taza de té.

–No sé si el juez pueda recibirlo –me dijo.

–Dígale que es urgente. No tomará mucho rato. Tengo que comunicarle una noticia muy importante.

El hombre arrastró sus piernas delante de mí y golpeó la puerta.

–Cómo le va, Cooper –me saludó sonriendo el juez unos momentos más tarde–. Me han comentado muy bien la entrevista. Parece que a la gente le gustó. ¿Quedó bastante coherente, no es cierto? ¿A usted qué le pareció?

No lo oía. Es decir lo oía pero mi cabeza estaba tan lejos de aquella otra situación que no pude decirle nada.

–¿Qué lo trae por aquí? –dijo una vez que estuvimos en su oficina, él sentado en el sillón de cuero, yo en la silla inglesa.

–Esto –le dije, alcanzándole la carta de Amalia Griffin.

–¿Y qué es esto?

–Léalo, por favor, va a interesarle –le dije.

El juez leyó meticulosamente y yo no le quité la vista de encima en la media hora que tardó en revisar cada línea, porque así leyó, línea por línea, como seguramente leía los expedientes. Por fin terminó y dejó los papeles desordenados en la mesita.

–¿Usted conoce a la persona que escribió esto? –me preguntó.

–No, no la conocí, pero creo que usted sí. Amalia Griffin.

Algo cambió en su rostro en ese momento. Algo muy sutil. No sé decir, exactamente, qué fue. Su piel se puso vidriosa, transparente, más tersa y gris. Duró una fracción de segundo, no fue más que eso, y volvió a ser el mismo de antes.

–Si no es indiscreción, ¿por qué tiene esta carta, usted? –preguntó–. No pensará publicarla. Esto es demasiado privado, sea quien sea esta persona a que se refiere Amalia Griffin es demasiado privado.

–¿No reconoce el lugar? ¿No es este su secretario y no es esta su oficina? –pregunté apuntando a los papeles y pensando para mis adentros que al hacerse el que no reconocía su despacho ni al secretario en esos papeles, no estaba haciendo otra cosa que delatarse. Pero me equivoqué. El juez era más listo de lo que imaginaba.

–Claro que la reconozco. Es mi oficina y es mi secretario. La señora Amalia Griffin estuvo una vez aquí, efectivamente. Fue hace muchos años. Mire, ni me acuerdo cuántos, pueden haber sido seis, siete años atrás. Fue una cosa muy

curiosa. Iba yo caminando por la calle Estado y me topé con una mujer que había tropezado y caído en medio de una poza de agua. La ayudé a levantarse, naturalmente, algo que habría hecho cualquier caballero, y luego le ofrecí venir a mi oficina para que se secase un poco los zapatos. Ernesto le preparó una taza de té. Estuvimos conversando un rato pero no podría decirle de qué. Ha pasado demasiado tiempo... He leído todo en la prensa y me parece muy triste lo que ha pasado. ¿Esto lo escribió ella?

¡Cómo disimulaba! Porque ahora estaba disimulando. Podía decir cualquier cosa con la boca pero el color de su piel y el leve temblor en los labios lo descubrían.

–Lo escribió ella, sí. Sabe perfectamente que fue ella quien lo hizo. De acuerdo a su íntima amiga, Teresa Lagos, no sé si usted la conoce, la señora Griffin tenía un amante y ella cree que ese amante era usted. Yo también lo creo –le dije.

–¿Por qué lo cree?

–Porque la mañana del crimen yo estaba en la terraza del décimo piso de un edificio que se encuentra justamente enfrente del lugar por donde usted escapó de la cancha de golf, y lo vi. Llevaba un abrigo color crema.

No hallo las palabras para describir lo que ocurrió en ese despacho en aquel momento. Si la memoria no me falla podría decir que las cortinas de terciopelo, las vacas del cuadro que estaba cerca del Presidente, el mismo cuadro del Presidente, el antiguo reloj que presidía la pieza desde una repisa, los libros detrás de las rejillas, todos los objetos de aquel lugar y hasta nosotros dos nos licuamos. Las cosas empezaron a perder las aristas, las redondeces, los contornos, y a desaparecer de mi vista convertidas en agua. En medio de un aire viscoso sólo recuerdo la mirada del juez y lo que hizo a continuación. Fue muy extraño lo que hizo. Se puso a caminar a trancos largos a todo lo ancho del despacho. De ida y de vuelta con las manos cruzadas en la espalda a la altura de la cintura. Sin decir nada. Rumiando unas palabras que no alcanzaban a formarse como para que las entendiera. De repente detuvo su paseo y se paró debajo del inmenso cuadro de las vacas. Su figura allí, de pie, observándome como sin saber qué decir, se veía trágica. Un halo de desamparo parecía haberse ajustado a su cabeza. Entonces preguntó:

–¿Y usted qué estaba haciendo en el décimo piso de ese edificio a esa hora de la mañana? ¿No me dijo que su avión aterrizaba a la misma hora? ¿No le propuse encontrarnos más temprano y no pudo ser porque su avión no llegaba hasta las ocho, esa mañana? Usted mintió. No sé por qué lo hizo, pero mintió.

–Es verdad –le dije–. Mentí. Y tengo mis razones. Pero no soy quien importa en este momento. Lo que importa es que soy testigo de que usted escapó de la escena en donde se cometió un crimen. Usted la mató, ¿no es verdad?

–Ya le dije que prácticamente no la conocía pero, déjeme seguir, no sé por qué mintió usted, pero si mintió en esto ¿quién me asegura que no esté mintiendo al afirmar que me vio? ¿Sabe cuántos hombres tienen un abrigo color crema? Discúlpeme. No quiero dudar de sus palabras. Lo que quiero decirle es que puede haber visto a cualquier persona y haberla confundido conmigo.

–Era usted. Yo... –empecé a decir y no me dejó terminar la frase. Volvió a sentarse apoyando ambas manos en las rodillas. Y continuó:

–Si usted vive en La Reina, ¿por qué estaba esa noche en ese edificio? No quiero parecer entrometido, ni crea que me interesa su vida privada, pero no deja de sorprenderme la facilidad con que mintió, incluso esa misma mañana, después de ver a ese hombre en la vereda. Le pregunté cómo había sido su vuelo, ¿se acuerda? Y respondió que el viaje había sido muy bueno, como siempre. Y fíjese lo que voy a contarle, porque en la vida hay casualidades que son notables –dijo acomodándose en el sillón y echando el cuerpo hacia delante. Y me contó del almuerzo al que había asistido ese mismo día y en donde le tocó sentarse junto a Julián Becerra, el director de *El Tiempo* de Concepción, y que el viejo Julián le había dicho que no hubo ninguna reunión con la gente de Santiago allá. Nunca se habían juntado en Concepción. Hasta aprovechó de pasar un aviso sobre el centralismo y la arrogancia de la capital frente a las provincias.

Lo escuchaba y pensaba: razón tenía el viejo de pasar su mensajito, yo mismo había estado en Concepción sólo un par de veces y llevaba un montón de años trabajando en el diario de Santiago.

–Como usted sabe –siguió el juez–, quien miente una vez puede mentir una segunda, y una tercera, y siempre. ¿Por qué no me dijo nada esa misma mañana si, tal como usted asegura, venía llegando del lugar en donde me había visto, hacía menos de una hora, escapando de la escena de un crimen? Explíqueme por qué ha esperado hasta ahora. Le estoy preguntado algo que le preguntaría cualquier persona de la policía.

–Por temor –dije.

–¿Temor? ¿Temor de qué?

Respiré hondo. Lo que le dije a continuación y la densidad del aire que rodeó mis palabras me ha perseguido en sueños durante años. El peso de esas pocas palabras era el de toda mi incongruencia. A partir de entonces dejaba de ser Samuel Cooper, dejaba de ser el editor de *El Tiempo*, dejaba de ser el marido de

Dolores, dejaba de ser el padre de mis hijas para empezar a ser un hombre que ya no puede andar tranquilo por las calles.

–De confesar que soy gay.

El juez alzó la cabeza y me miró. Ahora lo había sorprendido.

–Ya entiendo. Aquel es el departamento de su amante –musitó sin apartar su vista de mí.

–Así es –le contesté.

–Es complicado. Comprendo muy bien la situación en que se encuentra. Pero si yo fuera usted trataría este asunto con el máximo de delicadeza. Lo primero que debo reiterarle es que yo no soy un asesino. No niego que haya visto a alguien que puede haber sido el asesino escapando de la cancha de golf. No tengo por qué no dar crédito a sus palabras. Pero pudo haber sido otra persona, piense en eso. ¿Por qué no deja que la policía investigue y llegue a sus propias conclusiones? Y con respecto a su problema yo, sinceramente, le recomiendo manejarlo con tiento, esta es una sociedad increíblemente sensible al tema de la homosexualidad, usted sabe de lo que estoy hablando, hay una tremenda discriminación y hay mucho morbo también. Un asunto así no tardaría más de veinticuatro horas en alcanzar la luz pública. Piense también en lo duro que sería para su mujer, para sus hijas.

¿Qué iba a decirle? En ese momento estaba tan confundido que no le pregunté cómo sabía que tenía mujer e hijas.

–Piénselo y también piense un par de días antes de cometer el error de hacer públicas afirmaciones sobre mi persona de las cuales usted no está ciento por ciento seguro, porque no puede estarlo.

–Tal vez tenga razón –dije, ahora poniendo yo mismo en duda si sería él a quien había visto saliendo de las canchas de golf.

–Voy a pensar en todo esto, juez, voy a darle unas vueltas a lo que me ha dicho, y cualquier cosa que haga se la haré saber antes –dije.

–Lo lamento. Lamento no haberle podido ayudar –dijo él.

Nos despedimos como las otras veces, amablemente. Al cerrar la reja del viejo ascensor, el juez seguía de pie en el umbral de la puerta, y desde allí me sonrió.

El juez

Cuando Samuel Cooper abandonó el despacho, evocó el rostro de Amalia y la recordó uno de esos viernes al despedirse de él hasta el lunes. Vio su cara excitada, la felicidad con que partía a los días prohibidos para él, esa felicidad que lo lastimaba y lo ponía cada semana en su lugar. Fueron seis años de encuentros secretos y nunca pudo sobreponerse al dolor de los fines de semana. Sus vidas eran desparejas. El hecho de que Amalia no tuviera hijos y viviera en la eterna luna de miel y libertad de los matrimonios sin niños no se equiparaba con su soltería. Él siempre sintió nostalgia por una mujer más allá del sexo, esperándolo en la casa, dispuesta a permitirle a sus pechos llenarse de leche, libre para él los sábados y los domingos, que apareciera ni más ni menos que en el momento deseado. Se lo dijo. ¡Vaya, si se lo dijo! Y más de un par de veces. Pero Amalia no era una oyente atenta. Sus palabras quejosas, así las llamaba, le entraban por un oído y en su cabeza se confundían con otros locos pensamientos sobre tal o cual disparate y salían por el oído opuesto convertidas en nada.

Que Amalia hubiese escrito ese relato inverosímil le parecía extraordinario. No entendía de dónde pudo sacar ese lenguaje sincopado:

–Pase por aquí –dijo.

–Gracias –le dije.

–¿La desnudo?

–Sí, por favor –le dije, parodiando el tono del escrito con el pensamiento.

–¿Le quito la blusa? –preguntó.

–Sí, muchas gracias, y yo se la quito a usted.

Si no hubiese reconocido la letra y el color de la tinta de una lapicera que él mismo le había regalado, habría creído que aquel cuento lo había escrito otra persona. ¿Pero a quién iban destinadas esas mentirosas letras de tinta verde? La evocación de la escena de Amalia con un hombre que supuestamente era él, como dos animales calientes, en una oficina que obviamente era la suya, lo hizo enrojecer. Él no era un sátiro incapaz de contenerse. ¡Amalia! Le parecía inverosímil que ella lo hubiese visto así, o que lo hubiese querido ver así. Esa

única vez que Amalia estuvo en la oficina secándose la ropa no hicieron el amor, por cierto que no, él se habría muerto antes de hacerlo con nadie en su despacho. Es más, pasaron casi tres meses antes de que se acostaran por primera vez. Había sido justamente lo contrario. Ella tenía dudas. Pese a que dijo saber desde el primer instante que serían amantes, tenía dudas. No se atrevía a dar el salto. Sabía que en el momento en que se metieran a la cama las cosas se tornarían mucho más serias y definitivas, y ella no era una mujer de amores pasajeros, ni de juegos peligrosos que pudiesen alertar a Alberto, le dijo.

–Puedo parecerle una loca pero en el fondo soy una mujer razonable. Dame un poco de tiempo –siempre pedía un poco de tiempo. Para verlo todos los días y para no volver a verlo.

Tres días después de la visita del periodista seguía obsesionado con esa carta de Amalia. ¿Qué significaba ese escrito? No se atrevió a pedirle a Samuel Cooper que le dejara una copia. Lo había leído con atención pero sólo retuvo algunas palabras. *Acarícieme usted también*. Sonrió al recordarlo. *Acarícieme usted también*. No podía figurarse a él mismo soltándole ese ruego a una mujer a quien conociera hacía diez minutos. Tan niña que era Amalia en el fondo. Detrás del escrito había algo muy bonito, que él podía apreciar, algo que emanaba de su ingenuidad. A Amalia le gustaba mucho hablar de sexo, vivía obsesionada con la libertad sexual de las mujeres de nuestro tiempo. Y pese a todo era pudorosa. Una vez le dijo que nunca entendería cómo fue que se atrevió a salir del baño envuelta en la toalla la mañana aquella del remojón. Le daba mucha vergüenza desnudarse ante otra persona. Sin embargo le gustaba el sexo, en la cama se transportaba, y saberlo era precisamente lo que le oprimía el pecho los fines de semana.

De repente se abrió una ventana en su mente y vio otro lado del escrito de Amalia. Él no era ese hombre que ella describía, no podía estar refiriéndose a él, tal vez a una especie de ilusión. Sintió el aguijón de los celos y una nueva pesadumbre se adueñó de su ánimo. Tal vez nunca la entendió. Tal vez nunca le dio lo que ella realmente necesitaba. Tal vez por eso se fue con el pintor.

El timbrado de Ernesto lo sacó de sus lucubraciones.

–Está aquí la señora Teresa Lagos, me dice que viene a hablar con usted sobre la señora Amalia Griffin –le dijo.

–Dígale que pase.

La vio entrar como a través de una niebla espesa y en un instante tomó conciencia de quién era. Teresa Lagos, la amiga de la infancia de Amalia, la

mujer con quien almorzaba todos los martes en El Bodegón, la esposa del arquitecto, la profesora de historia –le había hablado tantas veces de ella–. ¿Qué estaba haciendo allí?

Amalia se la había descrito cientos de veces; hasta había visto fotos suyas. Frente a ella se sintió sobrecogido e indefenso. Le dieron ganas de abrazarla. Sintió que la propia Amalia había emergido de la tumba y ahora estaba sentada junto a la amiga en la silla inglesa. En los ojos de ella vio los de la otra. En la exaltación de su voz escuchó tonos de Amalia. Le pareció que tenían las mismas manos. En un momento hizo un gesto con la boca que Amalia también hacía. De alguna forma Amalia estaba en esa pieza, atenta a lo que allí se conversara.

–Disculpe que me haya presentado así, sin pedirle audiencia, pero esto es muy importante, señor Rementería, no habría venido a verlo si no se tratara de un asunto tan grave. Le ruego que lea esta carta que escribió Amalia Griffin. Amalia era íntima amiga mía –dijo Teresa antes de que él abriera la boca.

Juan Manuel hizo un gran esfuerzo por parecer tranquilo y leyó los papeles que la mujer le extendió. En la medida en que sus ojos recorrían las líneas con una falsa avidez, porque no las estaba leyendo, su mente iba atando cabos en medio de un carrusel vertiginoso. La mujer, que lo miraba fijo, esperando que él terminase la lectura, era la íntima amiga de Amalia, Amalia podía haberle contado algo. Quizás le dijo que pensaba separarse de Alberto. Una vez hablaron de la posibilidad de una separación, fue una sola vez, y de pasada. Amalia desechó la idea inmediatamente, como si el solo hecho de contemplar esa posibilidad la espantara. Sin embargo, pudo haberlo comentado con su amiga, seguramente lo hizo, era lo más lógico, él sabía que eran como hermanas y lo más probable era que Amalia hubiese roto su promesa.

Terminó de repasar el escrito y se lo entregó a Teresa en sus manos. Después hablaron largamente. No podría reproducir todo lo que dijo ella y todo lo que él le respondió. Perdió la cuenta del tiempo que Teresa permaneció en su oficina. Ella pensaba que él había tenido algo que ver con la muerte de Amalia Griffin. No lo acusó de haberla asesinado ni le preguntó si él lo había hecho, sólo dijo que pudo haber tenido algo que ver con su muerte. Sabía que ellos dos fueron amantes durante seis años. De pronto todo el mundo lo sabía. Como si Amalia se hubiese dedicado a vocear a los cuatro vientos su relación con él. Ah, esa carta, pensó sintiendo una gran ternura por el recuerdo de la mujer que había amado tanto, esa carta no encerraba en verdad ningún peligro, nada que saliera de la pluma de Amalia podría ser peligroso.

Se despidió de la amiga en la puerta. Lo embargaba un sentimiento de

frustración y vergüenza. Pero qué podía hacer. Teresa entró al ascensor y desde allí lo miró desconcertada. Él lo sintió como una velada acusación. La inquietud se apoderó de su alma. De repente tuvo la punzante sensación de que Amalia estaba viva, nada de lo ocurrido había sucedido en verdad, dentro de un rato la llamaría a la Biblioteca, la recogería en las escalinatas, como siempre, y pasarían el resto de la tarde en su casa. Pero en un segundo la ilusión se esfumó y tuvo conciencia de lo que estaba ocurriendo. Una persona sabía que Amalia había tenido un *affaire* con alguien y creía que ese alguien era él. Otra lo había visto escapar de la cancha de golf. Existía un testigo, y era muy probable que terminara haciéndolo público, no era fácil vivir ocultando una información de ese calibre, mucho menos para el editor de un diario, a pesar de su temor a declararse homosexual. Acabaría por contárselo a la policía. Podía pedir reserva de su nombre. La policía no tenía por qué divulgar su identidad. Sabía que estaba acorralado y sin embargo no le importaba, era lógico que lo descubrieran, él nunca había sido un asesino, pero no estaría vivo para verse a sí mismo en una cárcel.

A las cuatro y media llamó a Ernesto y le comunicó que se marcharía. Bajó en el destartalado ascensor, tomó su auto y enfiló hacia Ñuñoa.

Al llegar a su casa guardó el abrigo en el armario, como lo hacía siempre, y se sentó en el sillón de su escritorio dejándose tragar por el silencio.

Teresa

Fueron días de mala sombra. Lo más difícil para mí era visitar a Alberto. Ante su presencia me paralizaba. Sentía la obligación de hablar de Amalia y no sabía cómo hacerlo con él. Entre nosotros se estableció un espacio nebuloso en donde se acunaban los costados de Amalia que él desconocía. Lo había visto relativamente poco en los últimos años y no estuve tan cerca de él como para sentirme su amiga. Pero de acuerdo a las buenas costumbres Rafa y yo íbamos a su casa, nos sentábamos en el inmenso y estirado salón, o en la terraza, y hacíamos piruetas verbales para espantar el silencio incómodo que ineludiblemente acababa interponiéndose entre nosotros. No teníamos de qué hablar. Terminábamos tomando martinis y charlando sobre cosas sin importancia de las cuales suele hablarse con personas apenas conocidas: el clima, los últimos movimientos de la Bolsa de Comercio, alguna noticia internacional. O de alguna faceta de Amalia. A Alberto le gustaba recordar lo distinta que era Amalia, pero ¿cuántas veces podía decirse que era especial y que sus chifladuras eran tan divertidas? De la siniestra realidad de su muerte o del curso de la investigación no era posible decir nada, a menos que se mencionara el hecho de que Amalia había tenido un amante por seis años y había terminado con él, que yo sabía quién era, o tenía mis sospechas, que incluso lo había enfrentado, que lo había conversado con el detective encargado del caso, con Rafa y la prensa. Y que todos ellos habían decidido mirar para otro lado, algo que probablemente habría hecho él mismo de encontrarse en el lugar de los otros. Debo confesar que en un momento sentí el impulso de decírselo. Llevarlo al jardín y allí, solos los dos, decírselo todo. Una vez estuvimos al borde de que se produjera esa conversación. Fue varios días después del entierro de Amalia. Una pareja a quien no conocía acababa de marcharse y nos quedamos Rafa, Alberto y yo en la lujosa terraza de la casa. Alberto nos contó que esa mañana lo había visitado un detective y le había formulado una serie de preguntas que él también se había estado haciendo.

–Quiso saber si Amalia tenía un amante –dijo clavándome una mirada

inquisitiva, obviamente para que fuera yo quien respondiera. Y luego me preguntó: ¿Sabías si Amalia tenía un amante? ¿Tuvo un amante alguna vez, una aventura, o una cosa de esas? ¿Sabes algo que yo no sepa?

Noté gran ansiedad en su voz a punto de quebrarse y no pude evitar un sentimiento de compasión por él. Era un hombre macizo, corpulento, que de pronto había adquirido la fragilidad de un niño. Sus ojos, en cambio, lejos de dulcificarse, mantuvieron esa cualidad impermeable que lo alejaba de los otros. Tenía una cara imposible de penetrar. Era una persona fría y hosca, uno de esos hombres en cuyo rostro no se lee conmiseración ni ternura ante el sufrimiento humano. De alguna forma se las arreglaba para establecer una distancia entre él y los demás. Las pocas veces que lo vi –siempre en medio de otra gente, en una fiesta, en una cena– me pareció que observaba a la concurrencia como quien está detrás de un vidrio mirando un baile en el cual no se permite entrar. Estaba en los lugares como si no estuviera, parcamente, como por obligación. La cosa es que Alberto podía tener muchos problemas psicológicos, eran evidentes, y el más grave es que se había hecho demasiado rico y estaba lleno de ese miedo al ser humano que suele atormentar a los millonarios, pero no era una mala persona, al menos a mí nunca me lo pareció. Aunque no fuera un hombre agradable ni simpático. Y lo más importante era que yo sabía que amaba a Amalia. A su manera, la amaba. Tal vez ella fue lo único que ese hombre amó en toda su vida.

–No, Alberto –le dije, probablemente instigada por una mirada lacerante de Rafa con todo el disimulo de que fue capaz en ese momento–. Amalia no tenía ningún amante. Si lo hubiera tenido yo lo habría sabido –su rostro ceñudo se distendió. Pude ver el alivio pintado en su cara de facciones toscas.

–Gracias –dijo él y yo sentí que había avanzado hacia un espacio del cual ya no podría regresar.

Paseando la vista por la casa no me sorprendió que no se notara la ausencia de Amalia. Amalia llegó a una casa puesta, como se dice. Cuando se casó con Alberto estaban los muebles, los ostentosos cortinajes, casi todos los cuadros, los jardines, los decorados de las dependencias, y ella nunca se interesó en tocar nada de eso. A él en cambio le agradaba su casa de millonario porque aquel despliegue de dinero representaba el símbolo de su éxito como hombre de negocios. Desangelada era la palabra que Amalia empleaba para describirla. «Hay más sombras entre esas paredes tapizadas con rafia que en el cementerio, Teresa.» De hecho, Amalia prácticamente usaba la casa nada más que para dormir. Los fines de semana partían a esa cabaña idílica que tenían en el norte.

No la conocí pero vi innumerables fotografías de aquel lugar de ensueño en algún bandejón del valle del Elqui. Alberto tenía un avión que pilotaba él mismo. Amalia adoraba ese vuelo entre Santiago y La Serena.

–Lo único que siento es que el tío Floro no haya estado vivo para volar conmigo –me decía–. ¿Te imaginas, Teresa, lo que habría significado para él poder vagar entre las nubes, pero esta vez en serio, con los pies despegados de la tierra?

–En la pieza de Amalia hay una caja con fotografías, cartas y otros papeles. Me gustaría que tú los revisaras. Hay muchas cosas tuyas ahí –me dijo Alberto en un momento de aquella tarde. Habíamos pasado dos horas sentados en la terraza hablando de sus negocios. Dos horas en las que por primera vez sentí la presencia de la muerte de Amalia como un brutal impacto. Ahora sí que no estaba. Pensar en ello me produjo un vacío y una soledad en medio de la cual no había nada a lo que pudiera echar mano para apaciguar la tristeza que se apoderó de mí. Creo que esa tarde, sentados en esa terraza con Alberto, rodeados de objetos tan caros como inútiles y de sus sirvientes uniformados haciendo reverencias, me di cuenta de la magnitud de lo que había acontecido. La muerte es así. Ocurre en una mínima partícula de tiempo pero luego se te va anunciando hora tras hora, y va creciendo como una avalancha, hasta que llega el momento en que te invade completamente.

–¿Escuchaste lo que te dije? –preguntó Alberto.

–Sus cosas. Sí, claro. ¿Quieres que las vea ahora o prefieres que me lleve la caja a mi casa y luego te la devuelva?

–Puedes subir a su pieza y revisarlas ahora. No son muchas. Te acompaño hasta arriba y luego bajo a preparar los martinis –dijo Alberto.

Subimos por la ampulosa escalera de mármol. Recordaba esa escalera y también que el dormitorio de Alberto y Amalia estaba en el segundo piso a mano derecha. Pero esta vez continuamos subiendo hasta el tercer piso y allí, a mano izquierda, se abría una habitación de grandes proporciones en la que no había entrado nunca.

–¿Aquí dormía Amalia? –pregunté sorprendida al ver una sola cama adosada a la pared del fondo; era su cama de la casa de Valencia, la reconocí de inmediato, aquella con patas de garras de león que había sido del tío Floro cuando niño.

–Hacía varios años que dormía aquí, por lo menos cuatro. ¿Nunca te dijo que había cambiado su dormitorio al tercer piso?

–Creo que alguna vez lo mencionó, pero ahora no lo recuerdo bien. Yo venía pocas veces a esta casa, era ella quien pasaba metida en la nuestra.

–Bueno, tú sabes lo independiente que era Amalia. Y la verdad es que nuestra vida se hacía más en la casa del Elqui que acá. No le gustaba dormir abajo. Decía que en ese dormitorio se sentía como una náufraga en medio del mar. En la semana viajo bastante, tú lo sabes.

Nos sentamos en un pequeño sofá amarillo, muy alegre, típico de Amalia –no era necesario que nadie me contara que ese tapiz lo había escogido ella–, y Alberto dijo que muchas veces le propuso vender la casa y comprar una más pequeña, más acogedora que ese buque, pero Amalia decidió esperar.

–¿Esperar qué?

–No sé qué, en realidad... Quién nos apura, me decía, para qué vamos a venderla ahora. Y así se nos fue pasando el tiempo. Te confieso que no insistí más de la cuenta porque esta casa siempre me ha gustado mucho, pero si ella realmente se hubiera empeñado en cambiarse nos habríamos mudado a otra más chica.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

–Lo que quieras –dijo.

–¿Cómo estaban ustedes dos?

Se quedó cavilando con la vista fija en las tablas del piso recién encerado. Al cabo de un rato levantó los ojos y dijo:

–No estábamos bien. Es decir... no es que hubiera un problema concreto, nada específico, nunca la engañé por ejemplo, ni pensarlo, jamás habría hecho algo tan estúpido, con dos matrimonios en el cuerpo... y me parece que ella tampoco. No se trataba de eso, pero día a día nos íbamos alejando un poco más. Día a día notaba que Amalia iba desinteresándose en mis cosas y las raras veces que hablábamos de mis negocios ella me enganchaba con su discurso sobre la ética. Sentía su cuestionamiento y eso me molestaba terriblemente, te voy a decir, ¡por Dios que me irritaba! Los empresarios suelen ser profundamente inmorales, me decía, no saben nada de la importancia que tiene la ética para una sociedad, les da lo mismo, lo único que los conmueve son los buenos negocios. ¿Y yo, qué iba a decirle, Teresa? Dime. ¿Qué iba a decirle? ¡Claro que la moral de un empresario es distinta de la de un sacerdote! Este es un sistema que tiene sus propias reglas, yo lo sé, pero así es este juego y si se juega con apego a las normas no se es menos ético que otra persona. Ella nunca pudo entenderlo.

Volvió a callar y luego, con un dejo de tristeza en la voz, dijo:

–Creo que Amalia me quería a pesar de todo. ¿Pero quieres que te diga una gran verdad? Yo vivía sintiendo una espada sobre la cabeza, agradeciendo los días que seguía estando conmigo, porque tú sabes, cuando no se tienen hijos los

lazos o son muy sólidos o muy débiles. No hay término medio. Y en nuestro caso sentía que eran muy débiles.

En ese momento experimenté una especie de tristeza, yo también, y pude empatizar con sus palabras. Muchas veces en el último tiempo había sentido que mi matrimonio no estaba asentado en una base sólida, que Rafa y yo seguíamos juntos más por inercia que porque nos unieran lazos fuertes. Esa vez que lo hablé con Amalia llegué a envidiar la forma salvaje como se tomaba la vida, y se lo dije, y ella me aclaró que no confundiera liviandad con lo único que realmente importaba, que era la honestidad consigo misma, actuar de acuerdo a sus valores y ser juzgada en consecuencia. Así y todo, cada vez que hablaba con ella, a mí me parecía que se tomaba las cosas como si se tratara de un juego. Entendía perfectamente bien lo que Alberto me estaba diciendo.

–Tenía mucho miedo de perderla –siguió Alberto–. Siempre tuve miedo de perderla.

–¿Por qué?

–Porque la veía cada vez más joven, más llena de energía, y yo cada vez más viejo y achacoso. En el fondo sabía que no sería su compañero para siempre.

–Lo que no entiendo –me atreví a decirle– es la razón por la cual te dejaste tragar por el trabajo. Tal vez fuera eso lo que acabó por distanciaros. Amalia pasaba sola. Tiene que habértelo dicho muchas veces.

–Yo mismo me he hecho esa pregunta cientos de veces, Teresa, aunque no me creas. Y no tengo más respuesta que el horror a convertirme en un vejete de mierda sentado en la casa celando a una bella esposa como un carcelero.

Otro silencio. Miré a mi alrededor y reconocí las cosas de Amalia, la mesa de dibujo del tío Floro, una estantería de mimbre que había en el pasillo de la casa de Valencia, una foto de su madre y la tía Herminia y, junto a la cama, presidiendo el velador desde un marco de plata ¡estaba él!, sentí una profunda emoción al verlo. El tío Floro disfrazado de Medusa. ¡Oh, Dios mío! No recordaba esa foto. Cerré los ojos y se me vinieron encima las imágenes de ese día lejano de la infancia cuando se disfrazó de Medusa y nos llevó de picnic a las riberas del río Maipo, que por supuesto él llamaba Escamandro. Alberto notó mi emoción y me tomó la mano, y en eso escuché su voz como si fuese él quien se hallaba en otro mundo:

–¿Puedo preguntarte algo? –presentí lo que venía y no me equivoqué–: Amalia tenía un amante, ¿verdad? Dímelo sinceramente, Teresa. Yo prefiero saberlo.

A través de los años, nunca me he arrepentido de lo que dije a continuación. Y

si de mis labios salieron esas palabras persuasivas como si un segundo antes de pronunciarlas yo misma me hubiera convencido de su veracidad, fue sólo porque sentí el soplo de Amalia en mi oreja, *hay momentos, Teresa, en que lo único correcto es mentir.*

–Escúchame bien, Alberto. Amalia no tenía un amante ni lo tuvo nunca. Ella vivía más en las nubes que en esta casa o en cualquiera otra parte y cuando tú no estabas ella estaba en la Biblioteca o conmigo. Si hubiese habido otro hombre en su vida yo habría sido la primera en saberlo. ¿Me entiendes? Por favor sácate esa idea de la cabeza.

–Gracias –dijo, apretándome la mano que no había soltado.

–No me des las gracias –le dije, sintiéndome extrañamente aliviada yo también. Aunque mi alivio, o como se llame esa sensación de relajación que me invadió por un instante, durase lo que un suspiro. Enseguida me atenazó la aprensión. Caí en la cuenta de la monstruosidad que se nos vendría encima si alguna vez descubrieran que el juez había asesinado a Amalia y Alberto llegaba a comprobar que le mentamos, que todos ayudamos a encubrir el engaño de su mujer y de cierta forma todos ayudamos a encubrir a su asesino después. Pero no quise pensar en eso en aquel momento.

–Bueno. Voy a preparar esos martinis porque a tu marido le habrá salido pera y bigote en la terraza. Te dejo para que metas las manos donde quieras y te quedes con lo que quieras –y se marchó dejándome rodeada de las cosas de Amalia en el único espacio verdaderamente suyo que había en aquella mansión.

La caja que Alberto depositó sobre la mesa estaba llena de retratos de ella a todas las edades, fotos vestida de primera comunión, en el patio del colegio, algunas conmigo saltando al cordel, una de la madre Cecilia rodeada de un grupo de alumnas, unas cuantas del día de su matrimonio con Alberto, vestida con el traje de dos piezas color marfil y Alberto con un elegante esmoquin negro. Los miré como si no hubiera visto esa foto nunca, la había visto muchas veces, y no pude dejar de pensar por qué se casó con él, qué le daba ese hombre aparte de plata y bienestar. Un hombre tan distinto de ella. Que Alberto fuera tanto mayor no era lo importante, el abismo que los separaba no tenía relación con los años, sino con todo lo demás. Tal vez buscaba la figura de un padre, una prolongación del tío Floro pero ¡madre santa!, si he visto a alguien opuesto al tío Floro era precisamente este empresario apegado a las cosas de la tierra, lerdo de alma, a quien sólo le importaba su imagen y la de sus empresas. La única explicación que se me ocurría, Rafa se reía cuando yo le decía esto, es que Amalia nunca logró superar el complejo que se le produjo en la adolescencia, cuando íbamos a

bailes y fiestas y ella pasaba toda la noche planchando junto a la escalera de la casa porque era demasiado alta y los muchachos no la sacaban a bailar. Quizás por ahí podría encontrarse alguna respuesta, puede que haya visto en este hombre mayor, rico y poderoso, mucho más alto que ella, una especie de contrapeso a sus largas noches con la cara larga, detestando a cualquier cosa con pantalones que rozara esos vestidos pasados de moda costureados por la tía Herminia y su madre.

Entre los papeles me encontré con la inolvidable fotografía del tío Floro semidesnudo corriendo por la ribera del río Kefisos –el living de la casa de Valencia–. Detrás de la foto, escrito de su puño y letra decía: «Más allá de todos los mares y de los últimos confines de la tierra, de las fuentes de la noche y del vasto espacio del cielo, está el jardín de Apolo». Había varias de ese tiempo, cartas mías, del tío Floro en uno de sus viajes a España, en fin, eran los papeles que Amalia había guardado amorosamente toda su vida y por lo mismo los revisé como algo sagrado. Entre ellos encontré un recibo de la tienda de fotografías Nanette, cuya dirección era el pasaje Astor, en el centro. Conocía ese pasaje, estaba justamente en la esquina de la calle Huérfanos con Estado, y aquel tenía que ser el estudio de fotografías que Amalia había mencionado en su escrito. Me llamó la atención lo viejo del recibo. Estaba fechado seis años atrás. Vale decir que podía tratarse de las fotos que ella pensaba recoger en esa esquina cuando cayó a la poza de agua. Si Amalia lo guardó fue porque nunca llegó a retirarlas. Era sorprendente que la policía no lo hubiera visto, de haberlo visto lo habrían confiscado de todas maneras. Guardé el recibo en mi cartera pensando que en cuanto fuera al centro pasaría por la tienda. Tal vez todavía las tuvieran. De pronto, apartando los recibos en un montón, las fotos en otro, y hurgueteando a través de los interminables recortes de diario que Amalia guardaba –algo que me pareció muy poco usual en ella y tal vez formaba parte de su vida de casada–, me llamó la atención una sección de las páginas sociales del diario *El Tiempo*. Era una nota, con una foto, sobre una exposición de pintura en una galería del barrio alto. En la foto se veía a Amalia con un vestido azul, un bonito vestido de lino que había comprado pocos meses antes de su muerte. Estaba junto a un joven de grandes ojos oscuros, cejas muy gruesas y el pelo ensortijado que le caía hasta los hombros. Era el pintor que exponía. Él aparecía con un brazo atravesado en la espalda de Amalia. Los miré con atención. Más abajo estaba su nombre, Charlie Fischer. Había escuchado hablar de su pintura pero era la primera vez que veía una foto suya. Charlie Fischer. ¿No sería el pintor del cual se enamoró Amalia? Volví a observarlos. El hombre tenía cara de gitano y

posaba con esa soltura un tanto descarada de los artistas jóvenes de todos los tiempos, mirando a la cámara con una cara un poco tristonera pero muy simpática. Usaba una especie de túnica sencilla y era evidentemente más joven que Amalia. Ella aparecía radiante, iluminada, como rogándole al fotógrafo que la inmortalizara en ese momento único. No pude contener las lágrimas.

¿Y si aquel fuera el pintor del cual se había enamorado, el causante en último término de toda esta tragedia? De repente me asaltó la certeza de que este era el hombre que había estado enfermo y con quien por eso no había hecho el amor. El hombre por el cual había abandonado al juez. Podía perfectamente ser él. Por algo Amalia guardó el recorte junto a papeles tan importantes. ¿Y si me acercara a su casa para hablarle de Amalia?

–Es que tú no puedes ir por el mundo golpeando puertas y preguntando: ¿Fue usted amante de Amalia Griffin? ¿Es usted quien la mató? –me dijo Rafa, esa noche, cuando le dije que pensaba ir a ver al pintor.

Pero había decidido hacerlo de todas maneras. Si me había equivocado no tendría ninguna importancia y él comprendería perfectamente mi inquietud.

Al día siguiente fui hasta la galería y averigüé la dirección de Charlie Fisher. Estoy muy interesada en ver sus cuadros, mentí. La persona que me atendió sabía donde quedaba la casa y me dijo que mientras yo fuera en camino ella lo llamaría para decirle que me esperara.

Vivía en una casa antigua, en una calle corta entre Marchant Pereira y Antonio Varas. Él mismo abrió la puerta, y como seguramente pensó que era la clienta interesada en ver sus cuadros, me saludó atentamente y sin mediar más trámite me invitó a pasar.

–Venga por aquí, por favor.

El hombre era alto y muy delgado. Ahora llevaba el pelo tomado en una cola de caballo y andaba con la misma túnica de la foto. Me guió hacia la parte trasera de la casa y entramos en su taller, un lugar iluminado por cuatro grandes tragaluzes en el techo y dos ventanas que daban a un pequeño jardín. El techo era muy alto, como el de una torre. Había telas por todas partes, unas clavadas en los muros, otras adosadas a las paredes. Una antigua lámpara de bronce colgaba de una larguísima cadena al centro del taller. El aire sofocante estaba impregnado de olor a trementina.

–Voy a abrir un poco para que se ventile –se disculpó, abriendo una de las ventanas–. Es que prácticamente no he entrado aquí este último mes, ha estado cerrado las últimas semanas. De la galería me avisaron que había alguien

interesado en ver las pinturas. Me alegro que hayan llamado temprano porque iba saliendo a Melipilla, me encontraron por casualidad, llegó justo a tiempo – dijo mientras daba vuelta algunos de los cuadros.

–Eso fue lo que les dije, pero no he venido para ver sus cuadros.

Me miró sorprendido.

–¿No?

–No. He venido para hablarle de una persona que los dos conocemos... que creo que los dos conocemos, Amalia Griffin.

Su rostro se alteró y en un santiamén su expresión cambió completamente. Una mueca de dolor le atravesó la frente. Entonces supe que era él. Tomó asiento en un taburete alto que había junto a un caballete y me miró con estupor.

–¡Qué horrible! ¡Qué cosa más horrible! Sí. Por supuesto que la conocía. Todavía no logro convencerme. Fue como si me hubieran pegado un mazazo en la cabeza. ¿Por qué?, me pregunto, ¿por qué tienen que pasar estas cosas? – siguió hablando y hablando.

Una llave se había abierto dentro de él. Era como si hubiera estado esperando la visita de alguien con quien poder desahogarse.

–Usted no sabe lo que ha sido; aún no me repongo del impacto, no puedo creer que esté muerta. Ha sido terrible. Es por eso justamente que no he abierto mi estudio. Para serle franco no he podido concentrarme en nada. A mí se me vino el mundo abajo, se lo juro, he estado mal, pésimo. Fue la cosa más terrible que pudo haberme pasado en este momento de mi vida. Usted debe ser Teresa Lagos, ¿no es verdad? Su amiga de la infancia. No se puede imaginar todo lo que hablamos de usted. He llegado a conocerla sin haberla visto nunca. Amalia la quería mucho, le tenía una admiración enorme... No, no me diga nada, sé que ella le contó lo nuestro. Ella misma me lo dijo.

–Así es. La verdad es que nunca lo nombró pero sí que se había enamorado de un pintor mucho menor que ella.

–No tanto, sólo diez años –dijo él con sencillez–. Y me alegro que se lo haya dicho así, porque yo también estaba muy enamorado de ella. Fue poco tiempo, desgraciadamente, muy poco tiempo, alcanzamos a estar juntos tres meses, fuimos a su casa del lago Ranco por una semana, nos vimos muchas veces aquí mismo, en este estudio, y en el zoológico; le gustaba caminar por el zoológico, subir hasta la punta del cerro y mirar Santiago desde ahí. Se fascinaba con los chillidos de los monos, se quedaba horas observando a una foca que aplaudía debajo del agua, y cuando miraba a esos pobres elefantes, piojentos, viejos, arrugados y tristes, se le caían las lágrimas. La acompañé varias veces a ese

lugar. Amalia decía que los zoológicos eran un espejo de la condición humana, lo que los hombres le hacían a los animales no era tan distinto de lo que estaban dispuestos a hacerse a ellos mismos. Tenía que haber durado toda la vida y duró tan poco tiempo... –repitió–. Yo estaba bastante fregado de salud cuando la conocí, tenía un problema más o menos serio, ahora estoy mucho mejor... ¡Qué bueno que haya venido usted! No sabe cómo se lo agradezco, es como si hubiera caído del cielo. Le juro que estaba desesperado. Amalia me hizo prometer que nunca le diría a nadie de nuestra relación, temía la reacción de su marido, en este villorrio hasta lo más mínimo se sabe y aparece al día siguiente en la prensa, decía. Cuando me enteré de su muerte me sentí como un animal enjaulado. Necesitaba hablarlo con alguien. Me dio mucho miedo también. Un miedo brutal. Llevo noches sin lograr dormir.

–¿De qué tenía miedo?

–Bueno, usted sabe. Haber sido el amante de una mujer que es asesinada no es un lugar de privilegio, sobre todo si se trata de la mujer de un hombre tan influyente. Si alguien descubría nuestra relación, lo más lógico sería que los ojos de la policía cayeran sobre mí.

–¿Usted sabía que estuvo involucrada durante mucho tiempo con otra persona?

–Sí, me lo dijo.

–¿Y le dijo quién era, cómo se llamaba?

–No. Tampoco quise saberlo.

–¿No ha pensado que esa otra persona pudo haberla asesinado?

Noté que palidecía.

–No, para serle franco, no lo he pensado, pero ¿por qué habría de asesinarla?

–Bueno, por celos. Tiene que haber sabido que Amalia se había enamorado de otro.

–Pero no se mata a una mujer que se ha amado durante tanto tiempo sólo porque a ella se le pasó el amor. Porque eso fue lo que ocurrió. Yo no tengo nada que ver con la ruptura de ellos dos. Cuando conocí a Amalia ella había tomado, hacía tiempo, la decisión de terminar con él. No sabía cómo hacerlo. Pero su decisión estaba tomada. Comprendo que para él tiene que haber sido muy difícil, me lo puedo imaginar perfectamente bien, Amalia era una de esas mujeres especiales que es preferible no haber conocido nunca que perderla. ¿Quién es él? ¿Lo conoce usted?

–Parece increíble y yo misma no me lo creo cuando me escucho contestarle, pero no, no lo conocí, ni siquiera llegué a saber su nombre, suena un poco

inverosímil que su mejor amiga no lo haya visto nunca, pero así es –dije sacando la carta de Amalia que había llevado conmigo y tenía doblada en la cartera–. ¿Podría leer esto? Es una carta que me escribió Amalia –le dije, alcanzándosela.

Estaba haciendo justamente lo que Rafa me había suplicado que no hiciera. Él tomó los papeles con las manos temblorosas y se puso a leer. Su expresión iba cambiando a medida que avanzaba en la lectura. En su cara vi sorpresa, pudor, pena, incredulidad, y finalmente unos ojos brillantes de lágrimas que se volvieron hacia mí.

–Perdone. Me he emocionado. Es muy bella la forma como lo describió.

–Como describió qué –pregunté sin entender lo que me estaba diciendo.

–El encuentro que tuvimos en este mismo estudio una de las primeras veces que nos vimos. Bueno, no fue tan así, no tengo un secretario y lo último que le hubiera ofrecido a Amalia es una taza de té. Pero esa noche ocurrió algo muy similar a esto. Fue el día en que nos conocimos.

–¿Eso que usted ha leído, es cierto? ¿Ocurrió aquí, dice?

–Sí... No comprendo por qué lo situó en un lugar tan distinto de este. Bueno, no sé nada de eso. Evidentemente es la oficina de otra persona o un lugar imaginado. Tal vez se trate del despacho de su marido... Aunque no, una vez me lo describió como algo realmente suntuoso, en el último piso de un edificio en el centro de Santiago, un espacio lujosísimo rodeado de ventanales desde donde se dominaba toda la ciudad. No tiene nada que ver con esto. Usted...

Lo interrumpí.

–A ver, por favor, acláreme un poco las cosas. Usted reconoce este relato. ¿Amalia le habló de esta carta?

–No... pero, sí, ya se lo he dicho, se trata de la descripción de una noche que Amalia y yo nos amanecemos en este estudio. Es lo que le digo –pareció impacientarse–. Nos vinimos para acá después de la inauguración de mi exposición de pintura. Pasamos a comprar unas botellas de vino y nos quedamos casi toda la noche aquí. Estuvimos hablando, bailamos un poco, y luego... bueno, como aparece aquí... nos desnudamos... me da un poco de vergüenza que usted lo haya leído, algo tan personal, tan íntimo. Me imagino que lo habrá encontrado en su casa, entre sus cosas.

–No. Ella lo escribió para mí.

–¡Pero no puede ser! Cómo iba a darte una cosa tan privada. Podemos tutearnos, ¿verdad?

–Esto que ella cuenta, ¿ocurrió así?, ¿tal cual?, ¿no es una exageración?, ¿no se trata de invenciones tuyas? –quise saber, sintiéndome terriblemente intrusa.

–Bueno... a ver... esa oficina tan elegante –dijo él, sonriendo incómodo–, y lo de la poza de agua... Eso no. Y ya te digo, aquí no hay secretario ni ninguna de esas otras cosas y este taller es muy distinto de esa oficina. No sé de dónde pudo haberlo sacado. Pero el resto ocurrió bien parecido a como está ahí, y dijimos esas mismas palabras, es sorprendente cómo reprodujo algunas partes de nuestra conversación, como si lo hubiera grabado. En un momento esa lámpara se meció con el viento porque yo había abierto las ventanas y le dije que tal vez había sido un temblor, nos reímos mucho cuando ella dijo que vivía en una parte de Santiago donde no temblaba nunca... Fue un bonito encuentro, nunca lo olvidaré. Nos desnudamos y nos tendimos en esta alfombra y permanecemos por un espacio bien largo, hablando, tocándonos. A mí se me hizo un minuto pero fueron más de dos horas. Todo era suave, muy suave, no sé si tú me entiendes.

Calló unos momentos. Luego preguntó:

–¿Quién pudo haberla asesinado? En los diarios dicen que aún no tienen ni una sola pista. ¿Cómo puede ser que no haya nada, ni una huella, ni una señal de la persona que la mató? Francamente no lo entiendo.

–Yo tampoco lo entiendo –dije completamente confundida–. Perdona que te insista en esto, pero ¿estás seguro de que nunca te mencionó nada sobre la otra persona? ¿Su profesión, cuántos años tenía, dónde vivía? ¿Nada?

–Ya te lo dije. Su pasado era su pasado. Amalia tenía años suficientes como para haber amado a otros hombres antes que a mí, y eso está bien, nunca he sentido ese tipo de celos. Los fantasmas son los fantasmas y nosotros éramos de carne y hueso. Era lo único que me importaba.

–Así será, pero lo cierto es que el fantasma pudo haberla asesinado –le dije, sintiendo que estaba siendo dura y desatinada. Él bajó la vista y unas lágrimas corrieron por su cara.

Al salir a la calle, dejándolo de pie en la puerta diciéndome adiós con la mano, me pregunté si el mundo no se habría vuelto loco. Estaba alelada. O sea que aquel encuentro que describió Amalia no se produjo en la oficina de Rementería y ella nunca se desnudó con él en ese lugar... Un verdadero pánico se apoderó de mí. Salí a Pedro de Valdivia casi sin darme cuenta por dónde caminaba. Ni supe cuántas cuerdas anduve. De acuerdo con el pintor yo estaba equivocada, terriblemente equivocada. Todas mis percepciones parecían haberme traicionado. Basándome en esa carta de Amalia había inculcado a un juez de la Corte Suprema, había ido con mi acusación no sólo adonde él sino a la policía y a la prensa. ¡Madre santa! De alguna forma tenía que deshacer aquella

embarrada. ¡Cómo pude haber estado tan ciega! Me decía estas cosas camino a un paradero de taxi, tenía que haber un paradero de taxi en alguna parte, sintiendo que mis piernas iban a doblarse y yo caería al suelo en cualquier momento. Estaba a punto de sentarme en el borde de la acera y largarme a llorar. ¡Ay, Dios mío! Era bien posible que se tratara de un cúmulo de coincidencias. Tal como lo había visto el detective, y Rafa, y Samuel Cooper. Había sido yo la ofuscada, la ciega. De repente sentí que se descorría un velo y mi obsesión quedaba al desnudo. Parecía clarísimo ahora. Amalia echó mano de ese despacho, en el que había estado una sola vez en su vida, para enmascarar la descripción de un encuentro amoroso, pero no con el juez sino con este pintor. Finalmente encontré un taxi y le pedí al conductor que me llevara al centro, hasta la oficina de Rafa.

Rafa estaba terminando una maqueta y cuando me vio entrar lo dejó todo de lado y me invitó a sentarme junto a él en el sofá. Parecía de excelente ánimo, como si hubiese descubierto algo muy placentero y ahora me lo iba a decir.

–Ponte cómoda. He estado pensando llevarte a alguna parte tranquila, bonita, donde podamos dar largas caminatas, para que te relajés.

Yo debo de haberlo mirado con una cara rara.

–¿No te gusta la idea? Podemos ir donde tú quieras, esta vez tú eliges el lugar y el momento, qué te parece.

–Sí, Rafa, podría ser, pero antes de hacer planes para ir a ninguna parte déjame contarte que fui a ver al pintor y quedé terriblemente confundida con lo que me dijo. Más confundida que antes.

Le conté nuestra conversación de principio a fin, sin omitir detalles. Necesitaba desesperadamente que Rafa entendiera los alcances de lo que me había dicho Charlie Fischer. Después de haberlo sorprendido con los recortes de la muerte de Amalia pegados en su pizarra lo había hecho mi cómplice en todo el asunto. Rafa podía manifestar sus sentimientos de manera completamente distinta de la mía, pero yo lo conocía tan bien, sabía que estaba muy alterado con la muerte de Amalia y habría hecho cualquier cosa porque se descubriera su asesino. Tenía un sentido muy afinado de la justicia y a lo largo de toda su vida había demostrado que era capaz de pasar por alto muchas cosas, pero la impunidad, sobre todo tratándose de un crimen, lo descompensaba.

Me escuchó con atención, dos o tres veces me interrumpió para que le aclarara algunos puntos y cuando terminé se quedó callado un momento, ordenando sus pensamientos.

–Me parece sorprendente lo que me estás contando. ¿Tienes a mano la carta

que te escribió Amalia? Déjame leerla de nuevo.

Yo se lo agradecí. En verdad se lo agradecí, y en ese instante, después de mucho tiempo, fue la primera vez que sentí a Rafa de mi lado, en un espacio que era realmente importante para mí.

Leyó meticulosamente la carta y luego me pidió que la leyera yo, cosa que hice por enésima vez, porque ya había perdido la cuenta de las veces que la había leído, me atrevo a decir que casi me la sabía de memoria. Pero hasta la visita al pintor no había atado los cabos que fui capaz de atar luego de leerla, ahora, frente a Rafa.

–Bueno, con lo que sabemos hoy, esto se ha complicado bastante, ya no sé qué pensar, te lo digo francamente, no sé qué pensar. ¿Y tú? –quiso saber Rafa cuando terminé de leer.

–Es como si Amalia hubiera intentado juntar a esos dos hombres en uno solo. El joven, artista y rebelde, con el hombre maduro, más reposado y culto, el pintor informal, moderno, con el hombre público y respetado. ¿Sabes qué se me ocurre en este momento? Se me ocurre que ninguno de los dos era más importante para Amalia que la idea que ella misma tenía del amor.

–Puede que tengas razón... Y hay otra cosa, Teresa, no quiero confundirte más de lo que ya estás, pero ¿no podría ser este pintor sospechoso también?

–No lo creo. ¿Por qué habría de matarla? No tendría ningún motivo. Si es cierto lo que me dijo, no tendría ningún motivo. Y yo le creí. Me pareció completamente sincero. El pobre tipo se veía desesperado.

Entonces Rafa cambió de actitud y de tema y me dijo que me tenía una pequeña sorpresa. Se levantó y entró a un cubículo que había al fondo de su oficina, donde estaba la cafetera, una cocinilla y un refrigerador. Un momento después volvió con dos copas y una botella de vino blanco.

–¿Desde cuándo hay vino en esta oficina? –pregunté divertida.

–Desde esta mañana; supuse que vendrías después de ver al pintor. ¿Por qué no dejamos de lado, por un momento, el tema de la muerte de Amalia y sus amores, y aprovechamos tu visita para relajarnos un rato y hablar?

–¿Me estás tratando de seducir?

–No, no todavía –rió–. Es sólo que necesito hablar contigo. He estado muy preocupado, ¿sabes?, desde que me mostraste la carta de Amalia no he podido dejar de pensar en ello... No sé cómo decirte esto para no sonar ridículo, pero si he de ser franco contigo, esa carta me dio mucho miedo.

–¿Miedo? ¿Miedo de qué, Rafa?

–De perderte... No, de perderte, no, de haberte perdido, ya. Me pasé toda

clase de películas por la cabeza. Si le escribe esa carta con un encuentro tan apasionado, ¿no será que Teresa le ha dicho que tiene un *affaire*? ¿No será que han hablado de las carencias que hay en nuestro matrimonio? ¿No será otra manera de decirle a Teresa que afuera hay otro mundo, otra clase de amante, otras posibilidades para una mujer como ella?

Yo lo escuchaba y quería que siguiera hablando. Que lo sacara todo. Que quedara todo expuesto. Y fue justamente lo que hizo. Fue una especie de catarsis para él, y cuando llegó mi turno traté de ser lo más honesta posible. Le hablé de lo sola que me sentía algunas veces, de la falta que me hacían los tiempos en que nos echábamos de menos, de mi propio miedo de habernos perdido. Despachamos una botella y media de vino conversando hasta muy entrada la noche y a los dos nos hizo bien sacar lo que teníamos dentro. Nuestro matrimonio estaba cansado pero seguía siendo cierto que nos queríamos. Tal vez aquel fuera un nuevo punto de partida. De allí en adelante, Rafa y yo estaríamos mucho más conscientes de nuestra relación, y a lo mejor podríamos resucitar algo de la magia de los primeros tiempos, pero si terminábamos separándonos, al menos nos quedaría la tranquilidad de saber que lo habíamos hecho habiéndolo hablado y porque era lo que correspondía hacer.

El juez

Con la sola excepción de esa luz muy tenue que apenas refulgía en una ventana del primer piso, todas las demás estaban apagadas. En el patio de la higuera el sueño liviano de los canarios había sufrido un leve sobresalto con el ruido; dos de ellos levantaron la cabeza y sus ojillos rebotaron como bolitas entre las sombras y enseguida volvieron a dormirse.

En la cocina no había huellas de comida ni ese olor a estropajos mojados que suele impregnar las cocinas antiguas. Hacía mucho tiempo que la cocina estaba convertida en una especie de ermita solitaria en la cual sólo vagaban las voces, las risas y los sonidos del pasado. Antes de que Rita muriera, esa misma cocina fue un lugar en perpetua agitación donde era posible sentir el ritmo de las estaciones y los momentos cálidos de la vida.

Entrando en la sección del repostero, a mano derecha, estaban las cuatro ventanas que daban al patio de la higuera. Dos de ellas habían quedado abiertas y por allí seguramente escapó el ruido seco y desconocido que remeció por un instante el sueño de los canarios. Los cuadros de los bisabuelos de Juan Manuel colgaban en uno de esos muros. Uno era el retrato de un caballero extraordinariamente parecido a Juan Manuel, con un monóculo en el ojo izquierdo, y en el otro figuraba una hermosa mujer que el pintor había inmortalizado saliendo probablemente del baño, con el pelo envuelto en un gracioso y desordenado moño sobre la cabeza, como un busto de Rodin. La toalla la envolvía hasta la parte inferior del cuello dejando sus hombros al descubierto. Miraba al infinito con unos enormes ojos color violeta y el carmín de sus labios resaltaba en la oscuridad de la noche. El cuadro de la dama estaba un poco torcido hacia la izquierda. El cuadro del bisabuelo, en cambio, estaba en su lugar.

La escalera que subía al segundo piso nunca fue un lugar deshabitado o silencioso. Tampoco lo fue esa noche hasta antes del estallido. Cuando la madre de Juan Manuel compró la mansión, contra la voluntad de don Gonzalo, justamente por la escalera, le advirtieron que el precio tan rebajado se debía a

que aquella propiedad estaba espirituada. Tres hermanas habían vivido allí alrededor de mil novecientos diez. Se trataba de tres señoras esotéricas que hablaban en francés y pasaban las tardes haciendo espiritismo en una mesa de tres patas. Los espíritus que durante años acudieron a sus llamados terminaron quedándose en la casa, particularmente en el sector de la escalera. Subían y bajaban como si la casa estuviese despierta y en medio de un gran baile. Pero esa noche permanecieron quietos después del ruido, y por un buen rato la escalera fue un espacio tan callado que cualquiera que la hubiese subido o bajado entonces habría dicho que allí no había nadie.

Bajando la escalera había un pasillo que conducía al escritorio de Juan Manuel donde quedó encendida la única luz que se veía desde afuera de la casa. Todavía podía sentirse la presencia de Juan Manuel, ocho horas más tarde, cuando Rosa entró en el recinto y apagó la lamparilla. Aquella era la pieza más acogedora de toda la casa, y la única en donde no había muebles que sobraban. Juan Manuel prácticamente vivía en aquel lugar. Allí estaban sus libros, el sillón de mimbre que tenía su padre en su escritorio del campo, la mesa de roble americano que don Gonzalo trajo de su casa en Coquimbo, un bonito sofá acolchado de raso opaco que compraron con Amalia en una mueblería del centro, y su colección de escarabajos.

Sobre la mesa descansaban los siete libros de Marcel Proust que nunca colocaba en los estantes. En el último mes había vuelto a hojear las páginas del tiempo recobrado y las de los años de la niñez en Combray; aquel tomo del camino de Swann era el predilecto de Amalia. Junto a una lámpara de pie estaba el sillón de respaldo alto donde le gustaba leer. El cojín quedó hundido con el peso de su cuerpo y cuando Rosa entró en la pieza lo acomodó con un gesto casi automático.

Juan Manuel pasó varias horas en ese cuarto, sumido en una especie de muerte anterior a la muerte, en la que fue entrando casi sin percatarse mientras vaciaba la botella de vodka, a tragos cortos y forzados, como quien pasa una pócima amarga. Pensó que morir era un acto solitario, un acto de abandono y desamparo sin salida, sin futuro, que jamás debiera ser presenciado por la naturaleza. Pensó que el tiempo antes de cometer el suicidio siempre debía ser así, un tiempo lento, sin sentido, entre banal y aburrido, un mirar al techo o fijarse en una mosca sin verla, un estar a la espera de que nada llegue, ni la partida, porque en algún sentido el suicida ya está muerto. Pensó en un sueño que había tenido hacía un par de noches. Él se encontraba en un pasillo de la Corte hablando con el abogado joven con quien siempre conversaba. Charlaban sobre cualquier cosa y

de repente él le preguntaba: Si usted hubiera tomado la decisión de suicidarse, ¿qué sería lo último que haría estando en el escritorio de su casa? El abogado no había dudado al responder, ni se dio tiempo para pensarlo, como si él mismo se hubiera planteado esa pregunta muchas veces. Lo único que haría, don Juan Manuel, sería ordenar mis papeles y dejar mi escritorio convertido en el lugar pulcro que nunca fue y luego me emborracharía para olvidar lo que estoy a punto de hacer, pero claro, Juez, mi respuesta no le sirve de nada puesto que es la respuesta de una persona que quiere vivir. Él no quería vivir y lo último que hubiera hecho es ordenar su escritorio. Pensó que sería aún más triste morir al aire libre, privado de la posibilidad de recogerse y encogerse y esconderse de la muerte, y de estar a solas con los pensamientos finales. Pensó que él había castigado a Amalia no sólo quitándole la vida sino su derecho a abandonarla mirándose por última vez, para luego entrar en la muerte con los ojos cerrados, o abiertos, o como ella quisiera. Pensó en su propia muerte que se avecinaba como un acto de justicia.

Amalia...

¿Cómo amaneció él aquel martes, antes de dirigirse al Club de Golf? ¿Qué ocurrencias pasaron por su mente? Y ¿cómo pudo apretar ese gatillo sabiendo lo que vendría después? ¿O no lo sabía? ¿Nunca se dijo vas a disparar y eso significa que ella va a morir? Hizo esfuerzos por encontrar dentro de sí mismo alguna réplica, alguna explicación, algo que lo ayudase a reordenar el cúmulo de vidrios rotos en que se convirtió su vida, y no hubo más respuesta que la seguridad rotunda de que él mismo iba a matarse después. Lo supo esa mañana, antes de las siete y media, cuando sacó su auto del garaje. Lo supo al estacionarlo en la calle Luz. Lo supo mientras se encaminaba hacia el hoyo dieciocho bajo las sombras de los árboles que recién despertaban. Lo supo cuando la vio midiendo los centímetros que mediaban entre la pelotita blanca y el hoyo. Y lo supo con una certeza lacerante en cuanto vio su sangre brillando en el pasto recién cortado. Aún antes, en otro nivel de su conciencia, aquel día en el restaurante de la Alameda, cuando Amalia le dijo que se había enamorado de un pintor, lo supo. Fue entonces cuando entró en ese corredor oscuro, de paredes estrechas y techo bajo, que lo fue guiando hacia el momento actual. Sintió una extraña lucidez apoderándose de sus reflexiones y dejó que su mente vagara por donde quisiera vagar, que se iluminaran aquellos rincones apagados de su memoria donde se almacenaba el dolor, que escaparan las imágenes, las voces del pasado. Tal vez se atrevería a penetrar en los mundos que él mismo había decidido enterrar. Quería recordar lo bueno y lo malo por el simple hecho de

recordar, por el simple hecho de ejercitar esa maravillosa función del ser humano, lo primero que la muerte le arrebataría. Se conectó con la cara de mármol de su papá tendido en el sofá de terciopelo café, con su barba negra, azulada más bien, con los labios apretados y los ojos detenidos en la lámpara de lágrimas que colgaba del techo meciéndose con la brisa de la tarde. Se detuvo en un momento de una noche de terror, cuando escuchó voces que no eran voces, y carreras apresuradas, y chillidos del infierno, sin saber que eran los gatos, que habitaban en la pieza de las guaguas moras, gimiendo mientras se arrebataban los ratones. Vio a su madre abstraída ante la tumba del marido, pálida y alta y sola, como esperando un tren. Y luego volvió a verla con el rostro cruzado por una sonrisa un poco estúpida e infantil, «voy a casarme con don Gonzalo», y enseguida había lanzado la risita entrecortada, como de loca, que él temía. Evocó sus largos paseos por el parque Forestal, y sus lecturas, y entonces su vida se le representó como un pasar callado, lejos del resto del mundo, increíblemente despoblado de afectos. Sólo estaban él y su erudición obtenida en los libros que devoraba desde niño. Su vida era un pasaje frágil, cristalino, a punto de quebrarse, decorado con un sorprendente éxito profesional, inexplicable para él, que siempre ligó la palabra éxito al mundo, a la otra gente, a la capacidad para relacionarse y escalar aplastando en la escalada a quien interfiriese. No era posible explicar su vida desde adentro hacia fuera... hasta que apareció Amalia.

Apuró el vodka sintiendo el resonar de una íntima vibración, de una secreta voz interna que lo llamaba. Se limpió el sudor de la frente con un pañuelo bordado que Amalia había olvidado en su escritorio alguna vez. Luego se puso de pie y abandonó la estancia con los movimientos lerdos y cansados de un borracho.

El dormitorio de Juan Manuel, ese cuarto espacioso que antes fuera el comedor de diario, estaba en sombras. Apoyado en una de las paredes –la oscuridad lo hacía ver como un cíclope– había un ropero de caoba con cuatro puertas de espejo que no habría cabido en ningún otro lugar de la casa. También arrimada a esa pared se hallaba la antigua cómoda de la madre de Juan Manuel con la foto suya y de don Gonzalo acomodada entre dos jarrones japoneses. Otros muebles repartidos por la pieza, una banqueta española, una silla de balanza, un piso de cuero descosido en un costado, dos mesitas de ajedrez, le conferían al recinto el aspecto de un desván. El aire estaba rancio. Todas las ventanas estaban cerradas y las cortinas corridas. Las luces permanecieron apagadas. Juan Manuel avanzó a tientas; de haberlo visto alguien, habría

pensado que se trataba de un sonámbulo, o de un hombre que no sabe lo que está haciendo. Se echó de espaldas en la cama de bronce y abrió el cajón del velador.

El ruido seco retumbó en la casa y después volvió el silencio.

El periodista

Cerca de las ocho de la mañana la estridencia del teléfono me sacó a tirones de un sueño confuso y desagradable. Estiré la mano para alcanzar el fono y la voz de Francisco llegó desde el otro lado de la línea como salida del mismo sueño. Parecía increíble que Francisco se hubiera convertido de pronto en mi enemigo y que su voz, a esas horas de la mañana, en lugar de ser una grata sorpresa, me sonara a amenaza.

–Prende la radio.

–Qué pasa.

–Te digo que prendas la radio. El juez Rementería amaneció muerto en su casa. Parece que se suicidó.

Volví a la realidad de golpe.

–¿Qué? ¡Cuándo!

–¡Prende la radio! Acabo de escucharlo. Pero no te vuelvas loco. Llámame después. ¿Me vas a llamar?

Ahí estaba otra vez la voz tranquila y serena de mi amiga Carmen Cáceres.

A las once y media de la noche, aproximadamente, murió Juan Manuel Rementería. De acuerdo con las declaraciones del juez Vicente Matta, amigo personal suyo, el prestigioso magistrado habría estado atravesando por una fuerte depresión. Sus funerales se efectuarán mañana en el Cementerio General, con la asistencia del Presidente de la República.

Llamé a Francisco de vuelta.

–¿Cómo supiste que se suicidó? Acabo de oír a Carmen Cáceres y no dijo nada de suicidio.

–Bueno, no lo van a decir así, por respeto a la familia del juez, pero al decir que padecía de una fuerte depresión lo están implicando.

Corté de golpe, sin decirle adiós, y salté de la cama. No sé en cuántos segundos me vestí, pero fueron pocos. Sabía dónde quedaba la casa del juez porque después de nuestra primera entrevista y movido por un afán de espiar sus movimientos había ido por lo menos tres veces a mirarla y a pasearme por la

vereda de enfrente, sin entender claramente qué es lo que estaba haciendo allí. Estacionaba el auto al principio de la cuadra y luego caminaba hasta la casa. Una vez fui bastante tarde, después del trabajo, con la intención de verlo llegar. Quería cerciorarme de que efectivamente vivía allí y averiguar, si era posible, con quién. Nunca vi a nadie entrar ni salir. La casa parecía desocupada, sin embargo no lo estaba porque una de esas veces la encontré con todas las ventanas abiertas de par en par. Se hallaba al final de la calle Miguel Claro. Era una casona cuadrada de grandes proporciones, fea, sin ningún estilo, que seguramente haría sobarse de codicia las manos de los corredores de propiedades. Parecía increíble que no la hubieran echado al suelo para construir un edificio en el inmenso terreno de casi media cuadra, que ocupaba. Podía ser vieja y desentonaada pero la cuidaban, se notaba que sus habitantes eran gentes de buen pasar. Como recién comenzaba el tránsito de la mañana y las calles aún estaban posibles, tardé muy poco rato en llegar. La cuadra estaba acordonada y cerrando el acceso a la casa habían colocado cuatro barreras amarillas, dos a cada lado. El policía me dejó pasar cuando le inventé que me esperaba el inspector González con quien acababa de hablar por teléfono. Sabía que González estaría allí.

–Todavía no viene el juez a levantar el cadáver –me informó el hombre, separando las barreras amarillas para dejarme entrar–. Pase a la cocina, ahí los va a encontrar.

El inspector González y Rogelio Fuenzalida estaban sentados en dos pisos de paja en medio de una cocina que parecía un potrero. Hablaban con una mujer de unos setenta años, Rosa, la vieja criada que iba por las mañanas. Estaba como atontada, con los ojos hinchados de tanto llorar; ambos trataban de calmarla, Fuenzalida con su mano en la espalda de la mujer y el inspector sujetándole un vaso de agua mientras ella tragaba con dificultad.

–Le dimos una pastilla para los nervios –me explicó Fuenzalida susurrándome al oído.

–Yo no sé cómo, señor..., no sé cómo fue a pasar una cosa tan tremenda... Mire que haber hecho una cosa así... no lo entiendo, señor –balbuceaba Rosa, repitiendo la historia que seguramente les había contado una y otra vez desde que llegaron–. Yo llegué al alba y entré como todos los días. Pasé a su escritorio y me llamó la atención que la luz estuviera prendida porque don Juan Manuel era de lo más cuidadoso con las luces. Ya antes de entrar, fíjese usted, en la calle, cuando estaba abriendo la puerta de afuera, tuve una corazonada, señor. La luz estaba encendida y nunca queda así, nunca. Me asomé a su pieza y al principio

no pude ver nada porque tenía todas las cortinas cerradas. Lo llamé despacito, don Juan Manuel, don Juan Manuel, le dije, van a ser las seis y media, ¿no ve que a él le gustaba levantarse a las seis? Era bien temprano. Don Juan Manuel, le repetí, van a ser las seis y media, y nada, no me decía ni una cosa, y entonces prendí la luz... Oh... señor, Dios y la Virgen, cómo estaba... No sé qué le habrá pasado anoche como para hacer una cosa tan tremenda. Que Dios lo perdone, que Dios y la Virgen lo perdonen.

Volvió a llorar con unos sollozos entrecortados. Fuenzalida se levantó y le alcanzó otro vaso de agua. Miré a mi alrededor y me sorprendió el tamaño de la cocina y la pulcritud del lugar. Todo exhibía una inmaculada y deslumbrante limpieza que parecía más propia de esas cocinas de las mansiones modernas que de esta casona detenida en el tiempo. Los pisos de baldosa negra relucían, así como los muebles y unos paños blancos que colgaban de dos ganchos blancos. Era como si allí nunca hubiese cocinado ni comido nadie.

–Estamos esperando que llegue el juez para proceder a sacar el cuerpo –dijo Fuenzalida–. Se mató en una de las piezas de abajo. No lo hemos tocado. ¿Quiere venir conmigo? Necesito hablar con usted. Vamos a pedirle que sea prudente a la hora de redactar la noticia. Un suicidio, usted sabe cómo son estas cosas... siempre es doloroso para quienes lo conocían personalmente. Además, vamos a iniciar una investigación, y nunca es bueno arrojar luces a la opinión pública antes de estar completamente seguros de la causa de la muerte.

–¿Cree que pueden haberlo matado?

–No, realmente no, pero usted comprende que tratándose de una persona tan importante habrá una investigación de todas maneras.

–¡Vaya si era importante! El Presidente, en persona, ha avisado que vendrá a la casa –acotó el inspector González.

–Sí, y debe estar por llegar, tal vez querrá ver con sus propios ojos lo que ha pasado; entiendo que eran amigos.

–¿El Presidente? –preguntó Rosa como despertando de un sueño–. ¡Ay, Dios mío! –dijo sonándose la nariz.

–¿Puede acompañarme, por favor? –me invitó Fuenzalida levantándose.

Salimos hacia un largo y oscuro pasillo y entramos en el escritorio del juez. Lo busqué con los ojos y Fuenzalida me aclaró que el juez estaba en la pieza de al lado. Luego me dijo:

–Quería unos momentos a solas con usted para decirle que no le he comunicado al inspector González la visita de Teresa Lagos.

Dos días antes Fuenzalida me había llamado por teléfono al diario para

decirme que una de las amigas de Amalia Griffin, Teresa Lagos, creía que el juez era el amante de la mujer asesinada y luego me habló de la carta de Amalia Griffin que ella misma le enseñó. Le dije que ya lo sabía y le conté que Teresa Lagos también había pasado por el diario. Fuenzalida creía que el relato de Amalia, esa carta, era totalmente fantasiosa, le costaba creer que fuera cierto. Teresa le había rogado que no le mencionara nada de eso al marido de Amalia, cosa a la cual él había accedido gustoso, pues luego de conversar con él no le cabía ninguna duda de que no estaba enterado de la existencia del amante de su mujer.

–¿Y por qué no se lo ha dicho al inspector González? –le pregunté. Fuenzalida me escrutó con una mirada inquieta. Vi abrirse en sus ojos pardos una muesca oscura.

–Tenía una sensación rara con esa historia, no sé, como que esa historia se tratara de otra cosa, de algo que no sabría cómo describir, una fantasía o algo así.

–No serviría de nada que se lo dijera ahora... yo mismo no comenté una palabra de todo esto en el diario porque, al igual que usted, pensé que Teresa Lagos estaba equivocada, abrumada por el dolor y obsesionada con encontrar al asesino de su amiga porque no podía imaginar su vida con esa incertidumbre. Por eso me parece que la muerte del juez no tiene ninguna relación con la de Amalia Griffin –me oí decir.

–Hace un rato Vicente Matta declaró que el juez estaba atravesando por una fuerte depresión, que hay antecedentes familiares, que su padre y su abuelo padecían de lo mismo, una conexión con sus ancestros más profunda de lo que a él le hubiera gustado, seguramente. Lo más probable es que su muerte esté relacionada con su enfermedad –dijo Fuenzalida.

–Así parece, pero volviendo a lo que decíamos antes, yo por lo menos voy a tratar de restarle importancia a la visita de Teresa Lagos. ¿Y usted? ¿Qué piensa hacer?

–Bueno, a veces omitir una verdad puede ser mejor que revelar una media verdad.

–Correcto, porque si efectivamente el juez la hubiera asesinado, él ya está muerto y suicidándose se ha juzgado a sí mismo. ¿Qué sentido tendría, ahora, aun para aquellos que quedan atrás? –Fuenzalida me lanzó una mirada circunspecta–. Quédese tranquilo –le dije dándole una palmada amistosa en la espalda–. Yo no voy a tocar este tema con nadie, dejémoslo ahí, muerto el juez ya no es mucho lo que podemos hacer.

–Esto me tiene completamente atravesado –murmuró bajando la vista, y luego

me guió hasta la pieza donde estaba el juez.

Sufrí un fuerte impacto al verlo tendido de espaldas en una antigua cama de bronce con la cabeza extrañamente vuelta hacia la pared, como si su cuello se hubiese quebrado, y el brazo derecho colgaba hasta casi tocar el suelo. No quise acercarme. Aparté mi vista del cuerpo y eché un vistazo a la habitación. La pieza estaba llena de muebles y no era tan pulcra como la cocina. Sobre una cómoda vi el retrato de una mujer con la cara larga y flaca y unos ojillos de ratón, nada bonita pero delicada, junto a un hombre que se veía mucho mayor que ella. Él llevaba unos anteojos redondos y usaba un bigotón canoso, ancho y abundante, como mexicano. Me fijé en las repisas, las mesitas y los otros muebles buscando una foto de Amalia Griffin. Si fueron amantes y el juez era soltero no sería raro que hubiera un retrato suyo en el dormitorio.

En la pieza del juez no había más fotos que aquel retrato amarillento de la pareja. Le eché otra mirada al cuerpo en su último abandono y salí hacia el pasillo sintiéndome mal. Fuenzalida me siguió y volvimos a la cocina sin decir una palabra.

El Presidente había llegado recién y estaba hablando con Rosa. Junto a ellos se encontraban el ministro del Interior y otros dos hombres a quienes no conocía. Yo había entrevistado al Presidente un par de veces, antes y después de que asumiera, y al verme me estiró cordialmente la mano.

—Me alegro de verlo aquí, señor Cooper. Justamente iba a llamarlo al diario para pedirle un gran servicio. Yo sé que ya están dando la noticia en prácticamente todas las radios, pero cuando ustedes lo publiquen en *El Tiempo*, ¿podrían suavizarlo un poco?

—¿Qué quiere decir con suavizar, Presidente? —le pregunté con todo respeto.

—Obviar los detalles morbosos. Por ejemplo, evitar especulaciones acerca de por qué tomó esta determinación, no negar pero tampoco decir que fue un suicidio, no hay para qué entrar en pormenores alrededor de un asunto tan triste para mucha gente. Juan Manuel era muy depresivo, siempre sufrió estos bajones fuertes, pero eso no es de la incumbencia del público. El juez estaba a cargo de un caso muy delicado para el gobierno y sería terrible que una mala información sobre los motivos de su muerte se entremezclara con el caso. A eso me refiero.

—No creo que haya ningún problema, señor, quédese tranquilo, yo me encargo —dije posando una mirada inteligente en Fuenzalida, que asintió con un leve movimiento de cabeza.

Súbitamente me había convertido en el tranquilizante de todos.

Una hora más tarde abandoné la casa del juez y me dirigí al diario decidido a

parar cualquier noticia truculenta relacionada con su muerte. Como era de esperar me encontré con la oposición del recién egresado.

–¿Piensa echarle tierra a una noticia tan importante porque el muerto era amigo del Presidente?

–Así es –le dije molesto conmigo mismo, con el Presidente y con esta ladilla.

–¿Y dónde queda la libertad de prensa?

–No seas ingenuo, niño –intercedió Alicia–: en este diario jamás se han respetado ni la independencia ni la libertad de prensa. A ti puede parecer que somos nosotros quienes pauteamos pero *El Tiempo* siempre ha sido pauteado desde el Ministerio del Interior y La Moneda.

Yo sabía que, en parte, Alicia tenía razón. Pero también sabía que no se trataba solamente de acceder a los deseos de la Presidencia. Era algo mucho más esencial. Era proteger la dignidad de una persona que, al final, se juzgó de acuerdo a sus propias normas, para honrar sus propios principios de ética y honestidad, pese a cualquier desastre que pudo haber creado antes.

Asimismo se lo dije a Francisco, cuando me llamó cerca de las doce del día, y también le expliqué que el suicidio del juez había removido algo en mi interior. Lo había visto como un acto de toma de responsabilidad, no como un acto de desesperación. La verdad, le dije, es que salvo en esa primera entrevista que se frustró, cuando el juez me dijo que se sentía mal, no lo vi al borde de la desesperación ni mucho menos. Ahora me daba cuenta de que, matándose, había hecho justicia, a su manera, y se había liberado.

–Yo también necesito liberarme y en mi caso la libertad va a venir de la mano con la verdad. Sin saberlo, el juez me ha ayudado a aceptar quién soy, a responsabilizarme por mis propios actos. Yo nunca voy a ser feliz, y quiero decírtelo desde ya, nunca, no en el sentido convencional de la felicidad, porque sé que voy a infligirle un terrible dolor a mis hijas y a Dolores, pero al menos voy a ser honesto conmigo mismo. Ahora puedo ver con más claridad que mi comportamiento, por doloroso que resulte para los otros, sólo puede ser juzgado de acuerdo a mis propios valores –Francisco me escuchaba en silencio–. Y gracias por llamarme, Pancho, pero este no es el momento ni el lugar para hablarlo y mucho menos por teléfono.

Cuando corté la comunicación redacté yo mismo, en ocho frases cortas y precisas, la noticia de la muerte del juez y pasé el resto de la tarde sin lograr concentrarme en nada.

Al regresar a mi casa, poco antes de las ocho de la noche, me encontré con Dolores preparando la comida. Mis hijas estaban estudiando en la casa de una

amiga y Carla había avisado que se quedaría a dormir allá. A Diamela la vendrían a dejar más tarde. Era una noche tranquila. Me quedé unos momentos observando a Dolores revolviendo la olla, y casi sin pensarlo, tal vez animado por la huella que la voz dulce y cariñosa de Francisco había dejado en mi espíritu, como un impulso que no pude detener, como un salto al vacío, dije:

–Tengo que hablar contigo, Dolores.

–¿Sobre la muerte del juez? –preguntó Dolores vaciando el contenido de una lata de salsa de tomates en la olla.

–No. Sobre mí.

–¿Qué pasa? –preguntó, y entonces vi una chispa de preocupación en su mirada.

En el curso de mi vida, el terror a un momento como este me había despertado varias veces en medio de la noche. Encendía la luz y extrañamente la visión de Dolores dormida a mi lado, en lugar de hacer las cosas más difíciles, atenuaba mi pánico. Recuerdo una vez que tuve una pesadilla angustiada y en el instante de abrir los ojos tomé la determinación de confesarle mi homosexualidad y destapar de una vez esa olla mentirosa en la cual se cocinaba nuestro matrimonio. Se lo voy a decir, pensé (fue un impulso parecido a este), y encendí la luz, pero Dolores no estaba en su cama. La llamé en voz alta y me contestó desde el primer piso de la casa.

–Estoy trabajando, Samuel, ¿qué quieres? –y volví a dormirme. Otra noche, estando en medio de un sueño en el que le confesaba mis inclinaciones, la ventana se abrió de golpe con una súbita ventisca, y al despertar y levantarme para cerrarla vi que Dolores estaba leyendo con una de esas pequeñas lamparillas que se ajustan a las tapas del libro. La vi tan adentrada en el mundo de la lectura que no tuve valor de interrumpirla para contarle mi sueño y todo lo que vendría después.

–Estabas despierta –le dije.

–Sí. No la cierres que está rico este aire frío –respondió, y volvió a su libro y yo a mi cama.

Eran siempre pequeñas cosas, una palabra, un gesto, una circunstancia inesperada lo que espantaba el temido momento. Pero ahora estaba ahí.

Dolores me miró con curiosidad.

–¿Qué pasa?

–Necesito hablar contigo sobre algo que no puedo seguir ocultándote por más tiempo.

Vislumbré un oscuro pavor atravesando su cara como una pedrada.

–¿Estás enfermo?

–No, no es eso. No tiene nada que ver con eso. Debí habértelo dicho hace muchos años. Pero no me atreví. No tengo en realidad más explicación que esta, no me atreví.

No sabía cómo empezar, ni cómo seguir, ni cómo terminar aquella confesión. Me faltaba aire en los pulmones y el terror que me producía ese momento se había incrustado como una gigantesca garrapata en mi pecho. Una confesión siempre tiene dos caras. En todo caso, nada pudo haber herido más a mi pobre mujer que el minuto ese en que le dije que era homosexual y que me había enamorado de Francisco Alvarado.

–¿El gay de la tele? –su pregunta fue como un grito de espanto, no porque Francisco fuera el enfermero gay que todo el mundo adoraba. No era eso lo que la espantaba sino que mi amante tuviera un nombre y un apellido y una cara que ella había visto. Que fuera alguien tangible, de carne y hueso, fácilmente identificable, con quien ella podía toparse en la calle, o al encender la televisión los jueves a las diez de la noche para verlo y escucharlo hablar y mirarle el cuerpo e imaginarme en una cama con él. Que existiera ese hombre en la vida real, y tan cercano a nosotros como están siempre los personajes de la tele, y que además fuera un personaje querido, le confería a mi revelación todo el peso de una verdad insoportable.

–¿El gay de la tele? ¿Ese Francisco Alvarado? ¿El enfermero?

No recuerdo mi respuesta. Creo que le dije sí, es él. O no le dije nada y mi respuesta fue el silencio. Dolores se hallaba profundamente impresionada con lo que acababa de confesarle. Su rostro se había descompuesto; en un momento temí que perdiera el conocimiento. Las dramáticas consecuencias de mi confesión asomaron desde el primer instante, su mirada fue extraña, indescriptible. Rompió en un llanto desconsolado. Lloraba cubriéndose la cara con ambas manos como si quisiera esconderse de lo que estaba escuchando, y por un largo rato mantuvo la cabeza gacha. La dejé llorar sin acercarme a ella y sin hablar. Y traté de no sentir compasión ni desprecio por mí, en un intento por darle cierta dignidad a ese momento atroz.

–Desde cuándo –preguntó después.

–Desde hace tres años –dije casi sin modular.

–No. Desde cuándo sabes que eres homosexual.

–Desde hace muchos años, Dolores. Desde mis tiempos en la universidad, tal vez antes. Pero estas cosas no se aceptan de un día para otro, no se asumen de un

día para otro y tampoco ocurren de la noche a la mañana. Es un proceso largo y muy doloroso.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

¿Qué podía contestarle? ¿Porque no me atreví? ¿Porque me enamoré de ti? ¿Por miedo a perderlo todo? ¿Por las niñas? ¿Porque siempre me mantuve apartado de otros hombres hasta que apareció Francisco? Si mal no recuerdo le dije todo eso.

—Mira, Samuel, no sé qué pensar en este momento. Estoy demasiado impactada como para hacerlo serenamente. Estoy confundida, no sé qué hacer. Es tan terrible lo que me has dicho... Voy a necesitar mucho tiempo para procesarlo y tratar de entender qué fue lo que pasó, reorientarme en una nueva realidad, ¿me entiendes? Tú has sido mi marido todos estos años y no es fácil saber, de golpe y porrazo, que el hombre con quien dormías estaba al mismo tiempo durmiendo con otro hombre, no es nada de fácil. No lo comprendo —lloraba—. Pero hay una cosa que quiero rogarte encarecidamente, y es que no les digas nada ni a Carla ni a Diamela, ni una palabra de esto, por favor, ni una sola palabra, no en este momento, ellas no lo comprenderían, sería espantoso para ellas, están en la adolescencia y una cosa así les causaría un terrible sufrimiento.

—¿Y nosotros?

—¿Nosotros? Nosotros nada. Qué vamos a hacer nosotros. Lo único que sé es que no sé cómo podría vivir contigo de ahora en adelante, sabiendo esto.

Se quedó callada mirándome como si fuera la primera vez que me veía, y de cierta forma era la primera vez que me veía, pues yo también era este, no solamente aquel. Después de unos minutos pareció apaciguarse.

—Para serte franca tampoco sé si hubiera sido mejor o peor que me hubieras engañado con una mujer. No es el hecho de que te hayas enamorado de otra persona, eso le pasa a todo el mundo, pero es la gran farsa, el abuso, la burla. Me siento traicionada... ¿Cómo pudiste? ¿Cómo has sido capaz de sostener una mentira como esta? ¿Y cuando hacíamos el amor? ¿No sentías nada cuando estabas conmigo? ¿No me querías?

Volvió a llorar. Yo continuaba a su lado, mudo, sin saber qué hacer ni qué más decirle. ¿Me sentía aliviado? No. ¿Me sentía bien? No. ¿Sentía que haberle confesado una verdad de la cual ella no tenía ni la menor sospecha era un acto heroico? Tampoco. Fui duro conmigo, fui más que duro conmigo, y ello sólo contribuyó a empeorar las cosas. Sentí que el mundo se hundía debajo de mis pies en el clímax de mi vida, en el momento culminante de mi existencia no había sido capaz de convertir mi confesión en algo positivo, en algo grande, en

algo de lo cual nada malo podía resultar, pese al gran sufrimiento que le provocaría a Dolores. Ahí estuvo presente, más que en ninguna otra ocasión, el terror. En alguna parte había leído que el otro lado del terror es la insensibilidad. Una frase muy bonita que para mí carecía absolutamente de sentido, pues el terror no tiene otro lado, lo abarca todo con igual intensidad y por donde se lo mire es terror. La mirada pétrea de Dolores y su semblante también de piedra me hicieron sentir, por primera vez, mi realidad. Mientras mi homosexualidad permanecía en secreto, para mí no tenía contornos claros. A pesar de Francisco, no era tangible, estaba ahí y no estaba.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó Dolores.

–No lo sé.

–¿Piensas seguir viviendo en esta casa? ¿Vamos a separarnos? ¿Vas a mudarte con ese maricón?

Me molestó profundamente que lo llamara así.

–No. De ninguna manera.

–Pero tampoco piensas terminar con él, ¿verdad?

–Él no es el problema, Dolores, el problema soy yo.

–Ya lo sé, pero no estarás pensando en suicidarte –dijo ásperamente–, no estarás pensando en matarte y dejarme con esta noticia.

–No. Por supuesto que no pienso matarme, lo habría hecho antes de decirte nada... No sé qué voy a hacer, y me refiero a mis hijas, son ellas quienes más me preocupan.

–Ya te lo dije, Samuel. No vamos a decirles una palabra de esto. Ellas no están preparadas para semejante balde de agua fría. Si me hubieran pedido ponerme en veinte mil posibilidades de algo que un día podría decirme mi marido, esta habría sido la última que hubiera imaginado, la última, Samuel, ¿me entiendes? No sé si te das cuenta de la magnitud de esto, porque estás ahí, sentado como un imbécil, como si lo que me acabas de decir no importara todo lo que importa. Ahora explícame una cosa, pero sé sincero, trata de ser sincero. ¿Cómo puedes querer a un hombre y a una mujer al mismo tiempo? Es decir, ¿cómo puedes tener sexo con un hombre y con una mujer al mismo tiempo? ¡Dímelo!

Yo mismo no tenía una explicación clara de mi relación con las mujeres, con ella, no me ocurría en cambio lo mismo con Francisco. Francisco había hecho florecer lo mejor de mí, y había aspectos de mi sexualidad que me resultaban mucho más fáciles de comprender. Francisco solía decirme, y no lo decía en broma, que si alguna vez yo lo dejaba por un hombre terriblemente atractivo

sentiría celos y envidia al mismo tiempo. Sabía que Dolores no estaba para esta explicación, y ese no era el momento apropiado para decirle que un amor como el que Francisco y yo nos profesábamos no era tan distinto, en esencia, del amor que ella y yo habíamos sentido hacía quince años.

–No lo sé, Dolores. Si supiera explicarte cómo soy, si yo mismo lo entendiera, creo que no estaríamos teniendo esta conversación.

–Tengo que serenarme –dijo Dolores como hablando para ella misma–, tengo que darme tiempo para asumirlo. Estar sola. Pensar. Mañana temprano voy a irme a la parcela y me quedaré allá el resto de la semana. Encárgate de Carla y Diamela. Vamos a decirles cualquier cosa, que tengo que hacer arreglos en la casa, lo que sea, pero necesito estar sola unos cuantos días.

–No me vas a perdonar nunca –le dije.

–No se trata de perdonar, se trata de seguir viviendo con esta nueva realidad al lado, no me refiero a ti sino a saber que he estado quince años casada con un gay sin darme cuenta y sin que él me permitiera saberlo. Esto no tiene nada que ver con el perdón, Samuel. El perdón no disminuye en nada el tamaño de la estafa, porque no se me ocurre otra palabra. ¿Quieres que te diga algo que a lo mejor te parecerá una locura? Tampoco te agradezco que me lo hayas confesado.

Tengo perfectamente aislado el momento en que Dolores me dijo esto último y el tono seco y rugoso de sus palabras. En ese instante nuestra relación se rompió, no fue antes ni después sino ahí, cuando me dijo *Tampoco te agradezco que me lo hayas confesado*.

Después de permanecer por un largo rato callada, se levantó de su asiento y salió de la habitación, dejándome con un sentimiento de tristeza tan grande que en un momento creí que me iba a morir.

Muy tarde, pasadas las doce y media, salí de mi casa. Diamela había vuelto y Dolores se había encerrado en su pieza tres horas antes. No tenía claro adónde ir. La noche estaba silenciosa y ese sosiego del verano a esas horas tuvo un efecto benéfico en mi alma a punto de derrumbarse.

Desde la distancia que concede el tiempo, lo recuerdo todo con una nitidez dolorosa y vuelvo a sentir ese miedo a lo que iba a pasar el día siguiente. Mis hijas, la gente del diario, hasta los rostros desconocidos que de ahora en adelante fuera encontrando en la calle, se me figuraban como altísimas barreras que no sería capaz de saltar. Mis hijas. Confesárselo sería provocarles una gran confusión y sufrimiento, no confesárselo sería seguir mintiendo; sin embargo, ellas eran demasiado jóvenes aún para aceptarlo, entenderlo o ambas cosas. ¿Y

la gente del diario? Tendría que dar explicaciones, pensaba caminando a trancos largos por Príncipe de Gales, en medio de un silencio y una tranquilidad que no se condecían con mi angustia. En cualquier caso iban a saberlo, pero yo no tenía por qué llegar a mi oficina del diario, al día siguiente, advirtiéndoles a mis compañeros de trabajo que acababa de salir del armario y que de ahora en adelante o me profesaban todo el respeto que merecía o dejaba el diario. Seguí caminando como un autómatas hasta Tobalaba y subí por Américo Vespucio. Casi dos horas más tarde llegué a la avenida Kennedy y recordé que por ahí cerca había un hotel. Estaba a unas tres cuadras de ese cruce y me encaminé hacia allá.

Dieron las seis de la mañana y seguía sentado al borde de la cama del hotel donde había entrado hacía unas horas. La ciudad estaba empezando a ponerse en movimiento, ya se escuchaban los primeros bocinazos, la gente estaría levantándose para ir a sus trabajos, yo mismo me daría una ducha y abandonaría el lugar para irme en un taxi al diario y la vida seguiría su curso como un tren que no se detiene. Pero yo nunca volvería a ser el pasajero de antes.

Teresa

Ese día temprano, antes de levantarme, prendí la radio y me encontré con la noticia de la muerte del juez. Rafa aún no había partido a su oficina y yo tenía un par de días más de licencia, así que estábamos los dos en la casa. Al principio quedamos anonadados. En la radio se hablaba de una fuerte depresión.

–Se suicidó –dije en voz alta, y en lugar de afectarme terriblemente, esa palabra tuvo un efecto casi mágico, la muerte del juez quitándose la vida calzaba perfectamente bien con la personalidad del hombre que yo había visto en la oficina de la Corte, y en alguna parte muy profunda de mi ser me sentí aliviada por Amalia y por el propio juez.

Hacia las once de la mañana salí de mi casa y me dirigí a una pequeña iglesia en la calle Santa Isabel, donde solía entrar sólo para quedarme un rato en silencio. Era temprano aún y recién la habían abierto. Estuve allí por espacio de una hora, y a las nueve y media me levanté para ir a la tienda de fotografías en el pasaje Astor. Tenía conmigo el recibo que encontré entre los papeles de Amalia. Debo aclarar que al salir de mi casa ni había pensado ir al estudio fotográfico. Lo pensé por primera vez en medio del silencio y la paz de la iglesia.

La propietaria de la tienda era una extranjera amable y de una increíble dulzura, una mujer alta y delgada, bellísima, que hablaba bastante bien el español pero con un marcado acento alemán. Yo dudaba mucho que aún conservara esas viejas fotos pero tuve suerte; la señora no tiraba nunca las fotos.

–Ya aprendí esa lección, ya la aprendí –me dijo, y enseguida me contó que una vez botó a la basura unas fotografías de un niño de poco más de un año, porque habían pasado diez meses y los padres no fueron a retirarlas. Al año siguiente la madre llegó a la tienda preguntando por sus fotos–. Cuando la vi entrar casi no la reconocí. Se veía tan acabada que pensé que venía saliendo de una terrible enfermedad, pero ¿sabe lo que había sucedido? Una cosa realmente espantosa. El niño cayó a una piscina y estuvo a punto de ahogarse. Alcanzaron a salvarle la vida pero su cerebro quedó dañado. La pobre mamá venía a buscar

las fotos que le habían tomado justamente antes del accidente, y yo las había botado a la basura.

–Y estas fotos, las de Amalia Griffin, ¿las tendrá?

–Es bien probable –me dijo–. Espere aquí un ratito. Si me da unos diez minutos, creo que las podré encontrar. Por el año será más fácil porque las cajas están por año.

Al cabo de un cuarto de hora la señora bajó con un sobre en las manos.

–Aquí están. Yo creo que son estas. Aquí está su nombre, Amalia Griffin, ¿ve? –dijo sonriendo.

Tomé el sobre y luego de pagarle y darle las gracias me lo eché a la cartera y salí hacia la Plaza de Armas, sólo unas pocas cuadras más allá, y ahí, sentada en un banco de piedra, lo abrí.

En la hondura de mi corazón, detrás de mi nuca, en alguna parte tengo que haberlo intuido y tiene que haber sido esa intuición lo que me permitió ir sacando una a una las fotografías y mirarlas detenidamente con la sensación de que no había prisa. Ya no había prisa para nada. Una gran tranquilidad se fue apoderando de mí. De aquí en adelante podía darle rienda suelta al llanto si quería llorar, al sueño si escogía dormir, al silencio si prefería callar. Tenía toda la vida para mirar esas fotos en blanco y negro que Amalia había olvidado. Eran alrededor de quince de Juan Manuel Rementería apoyado en un muro de piedra. Distintos ángulos de su rostro pero en el mismo lugar y en la misma postura, otras de ellos dos, ella con la cabeza inclinada hacia su hombro, él sonriendo. Estaban apoyados en la reja de la jaula de los monos, un par de monos miraba hacia la cámara desde un palo seco y Amalia y el juez posaban como flirteando inocentemente con la cámara.

Me es imposible describir la nostalgia de Amalia que me invadió mirando esa foto. Ella estaba de verdad allí. Era su rostro de cuando se encontraba feliz. La cara que ponía cuando el tío Floro entraba en su pieza y le proponía alguna de sus locuras. La observé emocionada. Esas fotos eran las mismas que ella pensaba recoger cuando tropezó en la poza y él le ayudó a levantarse. Sabe Dios qué más habría detrás de aquellas fotos. Pero ahí aparecían los dos juntos, y no hacía falta explicar nada más. Me dejé llevar por la contemplación de sus caras. No hace frío ni calor, hace Amalia, pensé sintiendo un mar de lágrimas agolpado en mi garganta.

Después de un rato las guardé y me dirigí a la oficina de Rafa. Lo encontré de pie ante su mesa de dibujo contemplando los recortes que aún se hallaban donde los había visto el día en que fui a hablar con el juez. La radio estaba encendida y

justamente en ese momento terminaban de repetir la noticia de su muerte... *Sus funerales se efectuarán mañana, con la asistencia del Presidente de la República.*

Me acerqué a Rafa y lo abracé por la espalda. Permanecimos un rato quietos hasta que pasaron a la siguiente noticia.

–Te traje algo –le dije sacando el sobre de mi bolso.

Se volvió y tomó en sus manos una de las fotos de Amalia y el juez que yo había sacado del sobre. Un profundo asombro le cruzó el rostro arqueándole las cejas y dejando su boca abierta en un rictus de sorpresa. Se quedó pasmado ante la imagen.

–¿De dónde la sacaste? –preguntó con una voz temblorosa mirando ahora todas las demás.

–Encontré el recibo del estudio fotográfico entre los papeles de Amalia y fui a buscarlas.

–Eran amantes –dijo Rafa, sentándose en una silla baja que había cerca de la ventana, y después repitió como para sí mismo–: eran amantes. Tu tenías toda la razón, Teresa. El juez y Amalia eran amantes. ¿Qué vas a hacer con estas fotos?

–Guardarlas como el secreto más profundo.

–¿No las vas a llevar a la policía? Porque esto cambia completamente todo, una vez más. Con estas fotos y la carta a nadie le cabría duda de que Amalia y el juez tuvieron una relación sentimental. ¿No sería mejor que se las entregaras a la policía? Este es un asesinato, Teresa.

–No, de ninguna manera. Los dos están muertos. ¿Para qué ensuciar la memoria de dos personas que se amaron, mostrando la única prueba de ese amor, estas fotos que ni ellos mismos vieron? No, Rafa, estas fotos no les pertenecen a ellos, ni son nuestras, mucho menos de la policía, pertenecen a un espacio sagrado que nosotros no podemos profanar. ¿A quién ayudaríamos haciendo una cosa así? ¿A Alberto? ¿A la justicia? ¿Y qué es la justicia, en último término, Rafa? No. Las fotos nunca saldrán de aquí. Este será nuestro secreto.

Una hora más tarde salí de la oficina de Rafa llevándome las fotos en la cartera y me puse a caminar un poco sin rumbo, por el solo hecho de andar. La tarde estaba hermosa, tranquila, había poca gente, como siempre ocurre en el mes de febrero. Algunos episodios de mi vida se me vinieron a la mente, pensé en Rafa, en nosotros, en nuestras últimas conversaciones, en Amalia... y al vislumbrar su cara entre el follaje de un viejo castaño, me senté a la sombra y me dejé estar.

Wallingford, octubre 2009

Edición en formato digital: octubre de 2010

© Elizabeth Subercaseaux, c/o Guillermo Schavelzon & Asoc., Agencia Literaria, www.schavelzon.com
© Ediciones Siruela, S. A., 2010
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-497-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com